

CENTRO NACIONAL DE LECTUR  
BIBLIOTECA

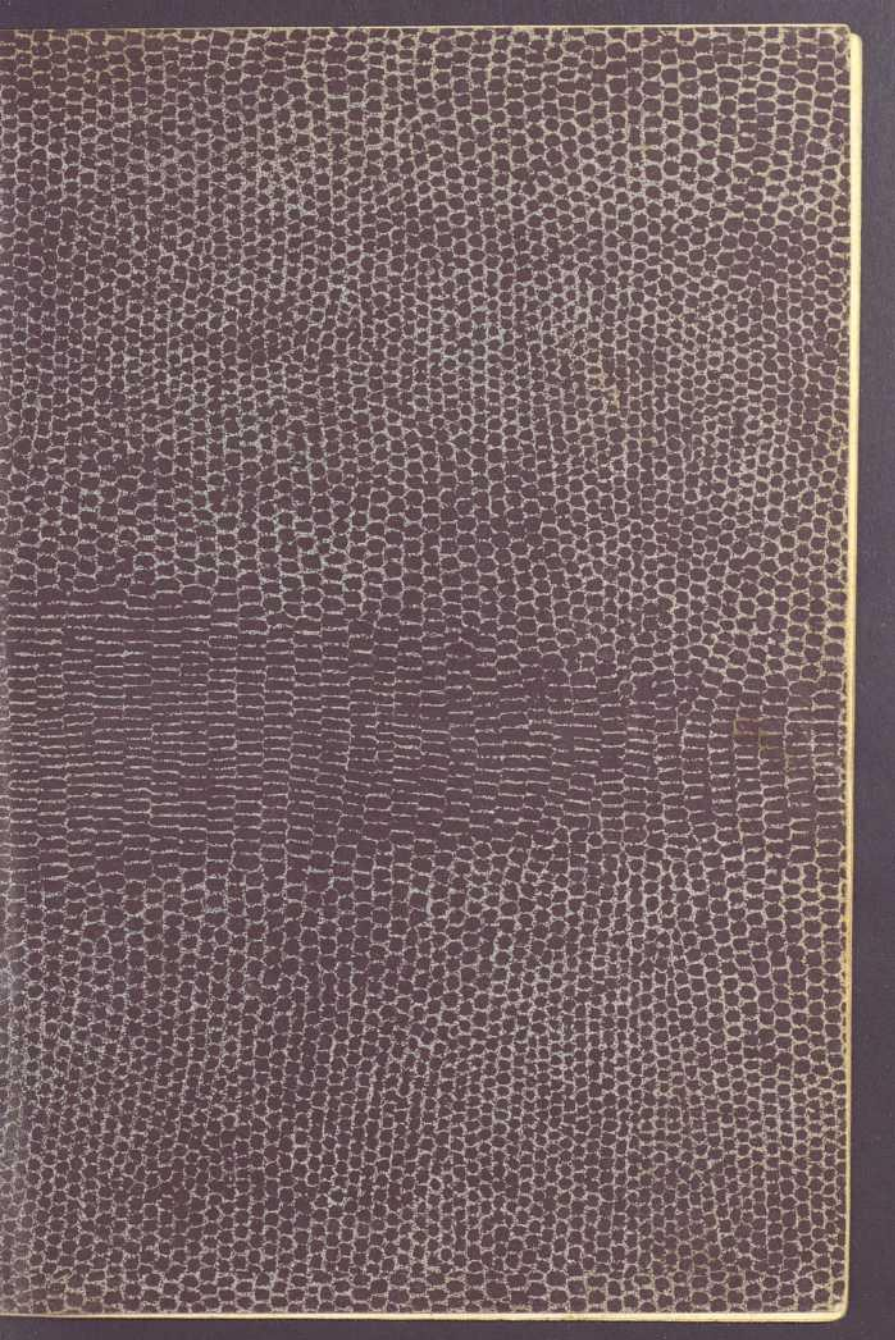
Biblioteca Pública de Teruel

Sala .....

Estante ~~C-3~~ .....

Signatura ~~108~~ .....

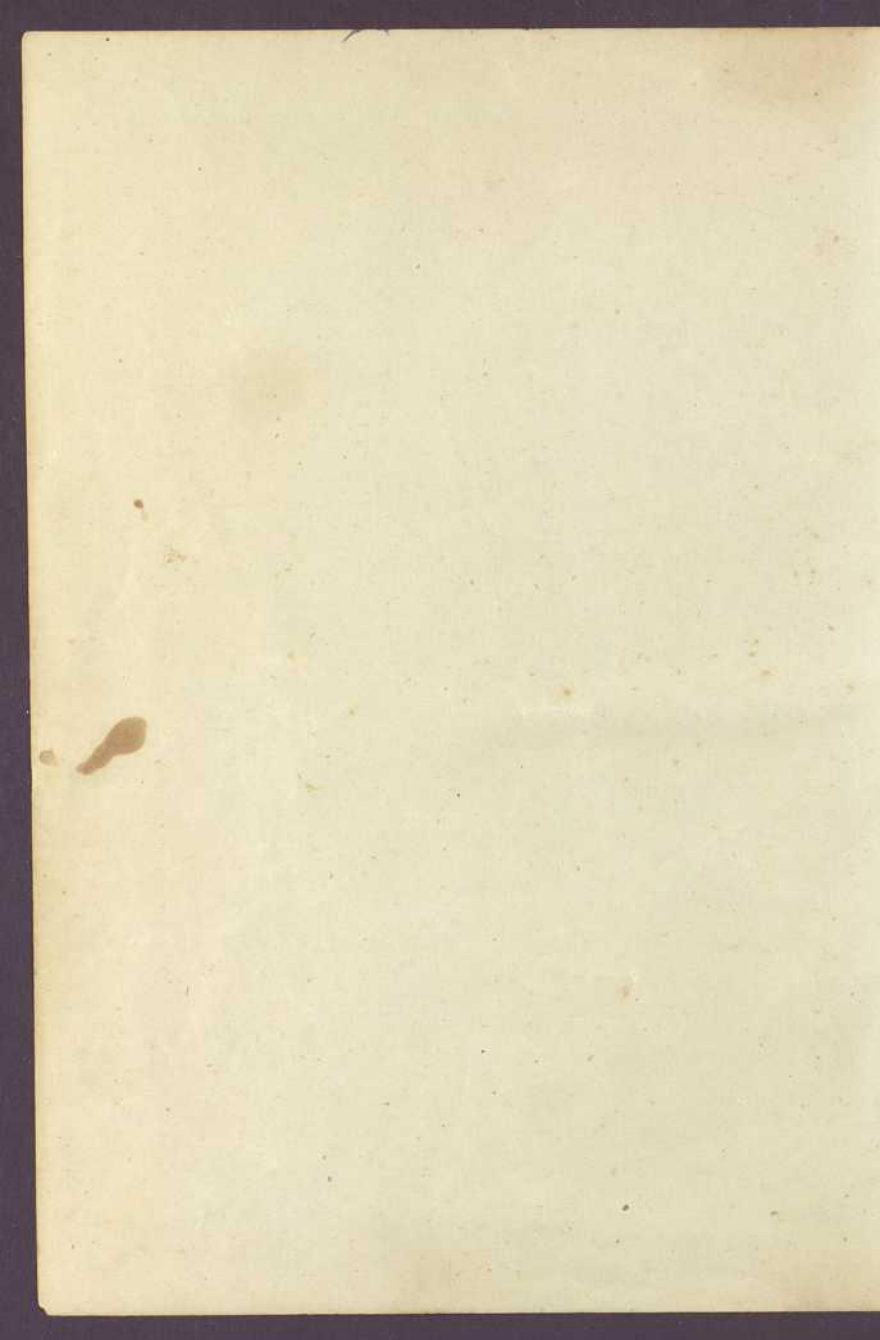








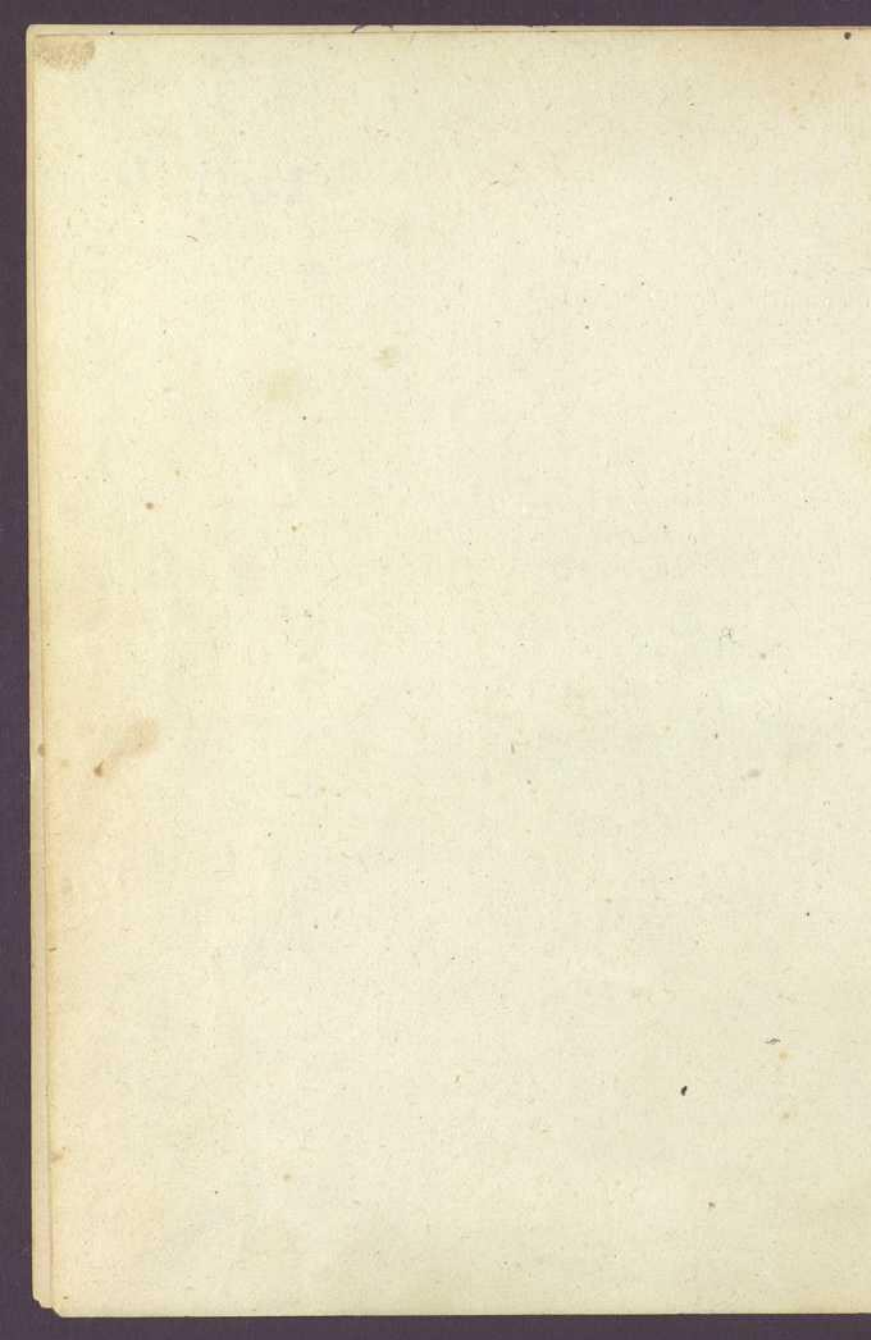
PA. 5451





M.B. 9

26-11-35







VEINTE CUENTOS DE LA INDIA

76



## M U S A S    L E J A N A S

*Un recinto dedicado enteramente al ensueño. Mitos, cuentos y leyendas. Lo más remoto de los pueblos visto a través de finos cendales poéticos. El encanto de toda lejanía, aprisionado en las más seductoras formas de la épica, desde el himno sagrado al picante relato popular.*

- 1.—León Frobenius: *El Decamerón Negro* (agotado).
- 2.—*Cantos y Cuentos del Antiguo Egipto*. (Con unas Notas sobre el alma egipcia, por José Ortega y Gasset.)  
2.<sup>a</sup> edición \* 10 ptas.
- 3.—*Cuentos populares de China*, 2.<sup>a</sup> edición \* 10 ptas.
- 4.—P. Tuffrau: *La leyenda de Guillermo de Orange* (agotado).
- 5.—P. Walters y C. Petersen: *Leyendas heroicas de los germanos* (agotado).
- 6.—*El cantar de Roldán* (agotado).
- 7.—*Veinte cuentos de la India*, 2.<sup>a</sup> edición \* 9 ptas.
- 8.—*Poesma de Mio Cid*, 2.<sup>a</sup> edición (agotado).
- 9.—*Cuentos Malayos* (agotado).
- 10.—*Cuentos de la Edad Media* (agotado).
- 11.—*Trece fabliaux franceses*.
- 13.—*Cuentos y leyendas de la vieja Rusia* \* 4,50 ptas.
- 13.—*Leyendas polacas*, 2.<sup>a</sup> edición \* 9 ptas.
- 14.—*Chung-Kuei, domador de demonios* \* 7,50 ptas.



FA-5451

MUSAS LEJANAS

*Mitos \* Cuentos \* Leyendas*

# VEINTE CUENTOS DE LA INDIA



SEGUNDA EDICIÓN

MR-11.953  
~~R-9554~~

*Revista de Occidente*

Bárbara de Braganza, 12

Madrid

Copyright by  
*Revista de Occidente*  
Madrid \* 1945

Imp. Viuda de Galo Sáez. Mesón de Paños, 6. Tel. 11944, Madrid.

*Ofrecemos al lector en este volumen una pequeña selección de cuentos de la India, compuesta de narraciones características. Han sido elegidas de varias épocas y sacadas de diferentes obras y colecciones. Al frente de cada una de ellas indicamos su procedencia. En nota explicamos brevemente el sentido de algunos términos, la vida y particularidad de algunos dioses, poco conocidos, y aclaramos algunos pasajes, refiriendo las costumbres o hechos a que aluden.*



Queremos el bien en este volumen que de  
esta selección de cuestiones de la índole que  
se de hallar en esta selección. Hay que decir  
que la versión de esta obra es la única  
y completa. Al fin de cada una de ellas  
hacemos un resumen de los puntos más  
relevantes de la obra de algunos términos de los  
particulares de la obra de la obra de la obra  
y algunos otros puntos. En la obra de la obra  
reproducimos o hacemos a que se vea.



## I

# LA PRINCESA RANA

(Cuento tomado del Mahabarata, que contiene buen número de fábulas y narraciones sueltas.)

**E**N Agodya, un día, un descendiente de la casa Ikchvak, el rey Parikchit, salió de caza. Iba él solo a caballo, en persecución de un antílope, que le arrastró lejos de su séquito. Estaba el rey cansado de la cabalgata, atormentado por el hambre y la sed, cuando percibió un bosquecillo espeso y sombrío. Penetró en él; encontró en su centro un estanque maravillosamente bello, y se metió con su caballo en el agua. Esto le confortó. Le puso al caballo delante raíces y ramas de loto, y se acomodó a orillas del lago.

Mientras descansaba, oyó de pronto un dulce canto, y pensó: «No se ve una huella humana en

este lugar. ¿De quién puede ser la voz que canta la canción?» Y vió a una doncella, de rostro delicoso, que cogía flores cantando. Recorriendo el bosquecillo se acercó la muchacha al rey. Éste se dirigió a ella, y le dijo: «¿De quién eres hija, querida niña? ¿Quién eres?» Ella respondió: «Soy una doncella.» Él le dijo: «Mi corazón siente deseos de ti.» La muchacha replicó: «Puedes poseerme, pero sólo con una condición.» Preguntó el rey cuál era, y ella respondió: «Que no me enseñes nunca agua.» El rey se lo prometió así y se desposó con ella, y luego que los hubo ligado la alianza, disfrutó con sus caricias la mayor felicidad; se unió a ella y permaneció a su lado.

Mientras el rey continuaba allí, buscábale su séquito. Siguiendo sus huellas paso a paso, sus gentes le rodearon e hicieron alto. Como el rey se había reposado ya, subió con su nueva esposa a una litera, cerrada por todas partes, y dió la orden de marcha. Llegó a la ciudad y vivió con su esposa en la mayor soledad. Nadie volvió a verle, ni aun aquellos que le servían.

Un día, el canciller preguntó a las mujeres que servían al rey: «¿Qué es lo que pasa ahí adentro?» Las mujeres le dijeron: «Lo que de seguro nadie ha visto, vemos nosotras ahí adentro. No se puede entrar agua de ningún género.» Entonces el canciller mandó disponer un jardín, en el que no había agua ninguna, pero sí nobles árboles y mu-



chas flores, frutos y raíces; en el centro instaló un estanque cubierto con collares de perlas y, a su lado, un segundo estanque de cemento. Luego se fué en secreto a ver al rey, y le dijo: «En este magnífico jardín no hay agua; diviértete en él.» El rey siguió su invitación y se dirigió con la reina al jardín.

Un día el rey estaba con su mujer en el hermoso jardín. Se sentía hambriento, sediento y cansado. Descubrió un cenador formado por una enredadera, entró con su mujer y vió el estanque de cemento que estaba lleno de agua pura; solo que el cemento impedía ver el agua. Apenas lo vió el rey, se detuvo con su esposa al borde del estanque. Al cabo de un rato le dijo a la reina: «¡Vamos! ¡Baja al agua del estanque!» Al oír estas palabras, dichas en broma, la mujer bajó al estanque y se hundió en él, no volviendo a aparecer. El rey la buscó, pero no pudo hallarla. Mandó que soltasen el agua del estanque, y al ver que por un resquicio salía una rana, se encolerizó y ordenó: «¡Matad a todas las ranas que encontréis! El que tenga algo que pedirme, que no se acerque a mí si no puede ofrecerme como regalo una rana muerta.»

Entonces comenzó una horrible carnicería de ranas. Las ranas se sintieron poseídas de pánico. En su temor se dirigieron al rey de las ranas y le contaron lo que había pasado. Entonces el rey de



las ranas tomó la figura de un asceta, se dirigió al rey Parikchit y le dijo: «¡No te entregues a la cólera, señor! Sé generoso y dignate ordenar que no maten a las ranas, que nada han hecho contra ti.» Aquí dijo estas dos estrofas:

«No desees matar a las ranas; domina con valor tu cólera. El que obra sin reflexión pierde su patrimonio, aunque poseyese los bienes en superabundancia.

Date cuenta de que aunque las tengas todas no se apagará tu cólera. ¡Bástete ya con los pecados cometidos! ¿Qué ganas con matar las ranas?»

A estas palabras, el rey, cuya alma estaba llena de indignación por la pérdida de su amada esposa, replicó: «No puedo perdonarles, ni ahora ni nunca; acabaré con todas las ranas. Esas miserables se han comido a mi esposa y mi deber es matarlas. ¡No trates de convencerme de lo contrario; te lo suplico, hombre sabio!» Estas palabras hirieron el corazón y el alma del asceta, que exclamó: «¡Ten compasión, oh rey! Yo soy Ayu, el rey de las ranas, y la que lloras es mi hija y se llama Suchobana. La culpa de todo lo que ha ocurrido la tiene su perversidad. Ya ha engañado a muchos reyes.» El rey dijo: «¡Yo la necesito! ¡Entrégamela!» Entonces el padre se la dió al rey y le dijo: «Sirve a este rey con afecto y obediencia.»

Cuando el rey la poseyó de nuevo, parecióle como si hubiera logrado el señorío sobre los tres

mundos \*, pues su corazón estaba unido a ella, a consecuencia de las delicias que le ofrecía en los goces amorosos. Cayó de rodillas ante el rey de las ranas, le prestó acatamiento y le dijo con una voz que ahogaban casi las lágrimas de alegría: «¡Me has prestado un gran favor!» Pero el rey de las ranas pidió a su hija que le despidiese, y se alejó como había venido.

• Mundo de los dioses (cielo), mundo de los hombres (tierra) y mundo de los demonios (infierno).



## II

### EL BRAMAN DESAGRADECIDO

(Cuento tomado del Mahabarata, que contiene buen número de fábulas y narraciones sueltas.)

UN bramán, Gautama, del país central, averiguó un día la existencia de un pueblo, en el que no dominaba la doctrina bramánica, pero en el que había mucha riqueza, y se encaminó a él a mendigar. Vivía en este pueblo un hombre rico, que sin pertenecer a ninguna casta\* sabía distinguir las unas de las otras; miraba con simpatía a los bramanes y era hombre de confianza y generoso de corazón. A casa de éste llegó el bramán pidiendo limosna. El rico le dió una

\* Estos extranjeros eran colocados por debajo de la última casta. Tener trato con ellos y recibir de ellos limosna era para un bramán grave pecado.



habitación para que viviese en ella un año; le dió también un vestido nuevo y una mujer joven, cuyo marido había muerto.

El bramán se llenó de alegría al recibir del rico sin casta estos regalos, y pasó con su mujer días felices en la hermosa casa. Ayudaba a los trabajos del rico bárbaro, y vivió varios años en su casa. Aprendió especialmente a manejar el arco, y mataba todos los gansos que se ponían al alcance de sus flechas, como hacen los demás bárbaros. Experto en la caza, olvidóse de toda compasión, y sentía verdadero goce en la muerte de los seres vivientes, pues el continuo trato con los bárbaros le había hecho enteramente igual a ellos.

Un día apareció en la comarca otro bramán que llevaba la coleta, un hábito de asceta destrozado y la piel del antílope negro. Entregado con pureza y ardor al estudio de los Vedas, era de intachable conducta, escrupuloso en sus comidas, piadoso y buen conocedor de los Vedas. Había sido compañero de escuela del otro, era del mismo lugar y les ligaba una amistad íntima. Este bramán llegó al pueblo de los bárbaros en donde vivía Gautama. Como no admitía alimento que procediese de un sudra \*, se puso a buscar la casa de algún bramán. Pero el pueblo estaba lleno de gentes sin casta, por lo que lo recorrió en vano

\* Individuo de casta inferior.



en todas las direcciones. Al fin dió con la casa de Gautama y entró en ella; a poco llegó también Gautama y se encontraron ambos frente a frente. Gautama apareció en la puerta con una carga de gansos sobre sus hombros, el arco en la mano y otras armas. Su cuerpo estaba manchado de sangre. Parecía un antropófago. A pesar de haber caído tan bajo, le reconoció el bramán, y le dijo: «¿Qué haces en tu deslumbramiento? ¿No ves que eres bramán y procedes de una familia noble? Eres conocido en todo el país central. ¿Cómo has podido covertirte en un hombre sin casta? ¡Piensa, bramán, en tus antepasados famosos, que poseían toda la sabiduría de los Vedas! Perteneciendo a tan noble familia, ¿cómo has caído tan bajo? ¿Cómo has manchado el nombre de tus antepasados? Piensa en ti mismo, bramán. Recuerda que el deber te ordena profesar el amor a la verdad, la pureza de costumbres, el conocimiento de los Vedas, el dominio de ti mismo y la misericordia. Abandona esta vivienda.»

Luego que su amigo le hubo dirigido estos consejos benévolos, Gautama respondió con resolución, aunque su voz revelaba el disgusto que le causaba esta decisión: «Yo soy pobre, buen bramán, y desgraciadamente no domino los Vedas. Puedes estar seguro de que sólo me ha conducido aquí el deseo de bienestar. Sin embargo, te agradezco que hayas venido a visitarme. Mañana nos

iremos juntos; pasa esta noche en mi casa.» La compasión que su amigo le inspiraba movió al bramán a pasar la noche en su casa. Pero se guardó muy bien de tocar a nada, y a pesar de su hambre no consintió en comer.

Pasada la noche, y cuando su amigo se había alejado ya, Gautama dejó también su casa y se fué camino adelante, en dirección al mar. Por el camino se encontró con una caravana de comerciantes, que también iban a la costa, y se unió a ellos en su viaje hacia el océano. Pero al atravesar la caravana por un bosque de la montaña, fué atacada por un elefante encelado, que casi la aniquiló. Gautama consiguió escapar de milagro al peligro. No sabía adónde dirigir sus pasos. Pero el instinto de conservación era muy poderoso en él y continuó aprisa su camino, dirigiéndose siempre hacia el norte. Había perdido a los de la caravana, y alejado también de la comarca en que vivía, erraba solitario por el bosque como un Kimpurucha \*. Al fin llegó a una comarca, junto al mar, y a un bosque delicioso de árboles floridos, que semejaba un trozo de Nandana, el parque del dios Indra, animado por yakchas y kinnaras \*\*.

\* Seres mixtos con cuerpo de hombre y cabeza de caballo. Pueblan las montañas selváticas.

\*\* Los kinnaras son semejantes a los kimpuruchas. Los yakchas son deidades inferiores que sirven a Kubera, dios de la riqueza.



Adornaban el bosque grandes macizos de nobles mangos, en los que maduraban frutos en todas las estaciones. También le adornaban por todas partes grupos de palmeras, tamalas y nobles árboles de sándalo. Todos los que se veían desde la cima de la montaña eran agradables a la vista y envueltos en perfumes, y en derredor volaban por todas partes pájaros cantores. Al oír las armoniosas y confortantes voces de los pájaros. Gautama se encaminó allá y llegó a una preciosa llanura de mil colores y cubierta de dorada arena, en la que era delicioso estar. Semejaba un trozo de cielo. En ella vió Gautama una magnífica y potente niagroda \*, de cuyas raíces al descubierta habían brotado otros árboles que la rodeaban. Sus ramas, cuyo tamaño correspondía al del árbol, le daban el aspecto de un quitasol gigantesco. Sus raíces estaban húmedas de agua de sándalo y las cubría una floración celestial, de modo que en su magnificencia semejaba a la sala del trono de Brahma, nuestro padre.

Gautama se fué alegremente hacia el árbol y se sentó debajo de él. Y, mientras allí estaba, levantóse un viento suave y agradable, que agitó las ramas y confortó los miembros de Gautama. El contacto del dulce viento aquietó al bramán. Se sentía muy bien y se tendió a dormir. Se puso

\* La higuera de la India, *ficus indica*.

el sol. Cuando se hubo puesto, al comenzar el crepúsculo vino a su morada, desde el cielo de Brahma, un magnífico pájaro. Se llamaba Nadidchanga y era el amigo amado de Brahma, el rey sabio de las garzas, el hijo de Kachiapa \*. El nombre bajo el cual se le conocía era Radchadharman, o sea el regío, y no tenía igual sobre la tierra. Su cuerpo lucía, brillante; alhajas que refulgían como el sol adornaban todos sus miembros. Así este pájaro, hijo de los dioses, resplandecía en una belleza llameante.

Gautama lo miró lleno de asombro. Y como el bramán tenía hambre y sed, miraba al pájaro con intención de matarle. Pero Radchadharman le dijo: «¡Sé bienvenido, bramán! Mi buen destino te ha traído a mi casa. El sol se ha ido a descansar y se acerca la oscuridad. Has entrado en mi casa, en la que eres un huésped amado. No te irás mañana sin que te honre; serás honrado como el precepto divino dispone.»

Creció el asombro de Gautama al oír este amable discurso, y contempló con curiosidad al pájaro. Entonces Radchadharman le dijo: «Yo soy el hijo de Kachiapa, y mi madre es Radchayani. Eres un huésped privilegiado. Bienvenido tú, el mejor de los renacidos» \*\*. En seguida le

\* Sabio divino, que con su mujer Aditi engendró a los dioses, y con su otra mujer, Diti, engendró a los demonios.

\*\* Así son llamados los pertenecientes a las tres castas superiores,



atendió como ordena el precepto divino. Le dió un asiento y luego le preparó un gran pescado de los que viven en los huellas del carro de Baguirata\*, en las que se ha introducido el Ganges. Fuego bien alimentado y hermosos peces fué lo que el hijo de Kachiapa ofreció a Gautama. Y cuando el bramán hubo terminado su comida, el poderoso pájaro le hizo aire para conjurar su cansancio. Reposado Gautama y sentado tranquilamente, el pájaro le preguntó por su familia. Pero el interrogado dijo tan sólo: «Soy un bramán y me llamo Gautama.»

Luego Radchadharman le mostró un magnífico lecho de hojas bien olientes, sembrado de deliciosas flores, y el huésped se tendió a dormir placenteramente. Una vez que se hubo acostado, preguntóle el elocuente hijo de Kachiapa, el rey de la ley: «¿Qué es lo que te ha traído aquí?» Gautama le respondió: «Yo soy un pobre hombre, ¡oh sabio!, y tenía la intención de ir al mar para adquirir riquezas.» El hijo de Kachiapa le respondió benévolo: «No te preocupes. Se realizarán tus aspiraciones, bramán. Cuando regreses a casa no te han de faltar bienes. Según la enseñanza de Brihaspati, maestro de los dioses, de cuatro maneras se alcanza la riqueza: por heren-

y principalmente los bramanes, pues el sacro cordel alrededor de su cintura y la sabiduría védica es como un «renacimiento».

\* Viejo rey que trajo a la tierra el divino río Ganges.

cia, por suerte, por amor y por amistad. Yo soy tu amigo y tú eres el mío, y cuidaré de que adquieras dinero.»

Cuando a la mañana siguiente apuntaba la aurora, se informó acerca del estado de su huésped, y luego le dijo: «Sigue tu camino, amigo mío, y se cumplirán tus deseos. A tres millas de aquí vive mi poderoso amigo el gran rey de los rakchasas \*, Virupakcha. Dirígete a él, noble bramán; yo hablaré con él y te dará cuanto apetece tú corazón. No tengas la menor duda de ello.»

Oído esto que le dijo el pájaro, Gautama, alegre y contento, se puso en camino, e iba gustando los frutos del bosque, que tenían sabor de amrita \*\*. Apagando su sed en los árboles de sándalo y áloe y en los laureles que formaban bosques enteros, continuó aprisa su camino a través del bosque, hasta llegar a la ciudad de Meruvradcha. Sus pórticos eran de roca; de roca también sus muros y murallas, y de roca todos los instrumentos que la llenaban. El sabio príncipe de los rakchasas sabía ya que su amigo le enviaba un huésped, a quien quería favorecer. Por eso les dijo a sus servidores: «A la puerta de la ciudad está Gautama; corred y traédmelo.» En seguida salieron hombres rápidos y veloces como halcones hacia la puerta de la poderosa ciudad, y lla-

\* Especie de demonios.

\*\* Néctar o bebida de la inmortalidad.



maron: «¡Gautama!» Cuando los servidores del rey encontraron al bramán, le dijeron: «¡Apresúrate! ¡Ven en seguida con nosotros! El rey quiere verte, el príncipe de los rakchasas, el héroe Virupakcha.» El bramán entonces corrió cuanto le permitían sus fuerzas, pues su asombro le hacía olvidar todo cansancio. Su asombro era parecido a la gran riqueza que se desplegaba ante sus ojos. Así corrió velozmente con los servidores hacia el palacio real, y apenas su impaciencia le permitió esperar a que el rey de los rakchasas se mostrase ante su vista.

Cuando el rey de los rakchasas supo que Guatama había llegado a su magnífico palacio, le recibió con los mayores honores, y el bramán se sentó en un suntuoso asiento. Cuando el rey le preguntó por su familia, por la escuela a que pertenecía, por sus estudios de los Vedas y por la época en que los había hecho, sólo supo el bramán dar informes respecto de su familia. El rey se dió cuenta de que tenía que habérselas con un hombre a quien faltaba la elevación interior de los bramanes y que había abandonado hacía mucho tiempo el estudio de los Vedas. Por eso sólo sabía hablar de su familia. Le preguntó, pues, por su domicilio, y dijo: «¿Dónde vives tú, hombre excelente, y de qué familia procede tu esposa? Dime la verdad: nada tienes que temer. Ten confianza y habla francamente.»

Gautama respondió: «Yo procedo del país central, pero vivo en la casa de un bárbaro. Mi mujer es sudra y ha sido viuda. Esta es la respuesta veraz a tu pregunta.» El rey entonces pensó: «¿Cómo he de proceder para obrar bien?» Y siguió tejiendo sus pensamientos en este sentido: «El hombre es bramán de nacimiento; es, además, amigo del noble pájaro, y el hijo de Kachiapa es quien me lo ha enviado. Quiero hacerle bien, pues se ha dirigido a mí en demanda de ayuda. Será para mí un amigo, un pariente, un hermano, y tendrá un puesto en mi corazón. El día de la luna llena del mes Kartika \* tengo invitados a mil nobles bramanes. El será también de mis huéspedes y le colmaré de riquezas. Hoy es ese día sagrado, y Gautama ha llegado a mi casa como huésped. Los tesoros que quiero repartir están ya destinados. ¿A qué pensar más?»

A poco entraron los mil nobles bramanes, todos hombres sabios, vestidos con amplias vestiduras de seda, con sus alhajas y recién bañados. Virupakcha recibió a estos nobles bramanes como merecían y como se ordena en el precepto sagrado. Por mandato del rey, los servidores habían dispuesto en el suelo, para los ascetas, asientos cubiertos con la mejor hierba sagrada. En ellos se acomodaron los bramanes, mientras el rey les tri-

\* Octubre-noviembre.



butaba sus homenajes. Se les dió la bienvenida con agua de sésamo y darba \* como el precepto ordena. Luego se trajeron los dioses ungidos, adornados de flores, en buenas esculturas y muy venerados. Después tendió Virupakcha a los bramanes bellos platos de oro con rayos dibujados y llenos de arroz, regado con miel y manteca. Regularmente convidaba así con sabrosos manjares apetecibles a muchos bramanes en los meses de Kartika y Magha \*\*; pero especialmente al llenarse la luna, en el mes de Kartika, al final del otoño, distribuía, como queda dicho, a los bramanes tesoros minerales de oro, plata, piedras preciosas y perlas. El poderoso Virupakcha dijo a los nobles bramanes: «De estas preciosidades coged cuanto podáis y cuanto se os apetezca; luego marchad a vuestras casas y que cada cual se lleve el plato en que ha comido.»

Cuando el generoso príncipe de los rakchasas hubo dicho esto, los bramanes cogieron todas las alhajas que se les apetecieron. Luego, el príncipe dirigió, una vez más, la palabra a los bramanes, venidos de todos los países de la tierra, y dijo para protegerlos contra los rakchasas: «Hoy, durante este día, no os amenaza, ¡oh bramanes!, ningún peligro por parte de los rakchasas. Dad

\* Hierba para los sacrificios.

\*\* Enero-febrero.

suelta a la alegría de vuestros corazones, pero procurad marcharos cuanto antes.»

Ante esta invitación, los bramanes, reunidos en grupos, se diseminaron en todas las direcciones. Gautama siguió su ejemplo, cogió una carga de oro, que apenas podía arrastrar, y apresuradamente se volvió al árbol. Al pie del árbol se dejó caer cansado, agotado y hambriento. El noble pájaro Radchidharman se acercó a él, le dió cordialmente la bienvenida, le trató con la amabilidad con que acostumbraba a tratar a sus amigos, y abanicándole con sus alas le quitó el cansancio. Luego le hizo los honores de la hospitalidad y le preparó la comida. Una vez que Gautama hubo comido y reposado por entero, pensó: «La avaricia y el deslumbramiento me han inducido a coger una carga demasiado pesada de oro; y el camino que tengo que andar es aún muy largo. Por el camino no voy a encontrar alimento con que sustentar mi vida. ¿Cómo me las arreglaré para evitar esto?» Caviló, caviló, pero no se le ocurría el modo de sustentarse por el camino. En esto le vino al ingrato esta idea: «Cerca de mí tengo a este pájaro. He ahí un buen trozo de carne. Lo mataré y me escaparé en seguida.»

Sucedió que el pájaro, para proteger a su huésped, había colocado cerca de sí un luciente fuego, el fuego que conduce el carro de la tormenta. Después, el rey de los pájaros se había dormido



lleno de confianza junto a Gautama. En cambio, el ingrato miserable seguía despierto, porque pensaba matarle. Con un carbón encendido golpeó al pájaro, que se había confiado a él, y, cometida la muerte, se alegró de tal modo que no previó las consecuencias que podía tener. Arrancó las plumas al pájaro y lo puso al fuego; luego cogió pájaro y oro, y se alejó todo lo aprisa que le fué posible.

A los pocos días siguientes, dijo Virupakcha a su hijo: «Hoy no se ha dejado ver el noble pájaro Radchadharman. Es extraño, porque tiene la costumbre de volar, al romper el día, para visitar a Brahma y no vuelve nunca a su casa sin venir a verme. Han pasado dos noches y dos madrugadas sin que haya aparecido por mi palacio. Por eso mi corazón no está libre de cuidados. Ve en busca de mi amigo. Ha ido a su casa ese bramán que no se ocupa en estudiar los Vedas y al que falta la elevación interior, y temo que el traidor lo haya matado, pues por su rostro he visto que lleva una mala conducta y tiene malos pensamientos. Gautama ha ido en busca del pájaro y eso me inquieta en el alma. Ve, pues, en seguida, hijo mío, a la vivienda de Radchadharman y apresúrate a averiguar si está aún vivo.»

En seguida su hijo se puso en camino con otros rakchasas hacia el árbol, y allí se encontró con el esqueleto del pájaro. Llorando amargamente,



el hijo del sabio príncipe corrió en busca de Gautama, y no había llegado muy lejos cuando tropezó con él; llevaba consigo el cuerpo de Radchardharman sin alas, huesos, ni piernas. Los rakchasas cogieron al bramán, se lo llevaron a Meruvradcha y le enseñaron al rey el cadáver de Radchardharman. Al verle, el rey, sus ministros y el gran sacerdote prorrumpieron en lágrimas, y en todo el palacio resonaron amargas lamentaciones. Toda la ciudad, mujeres y niños inclusive, se llenaron de duelo. El rey mandó a su hijo que matase al ingrato bramán: «¡Que los rakchasas se sacien de su carne!» Pero los rakchasas, de terrible fuerza, no quisieron comer de su carne, a pesar del mandato del rey, por ser el bramán un gran criminal. Le dijeron: «¡Dales el traidor a los esclavos, oh gran rey!» «Así sea, les dijo el rey a sus esbirros; echad el ingrato a los esclavos.» Entonces, los rakchasas cogieron lanzas y picas, hicieron pedazos con ellas al malhechor y se lo entregaron a los esclavos. Pero ni aun los esclavos quisieron comer del pecador. De un ingrato no quieren comer ni aun aquellos que se alimentan de carne. Hay penas fijadas para los que matan a un bramán, para los que beben aguardiente, para los ladrones y para los que quebrantan su juramento. Pero para un ingrato no hay redención.



### III

## GOMINI

(Tomado de las «Aventuras de los diez príncipes», de Dandín.— Sí-  
glo v o vi de J. C.)

**E**N el país de los dravidas hay una ciudad llamada Kantchi. Vivía en ésta un comerciante soltero, llamado Chaktikumara, que era varias veces millonario. Cuando tenía unos dieciocho años, una vez se hizo la siguiente reflexión: «El que no tiene ninguna mujer, o, mejor dicho, una mujer que congenie con él, no puede vivir feliz. Por consiguiente, quiero casarme con una mujer buena. Pero ¿dónde encontrarla?» Como no creía que una mujer con quien se casase, confiado en recomendaciones ajenas, reuniese casualmente todas las buenas cualidades que él deseaba, se disfrazó de astrólogo, ató un prasta \* de arroz a

\* Medida de capacidad.

un pico de su vestido, y se fué a recorrer el mundo.

Todo el que poseía una hija se la mostraba creyendo habérselas con un hombre que sabía interpretar los signos del cuerpo. Cada vez que se encontraba con una doncella adornada con las marcas de buen augurio, y que pertenecía a una casta distinguida, le decía: «Querida niña: ¿serías capaz de confeccionarme y servirme una buena comida con este prasta de arroz?» En todas partes se reían de él y le rechazaban. No obstante, continuó su peregrinación de casa en casa.

Así llegó en una ocasión a una gran ciudad, del país de los chibis, y se encontró ante un edificio en ruinas, a la orilla sur del Kaveri. Allí una nodriza le presentó a una doncella adornada con muy escasas joyas, pues sus padres se habían muerto tras haber perdido todo su patrimonio, siendo la casa lo único que poseía. Mientras posaba sobre ella su mirada inquisitiva, pensaba Chaktikumara: «Todos los miembros de esta muchacha tienen la medida justa. No hay ninguno que sea demasiado fuerte o demasiado débil, demasiado corto o demasiado largo. Ninguna mancha enturbia la limpieza de su tez. En sus manos hay una porción de líneas felices: el grano de cebada, el pez, la flor de loto, el jarro y muchas más. Las palmas de la mano



y de los dedos son rosados. Las articulaciones de los pies y rodillas vienen en suave transición. Los pies no son secos, y en ellos no se perciben los tendones. Las pantorrillas están redondeadas suavemente. Las rodillas no son salientes, sino que se hunden en los muslos carnosos. Las caderas forman un círculo perfecto, bien repartido, simétrico y gracioso. Deliciosa es la parte que rodea al ombligo profundo, que se retira un poco. El vientre está limitado en la parte superior por tres graciosas arruguillas. Todo el espacio de su pecho está ocupado por los dos pechos, de magnífico desarrollo en su arranque, y coronados por los pezones salientes. Sus brazos son esbeltos y extraordinariamente delicados, y las palmas de la mano están adornadas con líneas que son augurio de dinero, grano y numerosa descendencia masculina. Sus uñas son como perlas, lisas y brillantes, bellamente encorvadas y suaves. Sus dedos son rectos, armónicamente redondeados y rosados, y los hombros se hunden por ambos lados. Su nuca adorable y delicada tiene una redondez de concha. Su rostro parece una flor de loto. Sus labios son redondos y rojos y, en el centro, están claramente separados uno de otro; la graciosa barbilla no es demasiado pequeña; las mejillas son tensas y están justamente llenas. Sus cejas son como dos enredaderas; no se juntan en el centro, tienen una curva

suave, son negras y lisas \*. Su nariz parece un brote de sésamo que aun no se ha abierto del todo. Sus ojos son alargados y brillan con un resplandor admirable; son negros en las niñas, blancos en derredor, y en los ángulos, rojos; y no miran inquietos a uno y otro lado. Su hermosa frente semeja una media luna y le sirven de marco unos rizos que, en su belleza, parecen una diadema de zafiros. Sus lindas orejas cuelgan graciosamente como dos flores de loto marchitas. Su abundante cabello perfumado no es exageradamente ondulado y no muestra ningún brillo rojizo, ni aun en las puntas, sino que en toda su enorme largura es liso y negro, por la calidad natural de cada uno de los pelos.

Una figura semejante no puede traspasar la valla de las buenas costumbres. Ya está pendiente de ella, y de ella sólo, mi corazón. Me casaré, pues, con ella, si sostiene las pruebas a que la someteré. Pues quien obra irreflexivamente no escapa a los remordimientos que acuden después en muchedumbre y en ininterrumpida serie.»

Tras estas reflexiones, posó su mirada llena de amor en la doncella, y le preguntó: «¡Bella niña! ¿Serías capaz de prepararme una comida completa y servírmela, con sólo este prasta de arroz?» La doncella miró a su vieja sirvienta con ojos

\* Las cejas unidas pasan en la India por signo de brujería.



penetrantes, cogió el grano que él le tendía, y aunque no era más que un prasta, lavó los pies al forastero y luego le invitó a sentarse en un sitio bien fregado y barrido en la terraza, delante de la puerta de su casa. Luego machacó los granos de arroz para quitarles la cáscara, los dejó secar al sol, moviéndolos de cuando en cuando, y los extendió sobre una superficie dura y lisa. Luego pasó por encima, suavemente; el tallo de una planta, y así los granos quedaron separados de su cáscara. Entonces le dijo a la nodriza: «Madrécita: Estas cáscaras pueden utilizarlas los joyeros para limpiar alhajas. Véndeselas, y con los kakínis \* que te den por ellas, tráeme astillas bien duras, ni demasiado húmedas ni demasiado secas, un puchero de tamaño mediano y dos fuentes.» Hecho esto, echó los granos de arroz en un mortero de madera que no era demasiado hondo, ni demasiado plano, ni demasiado ancho; cogió una mano de almirez, pesada y larga, cuya parte inferior era de metal, y que en el centro, por donde la tenía asida, debía ser más delgada. Movía sus brazos con tanta destreza como gracia, alzando y bajando la mano del almirez. Así molió el trigo, separando los desperdicios, sacó los granos, los lavó repetidas veces en agua abundante, arrojó al fuego unos cuantos por vía de ofrenda,

\* Monedas de escaso valor.



y echó el arroz en una cantidad de agua cinco veces mayor que el plato que después resultase. Cuando el núcleo interior de los granos de arroz se separó y los granos se hincharon y saltaron como brotes, aminoró el fuego, puso una tapa sobre el puchero y tiró el agua. Luego metió una cuchara en el arroz y lo revolvió con moderación hasta que estuvo cocido todo por igual, después de lo cual dió la vuelta al puchero, de manera que la boca quedaba para abajo. Las astillas, que no estaban del todo quemadas, las regó con agua, de manera que el fuego se apagó y las astillas se transformaron en negros carbones. Le dijo a su nodriza que los llevase a vender a quienes lo necesitaran, y le encargó que con el dinero que obtuviera trajese la mayor cantidad posible de compota, manteca, leche, aceite de sésamo y un tamarindo. Hecho esto, preparó dos o tres clases de postres, metió en arena mojada una de las fuentes, echó en ella el agua del arroz, la enfrió con un viento suave que produjo con un abanico, la saló y perfumó con sustancias que arrojó al fuego. Luego le encargó a la nodriza que le dijera al huésped que se bañase. La nodriza, que se había bañado antes, le dió el aceite de sésamo, de manera que el huésped pudo bañarse cómodamente.

Después del baño, el huésped se sentó en un banco colocado sobre el pavimento regado y ba-

rrido; después se lavó la boca en dos cáscaras de coco que estaban en un árbol en el patio. La doncella le sirvió primero el agua de arroz. Tan pronto como la bebió, desapareció el cansancio que sentía aún. Estaba alegre y todo su cuerpo le producía una agradable sensación de frescura. Luego le dió dos cucharadas de arroz, manteca, una sopa y una compota picante que despertaba el apetito. Después le sirvió el resto del arroz, con leche y con suero, lo que le confortó tanto por su olor como por su frescura. Se sació tanto, que ni siquiera fué capaz de acabar la comida que la doncella había preparado. Luego pidió de beber. Ella le trajo un jarro nuevo. Lleno de agua. El agua estaba sahumada con áloe y perfumada con flores frescas, y despedía el buen olor que le prestaban las flores de loto bien abiertas.

La doncella le sirvió una buena cantidad de agua; él se llevó a los labios la escudilla y bebió con avidez el agua clara. Bajo el influjo de las frías gotas, sus párpados se abrieron tanto, que bajo ellos lucían sus ojos como la aurora. El chorro del agua al caer satisfizo sus oídos. Sus mejillas se pusieron tensas, porque a consecuencia del agradable contacto sufrido en la parte interna, se le erizó el vello. Las ventanas de sus narices se ensanchaban para recoger la superabundancia de buenos olores: el buen sabor confortaba su gusto. Finalmente, movió la cabeza indican-



do que ya era bastante. La muchacha puso a un lado el jarro y le dió otro para enjuagarse la boca. La vieja se llevó la comida que había sobrado, y él puso su propio abrigo destrozado sobre el pavimento, en el que había extendida una capa rojiza de estiércol de vaca, y descansó un poco. Y, como estaba satisfecho con lo ocurrido, se desposó en buena forma con la doncella y se la llevó a su casa.

Pero, una vez allí, prescindió de todas las consideraciones y se desposó con una hetaira. La primera mujer sirvió tan bien a ésta como a una amiga querida. En el servicio de su esposo no conocía desmayo. Servíale como a un dios. Asimismo se ocupaba cuidadosamente en los menores detalles de sus quehaceres domésticos. Frente a la servidumbre era incansable en mostrarles una cortesía afectuosa, por la que todos le tributaban una incommovible fidelidad.

Tantas excelencias conquistaron completamente a su esposo, quien sometió a su autoridad toda la casa, se entregó a ella en cuerpo y alma y, junto con ella, alcanzó los tres fines de la vida: religión, riqueza y amor.

Por eso digo yo: «El valer de la esposa regocija al marido y le aprovecha.»





## IV

### NIMBAVATI

(Cuento tomado de «Las aventuras de los diez príncipes», por Dandin. Siglo V o VI después de J. C.)

**E**N Saurachtra hay una ciudad llamada Valabi. En ella vivía un armador llamado Grihagupta, que podía competir en riquezas con el señor de los gnomos \* y tenía una hija llamada Ratnavati. Con esta hija se desposó Balabadra, hijo de un caravanero de Madumati. Al encontrarse a solas con su joven mujer, ésta rechazó con tanta brusquedad sus manifestaciones amorosas, que el esposo sintió de pronto un odio terrible contra ella y le prohibió que se presentase nunca ante su vista. Fué inútil que sus amigos le

\* Kubera, dios de la riqueza.

dieran consejos; de tal modo se había sentido humillado por ella, que no fué posible conseguir ni que pisase su casa.

Viviendo por su culpa en matrimonio desgraciado, la mujer tenía que sufrir el desprecio de propios y extraños, que decían: «Esta no es una Ratnavati \*, sino una Nimbavati \*\*.» Cuando ya había transcurrido bastante tiempo, Ratnavati pensaba, amargamente arrepentida: «¿Qué va a ser de mí?» Estando un día entregada a tan sombríos pensamientos, vino a visitarla una monja vieja, que la quería con afecto de madre y le trajo las flores que habían sobrado de un sacrificio. A solas con la monja, lloró amargamente. Viéndola llorar, las lágrimas corrieron también por las mejillas de la monja, que le habló con toda la dulzura de que era capaz y le preguntó por la causa de sus lágrimas. La vergüenza cerraba la boca de Ratnavati, pero la seriedad de su situación hizo que al fin lograrse romper a hablar: «¿Cómo te lo voy a contar, madre! Un matrimonio desdichado es para una mujer como la muerte en la vida, y mucho más para una mujer de buena familia. Desgraciadamente, yo soy un buen ejemplo de eso. Hasta mis deudos, y mi madre no menos que ellos, tienen para mí mira-

\* Hecha de piedras preciosas.

\*\* Nimba significa árbol de fruto amargo.

das de desprecio. ¡Oh, si pudieras lograr que volvieran a mirarme con buenos ojos! Si no puedes prometérmelo, lo mejor será que hoy mismo ponga término a mi inútil existencia. Pero te ruego que me guardes el secreto hasta que todo esté terminado.»

Y al decir estas palabras se arrojó a los pies de la vieja. Esta la levantó y, con los ojos llenos de lágrimas, le dijo: «¡Querida niña: no tomes semejante determinación! Piensa que me tienes a tu lado, dispuesta a servirte. Mientras me necesites, quiero consagrarme enteramente a ti. Si te repugna la vida del mundo, retírate bajo mi dirección y ganarás la eterna bienaventuranza. Ciertamente si tú, con todos tus encantos, con tu intachable conducta y con el prestigio de tu familia, te has convertido tan pronto en objeto odioso para tu marido, es por alguna culpa que has cometido en una existencia anterior. Pero si conoces un medio de trocar en amor el odio de tu marido, comunícamelo. Pues sé que tienes un entendimiento muy agudo.» Ratnavati se estuvo un rato cavilosa, con la cabeza inclinada; luego suspiró profundamente y sólo con trabajo arrancó de sus labios esta explicación: «El esposo, ¡oh santa!, es la única divinidad que debemos venerar nosotras las mujeres, y particularmente las mujeres de buena familia. De aquí se sigue que tiene que ocurrir algo que me haga nuevamente digna



de su servicio. Ahora, nosotros tenemos un vecino, un comerciante, que es el más prestigioso habitante de la ciudad, pues sobresale por encima de todos por su origen y sus riquezas, y es el amigo de confianza del rey. Su hija Kanakavati es mi amiga íntima y se me parece no sólo en el aspecto general, sino detalle por detalle. Lo que me propongo es lo siguiente: Pasearé con ella sobre la azotea de su palacio, tan lindamente ataviada como mi compañera. Tú te encargarás de la difícil comisión: llevarás a mi marido a esa casa y, si quieres, puedes decirle que la madre de mi amiga lo manda llamar con insistencia. Tan pronto como os presentéis perderé mi balón con naturalidad, de modo que parezca debido a la excitación de mi juego. Tú recoges el balón, se lo das a mi marido, y le dices: «Esta muchacha, hijo mío, es la amiga de tu mujer; se llama Kanakavati y es hija de Nidhipatidatta, el más prestigioso de todos los comerciantes. No habla bien de ti y te echa en cara tu inconstancia y la dureza con que has tratado a Ratnavati. Este balón procede, pues, de un enemigo; devuélveselo.» Cuando le hayas dicho esto, alzará la vista y me tomará por mi amiga. Entonces yo le rogaré, con las manos juntas, que me lo devuelva; tú insistirás, él me devolverá el balón y sentirá un vivo deseo de mí. Este deseo será la brecha por la cual hallaré entrada en su corazón. Yo haré que se convierta en

pasión abrasadora, hasta que finalmente me dé una cita y me lleve a otro país.»

La monja aceptó el plan con alegría y realizó su parte con el mayor éxito. Engañado por la vieja asceta, creyó Balabadra habérselas con Kanakavati, y en una noche oscura raptó a su mujer, que se llevó consigo sus alhajas y objetos de valor. Entretanto, la monja esparcía un falso rumor, diciendo: «Balabadra me dijo ayer: ¡Desgraciado de mí! He abandonado sin razón alguna a Ratnavati, he humillado a mis suegros y no he atendido al consejo de mis amigos. Me avergonzaría si viviese aquí entre ellos. Probablemente se habrá marchado, pues, con Ratnavati. Pronto se sabrá la verdad.»

Cuando los deudos de Balabadra oyeron esto, no se apresuraron a buscar noticias. Ratnavati tomó por el camino una criada, y llevando ésta el alimento y cuanto necesitaban, llegaron los fugitivos a Ketakapura. Como Balabadra era un comerciante experto, consiguió, a pesar de lo escaso de su capital inicial, reunir un gran patrimonio, y pronto fué considerado entre los primeros habitantes de la ciudad. A medida que aumentaba la riqueza, crecía también la servidumbre. Un día, Ratnavati se dirigió a aquella primera criada con palabras duras: «Rehuyes todo trabajo. Robas cuanto cae en tus manos y, además de eso, das malas contestaciones.» Estos repro-



ches fueron acompañados de una buena tanda de azotes. Esto enfureció a la criada, y como Ratnavati, en el tiempo en que la criada gozaba todavía de su confianza, le había contado el secreto de su rapto, la doncella hizo ante otras personas todo género de alusiones a esta historia. Sus cuentos llegaron a oídos del jefe de la Policía, quien, como era hombre ávido de dinero, se fué a ver al más viejo de la ciudad y presentó una denuncia contra Balabadra, declarando con gran indignación: «Balabadra es un gran criminal. Ha robado al comerciante Nidhipatidatta, ha raptado a su hija Kanakavati y luego se ha establecido en nuestra ciudad. Creo poder contar con el asentimiento de los señores si me apodero de todo su patrimonio.»

Balabadra se quedó completamente desconcertado. Pero Ratnavati le dijo: «No tienes por qué temer. Di sencillamente: Mi mujer no es Kanakavati, la hija del comerciante Nidhipatidatta; es Ratnavati, la hija de Grihagupta; procede de Valabi, donde me fué concedida por sus padres, y estoy unido a ella legítimamente. Si no me creéis, enviad un mensajero a su familia.» Balabadra prestó esta declaración y quedó libre, bajo fianza de su gremio, hasta que Grihagupta, puesto en conocimiento del caso por un escrito de la ciudad, llegó en persona a Ketakapura, y fuera de sí de alegría recogió a su hija y a su yerno.



Balabadra había visto antes a Ratnavati; pero sólo cuando imaginó que era Kanakavati se enamoró perdidamente de aquella a quien bajo el nombre de Ratnavati había despreciado. Por eso digo yo: «El amor no es más que ilusión.»

## V

# EL BRAMÁN HARICHARMAN

(Tomado del libro de Somadeva intitulado «Océano de las narraciones» y escrito en verso, entre 1063 y 1082 de J. C., en Cachemira. Este cuento ha pasado a la tradición europea bajo el nombre de El Doctor Sábelotodo.)

**E**N un pueblo vivía un bramán llamado Haricharman. Era tan tonto como pobre, y no sabiendo de qué sustentarse, se encontraba en una situación muy apurada, tanto más cuanto que poseía demasiados hijos pequeños, en castigo por las malas acciones cometidas en una existencia anterior. Al fin, no le quedó más recurso que irse por el mundo a mendigar con su familia. Un día llegó a una ciudad y se fué a casa de un rico propietario, que se llamaba Stuladatta. Entró a su servicio, acomodándose en las cercanías

de su casa. Su mujer servía a Stuladatta como criada, y su hijo como pastor de los bueyes y del resto del ganado.

Un día se iban a celebrar las bodas de la hija de su señor, y la casa era un hormiguero de convidados, que habían llegado a bandadas. Haricharman se alegraba mucho por anticipado, pensando que en esta ocasión él y los suyos podrían hartarse de manteca, carne y otras buenas cosas. Pero nadie se ocupó de él, y al llegar la noche no había probado bocado. Entonces le dijo, perplejo, a su mujer: «Mi pobreza y mi tontería son la causa de que aquí no se ocupen de mí. Es necesario emplear una astucia y hacer ver que soy un hombre inteligente. Entonces, seguramente, el señor Stuladatta me tratará con particular respeto. Tan pronto como se te presente ocasión, dile, pues, que yo poseo un saber sobrehumano.» Así le habló a su mujer; puso en tensión su inteligencia, y cuando todo el mundo dormía, robó de la cuadra de Stuladatta el caballo del novio. Se lo llevó bastante lejos, dejándolo en un escondite seguro, y cuando a la mañana siguiente los invitados de la boda buscaron el caballo, todas sus pesquisas resultaron vanas; no se le encontraba por ninguna parte. Stuladatta estaba muy disgustado por este mal augurio y buscaba al ladrón del caballo. En esto se le acercó la mujer de Haricharman, y le dijo: «¿Por qué no le preguntáis a



mi marido? No sólo es muy inteligente, sino que entiende de astrología y de otras altas ciencias, y de seguro os devolverá el caballo.»

Al oír esto, Stuladatta dió en seguida orden de que se le presentase Haricharman. Este le dijo: «Ayer te has olvidado de mí. Y hoy que te han robado el caballo, te acuerdas.» Su<sup>n</sup> señor le pidió que le perdonase su olvido y le dijese quién había robado el caballo. Haricharman hizo como si entendiese algo de la cosa, se puso a trazar líneas, y dijo al mismo tiempo: «En la linde de la ciudad, precisamente al sur de aquí, lo han escondido los bribones. Corred cuanto podáis, traed al caballo antes que se haga de noche y los ladrones lo saquen de su escondite y se lo lleven.» Ante esta orden, salieron corriendo una porción de gentes a buscarlo, y no pasó mucho tiempo sin que lo hallaran y lo trajeran, tributando todos grandes elogios a la sabiduría de Haricharman.

Desde entonces todo el mundo quedó convencido de que el bramán estaba en posesión de un saber elevado. Y desde aquel momento Haricharman vivió en medio del mayor bienestar, respetado \* de las gentes y alabado por Stuladatta.

Pasaron los días. En esto se le ocurrió a un ladrón robar en las estancias interiores del palacio del rey una porción de oro, piedras preciosas y

\* En la India, el respeto se manifiesta con regalos.

otros objetos de valor. No pudo hallarse al ladrón, y como Haricharman era famoso por su saber sobrehumano, el rey lo mandó llamar. Viéndose ante el rey, trató de ganar tiempo, y dijo: «Mañana lo descubriré.» Entonces el rey mandó que lo encerrasen en una habitación y lo vigilasen bien, por lo cual su saber sobrehumano le resultó muy incómodo.

En el palacio del rey vivía una doncella llamada Lengua, que era la que juntamente con su hermano había robado de la estancia interior los objetos preciosos. Por la noche, se deslizó hasta la habitación en que estaba Haricharman y, llena de curiosidad, aplicó el oído a la cerradura, pues le daba miedo el gran saber del bramán. En este momento, precisamente, se encontraba solo Haricharman y apostrofaba a su propia lengua, que falsamente le había atribuido gran sabiduría, exclamando: «¿Por qué has hecho esto, ¡oh lengual, en tu afán de placeres? ¡Bribona! ¡Ahora pagarás las consecuencias de tu culpa!»

Al oír estas palabras, la doncella que se llamaba Lengua se asustó y pensó: «Ese hombre tan sabio me ha descubierto.» Y por una astucia se procuró entrada en la habitación. Una vez dentro, se precipitó a los pies del charlatán y le dijo: «Yo soy, bramán, la Lengua en quien tú has reconocido a la ladrona. Lo robado lo he puesto detrás de este edificio y lo he escondido bajo el

granado del jardín. Toma el oro que me he guardado...; no es mucho, desgraciadamente..., pero ten compasión de mí.»

Al oír esto, Haricharman se puso muy serio, y le dijo: «Todo me es conocido: el pasado, el futuro y el presente. Sin embargo, no te denunciaré, desdichada mujer, ya que imploras mi protección. ¡Vete! Pero dame en cambio lo que te haya quedado.» La doncella lo prometió y desapareció a toda prisa.

Haricharman se quedó muy asombrado, y pensó: «Cuando nos es favorable el destino, realiza en un instante lo imposible. Ya la perdición llamaba a mi puerta cuando, apenas puedo creerlo, se han cumplido mis deseos. Empiezo a injuriar a mi lengua, y la ladrona, que se llama Lengua, aparece ante mí. ¡Los pecados más ocultos salen a luz! Y es naturalmente el temor quien lo hace.» Sumergido en sus pensamientos pasó alegremente la noche en su habitación.

A la mañana siguiente, fingiendo una profunda sabiduría, condujo al rey al jardín, en el lugar designado, y le entregó el tesoro que allí yacía sepultado, diciendo que el ladrón había huído llevándose una parte del mismo.

El rey se puso muy contento, y ya se disponía a concederle señorío sobre unos pueblos, cuando el canciller le susurró al oído: «¿Cómo puede llegar un hombre sin estudios a semejante sabidu-



ría? La cosa tiene un aspecto sospechoso y parece fundada en inteligencias con los bribones. Pruebe su majestad otra vez.»

Entonces se le ocurrió al rey la idea de que trajesen un puchero nuevo, tapado y con una rana dentro. Y le dijo a Haricharman: «Si sabes qué es lo que contiene este puchero, te recompensaré con largueza, bramán.» Al oír esto, el bramán pensó que se había acabado su poder; pero de pronto le pasó por la imaginación que, cuando era todavía niño, su padre le llamaba por broma «ranita», y el que preside los destino de los hombres le sugirió el pensamiento de emplear esta palabra al prorrumpir en lamentaciones: «¡No podías imaginar, pobre ranita, que de pronto sería tu perdición un puchero, sin que pudieras remediarlo!»

Cuando los presentes supieron de qué se trataba, fué general la alegría, y dijeron: «¡Qué maravillosa sabiduría la de este hombre! ¡Hasta lo de la rana ha averiguado!» El rey quedó convencido de que el saber de Haricharman provenía de lo alto, y en su alegría le concedió varios pueblos junto con oro, sombrilla \*, caballo y coche. Un momento había bastado para hacer de Haricharman un hombre que igualaba en poder y dignidad a un príncipe. Al que posee un tesoro de buenas obras, el destino no le regala más que buenas cosas.

\* Signo del señorío.



## VI

### MULADEVA

(Tomado del libro de Somadeva, intitulado «Océano de las narraciones» y escrito en verso entre 1063 y 1082 de J. C., en Cachemira.)

UN día iba yo en compañía de Chaschin, camino de Pataliputra, porque había sabido que en esta ciudad era donde más abundaban los pícaros y quería ver personalmente sus travesuras. Cuando llegábamos a las proximidades de la ciudad, vimos un lago en el que una mujer vieja lavaba ropa. Yo le pregunté: «¿Dónde dan albergue aquí a los forasteros?» La vieja tomó intencionadamente la palabra «aquí» en su significación propia, y me respondió: «Aquí viven los gansos en la ribera; los peces, en las aguas; las abejas, en las flores de loto; pero *aquí* no he visto todavía ningún albergue para forasteros.»

Avergonzado por esta contestación, seguí mi

camino, junto con Chaschin, y llegamos a la ciudad. Ante la puerta de una casa vimos a un niño que estaba llorando y tenía al lado una fuente de arroz con leche caliente. Chaschin dijo: «Si será tonto ese niño, que tiene junto a sí el arroz con leche, y en vez de comérselo se da sin razón un mal rato con su llantina.» Cuando el niño oyó esto se limpió, riendo, los ojos, y exclamó: «Los tontos sois vosotros, que no comprendéis la utilidad que me reporta el llorar: el arroz con leche se enfría lentamente y se pone dulce; además, aumenta porque hincha, y además se gasta mi mucosidad \*. Estas son las ventajas de mis lágrimas. No lloro por tontería. En cambio, vosotros sois dos paletos tontos, que no comprendéis las intenciones ajenas.»

Esta contestación del niño nos hizo avergonzarnos de nuestra tontería, y asombrados nos alejamos. Llegamos junto a un mango y vimos a una muchacha muy hermosa, sentada en una de sus ramas, cogiendo frutas, mientras sus deudos estaban debajo del árbol. Le pedimos algunas frutas, y la doncella nos preguntó: «¿Las queréis comer calientes o frías?» Me asombraron estas palabras, y, deseando saber qué sentido especial envolvían, le dije: «Quiero comer primero las ca-

\* Entre los tres humores fundamentales: aire, bilis y mucosidad, ha de existir equilibrios, según la medicina de los indios.



lientes y luego las otras.» Ella arrojó algunas frutas al suelo, dejándolas caer allí donde había más polvo. Soplamos el polvo que las cubría y las comimos. Lu muchacha y sus deudos se echaron entonces a reír, y aquélla nos gritó: «Os he dado primero las calientes; por eso las habéis soplado antes de comerlas. Coged ahora en vuestros vestidos las frías; ésas no necesitaréis soplarlas.» Así gritó y nos tiró un par de ellas.

Las cogimos y continuamos, avergonzados otra vez. Pero yo le dije a Chaschin y a los demás que nos acompañaban: «Cueste lo que cueste, es preciso que yo me case con la traviesa doncella, para hacerle pagar cara su burla. ¿Qué sería, si no, de mi fama de hombre astuto?» En vista de esto, mis compañeros se informaron de la casa de su padre. Luego nos disfrazamos, para que no nos conociesen, y al día siguiente nos fuimos allá. El padre de la muchacha era un bramán y se llamaba Jadchanasvamin. Cuando nos oyó recitar versos de los Vedas, vino a nuestro encuentro y nos preguntó: «¿De dónde venís?» «Venimos de la ciudad del engaño y queremos estudiar aquí.» Al oír esto, el noble bramán, que era al mismo tiempo un hombre rico, nos dijo: «Bien; podéis, pues, pasar en mi casa los cuatro meses calurosos. Será una honra para mí albergaros, pues venís de tan lejos.» Nosotros le respondimos: «Haremos lo que desees, si transcurrido ese tiempo nos prome-

tes darnos lo que te pidamos.» El bramán replicó: «Si no pedís algo irrealizable, os lo concederé; podéis estar seguros.»

Luego que nos hubo prometido esto, tomamos habitación en su casa. Pero, pasados los cuatro meses, le dijimos: «Ahora vamos a dejarte. Darnos lo que te pidamos, como se acordó.» «¿Qué es ello?»—nos preguntó—. Chaschin dijo, señalándome a mí: «Dale tu hija a nuestro jefe.» Viéndose cogido por la palabra, el bramán pensó: «Me han cogido. ¡Pero sea así! ¿Qué daño puede haber en ello? Después de todo es un hombre excelente.» Así lo pensó y me desposó con su hija en toda solemnidad.

Cuando a la noche siguiente entré con mi mujer en el dormitorio, me eché a reír, y le dije: «¿Te acuerdas todavía de las frutas calientes y frías?» Oyendo esto, ella se rió también, y respondió: «Así las gentes de la ciudad se burlan de los paletos.» Yo exclamé entonces: «¡Adiós, pues, ciudadana! Como yo no soy más que un paleta, te abandonaré y me iré muy lejos de ti. Te lo juro.» Al oír esto, ella hizo también un juramento, y dijo: «Puedes estar seguro de que te recobraré, pues te ha de prender el hijo tuyo y mío.»

Después que nos hubimos jurado esto, ella se acostó y me volvió la espalda. Pero, mientras dormía, le puse mi anillo en el dedo. Luego abandoné la estancia, me reuní con mis compañeros y



volví con ellos a mi ciudad, Udchayini, lleno de curiosidad por ver si la muchacha me daba la ofrecida prueba de su talento.

Al despertar a la mañana siguiente la hija del bramán, y ver que yo había desaparecido, no sin dejar en su dedo el anillo que llevaba mi nombre, pensó: «Ha cumplido, pues, su juramento. Se ha alejado, dejándome abandonada. Nada de pesares. Ahora se trata de cumplir yo también mi juramento. En el anillo está su nombre: Muladeva. Sin duda es Muladeva, el famoso pícaro. Todos los días se les oye decir a las gentes que Muladeva vive en Udchayini. Es preciso que encuentre un buen recurso para ir allá y conseguir lo que deseo.»

Tomada esta decisión, se presentó a su padre, y, disimulando su intención, le dijo: «Mi esposo, querido padre, me ha abandonado de pronto y ha desaparecido. ¿Cómo puedo vivir contenta, separada de él? Quiero, pues, hacer una peregrinación para castigar este cuerpo miserable.» Al principio, el padre no quería oír hablar de semejante cosa. Pero ella insistió en sus ruegos, hasta que, finalmente, logró su consentimiento. Provisita de abundantes recursos y del séquito correspondiente, se puso en camino y llegó, al cabo de un tiempo, a Udchayini. Se atavió con alhajas y vestidos preciosos, pero de los que cuadran más bien a una hetaira; así ataviada, parecía la mu-



chacha más hermosa del mundo. Se instaló en la ciudad y adoptó el nombre de Sumangala. Con su servidumbre había quedado de acuerdo sobre lo que tenía intención de hacer. Sus gentes debían correr la noticia de que era una hetaira que venía de Kamarupa, pero que sólo podrían conseguirla los hombres que estuvieran dispuestos a sacrificarle su patrimonio.

A poco, una lujosa hetaira, llamada Devadatta, que habitaba en la ciudad, le ofreció su propio palacio, digno de un rey, y se lo cedió para que lo habitase exclusivamente. Una vez instalada, la fama de que gozaba atrajo primeramente a mi amigo Chaschin, que le envió un criado rogándole aceptase sus dotes. Ella le respondió por el mismo criado: «Sólo hallará entrada en mi casa el amante que cumpla todas mis instrucciones. No pido salario, como no apetezco a más hombres sino a los que saben elevarse sobre los animales.» A Chaschin le pareció bien. Al oscurecer se dirigió al palacio de Sumangala. Llegó a la primera puerta y se anunció. El portero le respondió: «Primeramente tienes que cumplir las instrucciones de mi señora. Aunque ya te hayas bañado, tienes que volver a bañarte; si no, no podrás entrar.» Chaschin no tuvo más remedio que aceptar el baño. Sin reflexionar más dejó a las esclavas que le frotasen con aceite y óleos y le bañasen; cuando terminaron, había pasado la

primera guardia de la noche. Después de bañado, llegó a una segunda puerta, en la que había un segundo portero, que le dijo: «Ya estás bañado; ahora tienes que vestirme adecuadamente.» Chaschin declaró estar dispuesto, y vinieron nuevas esclavas que le ataviaron y arreglaron, lo que les ocupó tanto tiempo, que pasó también la segunda guardia de la noche. Luego llegó a la puerta del tercer muro. En ésta había un cuerpo de guardias, que le comunicaron que tenía que comer antes de penetrar en los aposentos de su señora. También accedió a esto Chaschin, y las esclavas que le servían le fueron presentando platos, hasta que hubo pasado la tercera guardia de la noche. Cuando, al fin, consiguió llegar a la cuarta puerta, la que daba entrada al dormitorio de Sumangala, el portero que allí prestaba servicio le dijo: «¡Largo de ahí, pretendiente aldeano! Si no, te voy hacer papilla. ¿Es la cuarta guardia de la noche una hora a propósito para venir a visitar a una hetaira?» De esta manera le apostrofó el hombre, que al hacerlo parecía furioso como la misma muerte. Chaschin palideció y se volvió como había venido.

Después de Chaschin se presentaron varios pretendientes. Pero todos fueron burlados de la misma manera por la hija del bramán, que bajo el nombre de Sumangala se fingía hetaira. La historia llegó a mis oídos. Excitó mi curiosidad,



y luego que el mensajero hubo ido y vuelto varias veces, aguardé la noche y me dirigí, cuidadosamente vestido y ataviado, a su palacio. Me costó algún dinero ganar a los porteros de las diferentes puertas, y de este modo, no pasó mucho tiempo cuando me encontré ante la puerta de su dormitorio. Como los demás porteros me habían dejado pasar y llegaba a hora conveniente, se me abrió también esta puerta y vi a mi esposa, pero sin reconocerla bajo su tocado de hetaira. En cambio, ella me reconoció, se levantó, vino a mi encuentro para saludarme, hizo que tomara asiento en su diván y, traviesa y avisada como era, me sirvió como una verdadera hetaira. Pasé la noche con la mujer más hermosa del mundo, y al llegar la mañana estaba tan enamorado que no me sentía capaz de abandonar su casa. Ella, a su vez, gozaba tales delicias con mi trato, que no se apartó de mi lado hasta que al cabo de algún tiempo los brotes de sus pechos se ennegrecieron, porque había recibido de mí el fruto de la maternidad.

Entonces, la avisada mujer me entregó una carta falsificada y me dijo: «Lee este escrito que me ha enviado el rey mi señor.» Rompí el sello y leí: «Dado en Kamarupa. El bendito rey Manasimba envía a Sumangala, la siguiente orden. ¿Por qué estás ahí tanto tiempo? Ya puede haberse satisfecho tu deseo de ver los países extranjeros. Vuelve en seguida.»



Cuando hube leído el escrito, mostró gran dolor, y me dijo: «Tengo que volver, no me lo tomes a mal. Desgraciadamente no puedo disponer de mí.»

Después de engañarme de esta manera, regresó a su ciudad natal, Pataliputra. Pero yo no la seguí, a pesar de lo enamorado que estaba de ella, pues hube de creer que no estaba libre.

En Pataliputra dió a luz un niño, que fué creciendo y aprendió todas las artes sociales. Un día, cuando tenía doce años, en su soberbia infantil, le pegó con un látigo al hijo de una esclava de la misma edad que él. El muchacho maltratado le gritó, colérico: «Te atreves a pegarme, y nadie sabe quién es tu padre. Tu madre ha andado rodando por el mundo, y cualquiera puede ser tu padre.»

Al oír esto, mi hijo pensó morir de vergüenza. Corrió en busca de su madre, y le preguntó: «Mamita: dime quién es mi padre y dónde vive.» La hija del bramán reflexionó un momento, y luego respondió: «Tu padre se llama Muladeva; pero me ha abandonado y se ha ido a Udchayini.» Y, dicho esto, le refirió cuanto había hecho y lo que le había pasado. Entonces el muchacho le dijo: «¡Está bien, madre! Ahora mismo voy en busca de mi padre y te lo traeré encadenado, para que se cumpla tu juramento.»

Así dijo el niño—pero sólo se lo dijo a su madre—, y se puso en camino. Su madre le había

explicado detalladamente cómo podría reconocerme. Llegó a Udchayini, me halló jugando a los dados y seguramente me reconoció por la descripción que le había hecho de mí mi esposa. Jugó con todos los que se hallaban en el local, y ganó todas las veces. Todos se quedaron asombradísimos ante este muchacho que, a pesar de su poca edad, era ya tan astuto. Pero todo el dinero que había ganado al juego lo repartió entre los pobres.

A la noche siguiente estaba yo durmiendo. Con la agilidad que le era propia se deslizó hasta mi aposento, me puso suavemente sobre un montón de lana que había junto al lecho, y me robó la cama. Cuando desperté al día siguiente y vi que en vez de estar en la cama estaba sobre el montón de lana, me quedé estupefacto y sin saber si debía avergonzarme o echarme a reír. Salí a la calle, paseé arriba y abajo, y por fin llegué al mercado. Allí vi al muchacho del día anterior, que tenía mi cama puesta a la venta. Me acerqué a él, y le dije: «¿Qué vale la cama?» El chico me replicó: «No se compra con dinero, respetable rey de los pícaros. Pero será tuya si me cuentas la historia más maravillosa que se haya oído.» Ante esta proposición le dije: «Bueno. Voy a contarte algo maravilloso. Si lo entiendes bien, tendrás que confesar que descansa en la verdad; pero si declaras que la historia es falsa, eres un hijo de hetaira y la cama



es mía. Bajo estas condiciones voy a contarte la maravillosa ocurrencia. Escucha:

«En tiempos antiguos había gran hambre en un reino. Entonces el rey mismo aró las espaldas de la amada de un macho cabrío con el gran peso del carro de las serpientes. Tras esto floreció el trigo, lo que trajo al rey gran bienestar. Acabó con el hambre que pesaba sobre todos los ciudadanos, y todo el mundo le tributó homenaje.»

Cuando hube contado esto, el muchacho se echó a reír, y dijo: «Los carros de las serpientes son las nubes \*. La amada del macho cabrío es la tierra, a la que se llama amada de Visnú, que toma figura de macho cabrío. ¿Qué hay, pues, de maravilloso si brota de la tierra el trigo después de ser regada por las nubes?»

El travieso muchacho me dejó asombrado con esta respuesta. Volvió a tomar la palabra, y dijo: «Ahora quiero yo contarte también algo inaudito. Si lo entiendes bien y reconoces que la historia es verdadera, será tuya esta cama; de lo contrario, serás esclavo mío.» Acepté la condición, y el travieso muchacho me contó lo siguiente:

«Hace mucho tiempo nació aquí, ¡oh rey de los pícaros!, un niño. Apenas nacido, con el ímpetu de sus pies estremeció la tierra. Al momento se hizo grande y puso su pie en otro mundo.»

\* Las serpientes son los rayos en las nubes.



Cuando el muchacho me contó esto, no lo entendí, y dije: «Ese es un infundio; no hay ni chispa de verdad en todo eso.» Pero el muchacho me dijo: «¿Es que no se estremeció la tierra bajo los pasos de Visnú, el recién nacido, en figura de enano? Y ¿no creció en seguida, poniendo pie en el mundo del cielo? No tienes salida. Estás vencido y eres mi esclavo. Todos los que están aquí en el mercado son testigos de nuestro convenio. Por consiguiente tendrás que seguirme adondequiera que yo vaya.»

Así habló el avisado niño y me cogió del brazo, y todos los presentes testimoniaron que tenía razón. Me prendió, pues, ya que estaba ligado a él por el acuerdo y, acompañado de sus criados, me llevó a la ciudad de Pataliputra, con su madre. Cuando le vió su madre, me dijo: «Ahora, esposo mío, he cumplido mi juramento. Te he hecho volver, preso por tu hijo y el mío.» Y me contó en toda verdad la historia.

Entonces la felicitaron todos sus deudos, por haber logrado su propósito, gracias a su astucia, y haber borrado por su hijo la vergüenza que pesaba sobre ella, y celebraron una gran fiesta. Yo me alegré también, pasé con mi esposa y mi hijo largo tiempo en casa de mi suegro, y volví con ellos a Udchayini.

Hay, pues, en el mundo mujeres de buena casa, fieles a su marido, y no todas las mujeres observan mala conducta.



## VII

### EL TEJEDOR EN FIGURA DE VISNÚ

(Tomado del Panchakianaka, o sea «el libro didáctico de las cinco narraciones», reelaboración del Panchatandra hecha en Gucharat entre 1000 y 1100 de J. C.)

**E**N una ciudad vivían dos amigos, un tejedor y un carrero. Desde su infancia se habían criado juntos, habían andado juntos siempre, se querían entrañablemente y donde estaba el uno siempre podía encontrarse al otro.

Un día se celebraba en un templo de la ciudad una fiesta, a la que iba unida una procesión. Los dos inseparables caminaban entre las apreturas de los bailarines, actores y músicos y el amontonamiento de la muchedumbre, que había venido de todos los países. En esto vieron a una hija de un rey, que también había venido a ver la divinidad. Iba montada sobre un elefante, rodeada

de cortesanos y eunucos, y ostentaba en su cuerpo todos los signos de la felicidad. Su vista obró sobre el tejedor como si hubiera hecho presa en él un demonio maligno, o como si sufriera las consecuencias de un veneno atroz. Cayó en tierra sin sentido. Habíanle alcanzado las flechas disparadas por el dios del amor.

El dolor del amigo era también el dolor del carrero; al ver al tejedor en tan lamentable estado, lo levantó y, ayudado de buenos amigos, lo llevó a su casa. Una vez allí llamó a los médicos, que le prescribieron toda clase de remedios, y a los magos, que le atendieron; y gracias a sus esfuerzos comunes consiguieron al fin con gran trabajo que el enfermo saliese de su desmayo. El carrero le preguntó: «¿Qué te ha sucedido, querido amigo, para perder así de repente el conocimiento? Dime lo que te pasa.» El enfermo dijo: «Oyelo, si quieres saberlo, amigo mío. Voy a confiarte mi secreto, sin callarte nada. ¡Amigo mío! Si es verdadera tu amistad, préstame el último servicio y ayúdame a preparar la pira. Y si te he ofendido en algo, perdónamelo; siempre habrá sido por exceso de cariño.»

Al oír esto, al carrero se le llenaron de lágrimas los ojos, y, sollozando, replicó: «¿Así estás, amigo mío? Pero dime antes quién te ha hecho mal, para que yo pueda curártelo, si es posible el remedio. Pues, como dicen:



Nada hay en el mundo, de cuanto se encierra en el huevo de Brahma, que no pueda remediarse por hierbas medicinales, dinero, fórmulas mágicas y por la sabiduría de los hombres avisados.

Si esta enfermedad puede curarse por uno de estos cuatro medios, yo la curaré». El tejedor dijo: «Puede ser, querido amigo; pero el mal que me ha atacado no puede curarse ni con esos cuatro ni con otros cien mil remedios. A lo sumo podrías aplazar mi muerte, y eso no tiene objeto.» El carrero replicó: «Dímelo, sin embargo, aunque sólo sea para adquirir el convencimiento de que tu enfermedad es incurable, e ir contigo al fuego; pues no sobreviviré nunca a nuestra separación. Esta es mi voluntad resuelta.» Entonces dijo el tejedor: «Oye, pues, amigo mío: ¿te acuerdas de la hija del rey, que en la fiesta iba montada sobre un elefante? Apenas la hube divisado, el dios santo que lleva el cocodrilo en su bandera (el dios del amor) ha llenado mi alma de dolor. Soportar ese sufrimiento es superior a mis fuerzas.»

A estas palabras, sólo con una sonrisa respondió el carrero, que dijo: «Si no es más que eso, amigo mío, te felicito. Se cumplirá tu deseo. Hoy mismo estarás reunido con ella.» A lo que el tejedor replicó: «¡Amigo mío! Su palacio está rodeado de guardias, y nadie puede penetrar en él más que el viento. ¿Cómo voy a reunirme con ella? ¿Está bien que te burles de mí de esa manera?»

Pero el carrero dijo: «Ya verás lo que puede mi astucia.» Dijo esto y se puso a la obra, y en un momento hubo confeccionado con madera una Garuda (el águila divina en la que cabalgaba Visnú) que podía moverse con los codos; hizo, además, un par de brazos silvestres cuerno, un disco arrojadizo, una maza y una flor de loto, una corona de flores, una diadema y una joya, como la que ostenta en su pecho Visnú. Puso sobre esta Garuda al tejedor, le proveyó de todos los signos de Visnú, le enseñó a mover el pájaro con los codos, y exclamó: «¡Adelante, querido amigo! A medianoche, la hija del rey se encontrará en la parte más alta del palacio de los siete pisos. Si te presentas a ella en esta figura cuando esté en su aposento, te tomará, candorosa, por el hijo de Vasudeva (Visnú). Con palabras astutas la seducirás y será tuya.»

El tejedor no dejó que se lo repitieran dos veces. En figura de Visnú voló hasta ella, y le habló así: «¿Duermes, hijita del rey, o estás despierta todavía? El deseo de tí me ha traído aquí desde el mar de leche \*, sacándome de junto a Lakchmi \*\*. Entrégate, pues, a mí.» La doncella, viéndole montado en su Garuda, con los cuatro brazos y todas las armas de Visnú, se levantó asombrada de su lecho, juntó devotamente las

\* La isla donde mora Visnú está en un mar de leche.

\*\* Esposa de Visnú y diosa de la felicidad.



manos, y dijo: «¡Santo Dios! Yo no soy más que un indigno gusano humano, y tú eres el espíritu sublime a quienes adoran los tres mundos creados por ti. ¿Cómo va a ser posible lo que desees?» El tejedor replicó: «No te preocupes, amada mía. Cuando yo estaba aún en la casa del pastor Nanda, tenía una esposa que se llamaba Radha \*.

Esa eres tú, mi prometida. Por eso he venido a verte.» Ella le respondió: «Siendo así, santo Dios, sólo necesitas pedirme a mi padre; me concederá a ti sin vacilar un momento.» A esto respondió el tejedor: «Amada mía: los hombres no son dignos de gozar de mi vista, y mucho menos puedo hablar con ellos. Entrégateme, pues, en un matrimonio Gandharva \*\*, u os convierto en ceniza a ti y a todos los tuyos.»

Dichas estas palabras, bajó de su Garuda, cogió de la mano izquierda a la doncella, que temblaba de vergüenza y temor, la llevó hasta su lecho, y luego que durante el resto de la noche la hubo cuidado, según los preceptos del tratado de amor de Watsiajana, volvió al rayar el día a su casa, sin ser visto de nadie. De allí en adelante transcurrieron sus días disfrutando regularmente los encantos amorosos de la hija del rey.

\* Visnú, cuando vivió vida humana en figura de Krichna, habitó en casa del pastor Nanda y se desposó con la pastora Radha.

\*\* Especie de matrimonio que hasta el consentimiento de ambos contrayentes.



Pero un día los cortesanos advirtieron que los labios coralinos de la princesa presentaban lamentables heridas, y se dijeron unos a otros: «Amigo mío: la cara de la hija de nuestro rey muestra señales como de haber concedido sus favores a un hombre. ¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo puede ocurrir tal cosa estando tan vigilada esta casa? Tenemos que comunicárselo al rey.» Dicho y hecho. Se fueron a ver al rey, y le dijeron: «¡Majestad! Es un enigma para nosotros. A pesar de nuestra vigilancia entra un hombre en el harén de la princesa. Sírvasse su majestad disponer lo que ha de hacerse.»

Estas palabras desataron una tormenta en el corazón del rey. Se dirigió inmediatamente en busca de su esposa, y la dijo: «¡Reina! Procura averiguar qué hay de cierto en las palabras de los cortesanos. Al que haya cometido este delito le amenaza el dios de la muerte.» Al oír esto la reina, fué presa de gran indignación, corrió a ver a su hija y halló que sus labios estaban mordidos y arañado su cuerpo. Entonces exclamó: «¡Hija perversa! ¿Cómo has podido perder de ese modo tu castidad y con ella nuestra casa? ¿Quién es el hombre que viene a verte y en el que la muerte tiene fijos los ojos? Confíesamelo y procura no engañarme.» Con la cabecita baja por la vergüenza, la princesa le confesó a su madre lo que había pasado entre ella y el tejedor en figura de Visnú.

Cuando la reina lo hubo oído todo, su cara resplandecía de contento; corrió apresuradamente en busca del rey, y exclamó: «¡Felicitémonos, majestad! El sagrado Visnú es el que se acerca a nuestra hija regularmente todos los días, a medianoche. Se ha unido a ella en un matrimonio Gandharva. Esta noche saldremos ambos a la ventana, y, al llegar la medianoche, le veremos, pues no puede cambiar palabras con los hombres.»

Al oír esto, el rey recobró su alegría. Le pareció que el día duraba cien años; apenas tuvo paciencia a esperar que transcurriese. Pero al fin llegó la noche, y en acecho detrás de la ventana, con los ojos clavados en el cielo, a la hora esperada, vió descender por el aire al tejedor en su Garuda, con las manos, el cuerno, el disco arrojadizo y la maza; en una palabra: con todos los aditamentos ya mencionados. Le pareció como si le bañasen en el río de Amrita \* y le dijo a la reina: «Querida esposa: no hay nadie más feliz que nosotros, ni nadie que pueda comparárenos, pues el sagrado Visnú visita a nuestra hija para acariciarla. Ya se han cumplido todos los deseos que nuestro corazón apetece. El poder de mi yerno vendrá a mí y someteré la tierra entera.»

Para poner en ejecución este propósito, pasó las fronteras de su país y cayó sobre los reinos de

\* Néctar de inmortalidad.



todos los príncipes vecinos. Ante el ataque salieron todos contra él y le presentaron batalla. Entonces el rey hizo saber a su hija por la boca de la reina: «Tú eres mi hija, y el sagrado Visnú, mi yerno. ¿Es posible que me venzan todos los príncipes? Habla, pues, hoy con tu esposo y dile que aniquile a mis enemigos.»

Cuando a la noche siguiente el tejedor llegó a ver a la princesa, ésta le dijo humildemente: «Sus enemigos han puesto en grave aprieto a papá, a pesar de ser tu suegro, ¡oh santo Dios! Si ocurre eso, es una vergüenza para ti. Ten, pues, gracia con él y aniquila a tus adversarios.» El tejedor replicó: «Amada mía. ¿Qué son un par de enemigos para mí? No tengas miedo. Me bastará un momento para deshacerlos, con mi disco arrojadizo, en pedazos no mayores que granos de sésamo.»

Pero pasó el tiempo, los enemigos asolaban el país y finalmente no le quedaba ya al rey más que su fortaleza. A pesar de todo, no se daba cuenta de que bajo la figura de Visnú se escondía un tejedor, y le enviaba los más preciados perfumes, junto con telas, flores, manjares y bebidas de todas clases. Un día le mandó decir por su hija: «Mañana, santo Dios, caerá sin remedio mi fortaleza, pues ya no hay en ella alimentos para los hombres ni para los animales. Además, las gentes están tan agotadas de cuerpo, que ninguno es



capaz de combatir, y muchos han fenecido ya. Ten esto en cuenta, y haz lo que el momento exige.» Al oír esto, el tejedor se dijo: «Si cae la fortaleza, vendrá seguramente la muerte y la separación de la princesa. Prefiero, pues, aparecer con mi Garuda en el aire y mostrarme al enemigo con mis armas. Acaso me tomen también por una encarnación de Visnú, se sientan poseídos del terror y se dejen matar por los guerreros del rey. Porque está dicho:

También la serpiente sin veneno ha de ostentar una gran cresta; pues tenga o no tenga veneno infundirá terror.

Si, en cambio, caigo luchando por la ciudad, mi suerte será mejor, pues está dicho:

«Al que pierde su vida por vacas, por bramanes, por su ciudad, mujer o por su señor, le pertenecerán los mundos eternos.» [por su

Tomó así una decisión firme, y después de masticar las tablillas para los dientes \*, dijo: «No volveré a comer ni a acariciarte hasta que haya destruído a todos los enemigos. Dile a tu padre que al romper el día salga al campo a luchar con el mayor número de fuerzas que pueda reunir.

\* Los indios se lavan los dientes masticando pedacitos de mandera.

Volaré por el aire y les quitaré toda fuerza a sus enemigos. Entonces podrá con facilidad aniquilarlos. Pues si los matase yo mismo, todos esos malhechores entrarían en mi reino. Por eso debe hacerlos huir, para que no vayan al cielo». Oído esto, la princesa fué en persona a contárselo todo a su padre. El rey, siguiendo sus instrucciones, salió al romper el día con sus tropas a presentar batalla. El tejedor, decidido a morir, cogió un arco en la mano y voló hacia el lugar de la lucha.

En esto Visnú, el sagrado, el sabedor del pasado, del porvenir y del presente, pensó en su Garuda, y, al simple pensamiento, apareció ante él el águila. Como es natural, Visnú había reconocido al tejedor en su disfraz, y le dijo a Garuda: «¿No sabes, águila? Un tejedor, en figura mía, cabalga sobre tu imagen de madera, en busca de la hijita de un rey, para gozar de su amor». El pájaro replicó: «¡Oh Dios! Todos sus manejos me son conocidos. ¿Qué piensas hacer?» «El tejedor—respondió el dios—está firmemente decidido a morir, y se ha ido volando al lugar de la lucha. Está frente a una muchedumbre de los más nobles y avezados guerreros. No cabe, pues, duda de que morirá alcanzado por sus flechas. Mas si lo matan, los hombres dirán: las fuerzas reunidas de muchos nobles guerreros han acabado con Visnú y con Garuda. Y entonces se habrá terminado para siempre la adoración que hasta ahora

nos han tributado los hombres. Por consiguiente, corre al lugar de la lucha e introdúctete en el Garuda de madera; yo entraré en el cuerpo del tejedor para que pueda aniquilar a sus enemigos. Con esto crecerá nuestro prestigio.»

Garuda obedeció a su señor, haciendo lo que éste le ordenara, y el sagrado Visnú se introdujo en el cuerpo del tejedor. En el mismo momento cayó sobre los guerreros el fuego de Visnú y de Garuda, y fueron muertos por las tropas del rey.

Y, en adelante, el tejedor pudo gozar en público de los favores de la hija del rey, siempre que le acomodaba.





## VIII

# LOS ANIMALES AGRADECIDOS Y EL HOMBRE INGRATO

(Tomado del Panchakianaka, «el libro didáctico de las cinco narraciones de Purnabadra», hacia 1200 de J. C.)

**E**N un lugar vivía un bramán que se llamaba Yadchnadatta. Impulsada por la miseria en que vivía con él, su mujer la decía día tras día: «¡Braman indolente y duro de corazón! ¿No ves que nuestros hijos pasan hambre? ¿Cómo es que llevas esa vida tan despreocupada? Ponte en camino, busca la manera de proporcionarnos pan, y, cuando lo hayas conseguido, vuelve cuanto antes.» Finalmente, el bramán se cansó de sus recriminaciones y se dispuso a emprender un largo viaje.

Tras unos días de camino llegó a un gran bos-

que. Mientras lo atravesaba, muerto de hambre, se puso a buscar agua. Al fin, en un lugar del bosque, vió una cisterna muy honda rodeada de hierbas. Al mirar hacia abajo pudo ver un tigre, un mono, una serpiente y un hombre; los cuatro le vieron también a él. El tigre vió que tenía que habérselas con un hombre, y por eso le dijo: «¡Escucha, hombre noble! Ya sabes que es una buena obra la salvación de una criatura viviente. Sácame, pues, de aquí para que vuelva a verme junto a los que quiero, mis amigos, mi mujer, mis hijos y el resto de mis deudos.» El bramán respondió: «Todo lo que está dotado de vida se siente poseído de espanto al oír tu nombre; por eso es natural que yo también te tema.» Pero el tigre siguió diciendo:

«Para el asesino de un bramán, para el bebedor de aguardiente, para el cobarde, para el perjurio, para el estafador, los buenos han fijado penitencia redentora; pero para el ingrato no hay redención.»

Y prosiguió: «Me maldeciré con un triple juramento si me porto ingratamente. No te amenaza ningún peligro de mi parte. Sé, pues, compasivo, y sácame.» El bramán reflexionó en su corazón: «Aunque acarree amarguras, por salvar la vida a una criatura viviente de estas desgracias viene salud.» Así pensó, y libertó al tigre: Entonces el mono le dijo igualmente: «¡Sálvame a mí tam-

bién, hombre compasivo!» El bramán le oyó, y le salvó. Al verlo, dijo entonces la serpiente: «¡Sálvame a mí también, bramán!» El bramán lo oyó, y replicó: «También tu nombre pone espanto, y mucho más tu contacto.» La serpiente repuso: «Nosotras no obramos por propia voluntad; sólo mordemos cuando alguien nos lo pide \*. Me maldeciré por un triple juramento si soy ingrata; no necesito tenerme miedo.» Confiado en estas palabras, salvó también el bramán a la serpiente. Luego le dijeron los tres animales: «Queda todavía un hombre en la cisterna, pero es un conjunto de todos los pecados. Piénsalo bien, y no le salves. No caigas en la tentación de prestarle oídos.»

Luego dijo el tigre: «¿Ves aquella montaña de muchas cimas? En la parte norte, en la espesura de una garganta, está mi cueva. Hazme el honor de visitarme alguna vez, para que yo pueda devolverte el servicio que me has prestado y no me lleve a una existencia futura la deuda en que estoy contigo.» Así dijo, y se marchó en dirección a su cueva. Luego dijo el mono: «En la misma parte, en las proximidades de la cueva, junto a un salto de agua, se encuentra mi morada. También a mí tienes que visitarme alguna vez.» Y, dichas estas palabras, se alejó. La serpiente, a su vez,

\* Esta creencia es general en la India.



dijo: «Si te ves alguna vez en algún apuro, piensa en mí.» Habló así y se fué por donde había venido.

Entretanto, el hombre que quedaba en la cisterna, clamaba sin cesar: «¡Sálvame también a mí, bramán!» Este se apiadó de él al fin, y considerando que el hombre pertenecía a su propia especie, le salvó también. El salvado le dijo: «Yo soy un joyero y vivo en Brigukatcha. Si alguna vez necesitas trabajar oro, no tienes más que llvármelo.» Dijo, e igualmente se fué al lugar de donde había venido.

El bramán continuó recorriendo el país, sin encontrar nada. Empezó el camino de su casa y, mientras iba hacia ella, recordó lo que le había dicho el mono. Se fué a buscarle, pues, y, en efecto, le encontró. El mono le presentó fruta, dulce como amrita \* y le confortó con ella. Luego le dijo: «Ven a verme siempre que necesites fruta.» El bramán replicó: «Has hecho todo lo que tenías que hacer. Pero ahora llévame adonde está el tigre.» El mono le condujo, en efecto, y le enseñó el tigre. El tigre le reconoció, y como quería pagarle el bien que le había hecho, le dió un collar artísticamente trabajado y otras alhajas, y le dijo: «Un hijo de un rey que pasaba montado a caballo cayó en mis garras yendo completamente solo. Yo le maté y todo esto le pertenecía; lo he guar-

\* Néctar.

dado cuidadosamente para tí. Tómallo y vete adonde gustes.»

El bramán tomó las joyas, se acordó del joyero, y dijo: «Me ayudará y me lo pondrá en venta.» Con estos pensamientos fué en su busca. El joyero le recibió cortésmente, le trajo agua para los pies y regalos; le ofreció un asiento, comida y bebida, y todas las demás honras que se le tributan al huésped, y le dijo: «Manda, señor. ¿Qué puedo hacer por tí?» El bramán replicó: «Te traigo unas alhajas de oro y quiero que me las vendas.» El joyero dijo: «Déjame verlas.» El bramán se las enseñó; pero, al verlas, el joyero pensó: «Esto lo he trabajado yo mismo para el hijo del rey.» Y, mientras así cavilaba, dijo: «Aguarda aquí un momento. Quiero enseñárselas a alguien.» Habló así, se dirigió al palacio real y le enseñó las alhajas al rey. Las vió el rey, y preguntó: «¿Cómo te has hecho con ellas?» El otro replicó: «En mi casa se encuentra un bramán, que es el que me las ha traído.» El rey pensó: «Seguramente el bribón habrá matado a mi hijo. ¡Yo le enseñaré la pena que eso tiene!» E inmediatamente dijo a sus esbirros: «Encadenadme al maldito bramán, y, cuando haya pasado la noche, a la horca con él.»

Cuando se vió encadenado, pensó el bramán en la serpiente, y apenas hubo pensado en ella, la tenía junto a sí, diciéndole: «¿En qué puedo servirte?» El bramán le pidió: «Líbrame de mis ata-

duras.» La serpiente dijo: «Voy a morder a la favorita del rey, y no habrá quien la libre del veneno, aunque el más poderoso de los magos pronuncie sus fórmulas, y aunque los médicos empleen sus contravenenos. Pero bastará que la toques con tu mano, para que el veneno desaparezca. Entonces te librarán de tus cadenas.»

La serpiente cumplió su promesa y mordió a la reina. Todo el palacio prorrumpió en lamentos, y en la ciudad entera reinaba la mayor emoción. Fueron convocados todos los doctores en venenos, los sabios que poseían fórmulas mágicas y secretas, y los médicos, incluso de países extranjeros, y todos trataron a la reina empleando su saber. Pero ninguno de ellos logró librarla del veneno con su tratamiento. Entonces el rey ordenó que el tambor echase un pregón por la ciudad. Al oírlo el bramán, dijo: «Yo libraré a la reina del veneno.» Apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras, le quitaron las cadenas, le llevaron al palacio y lo presentaron al rey. El príncipe dijo: «Libra a la reina del veneno.» Y el bramán se fué donde ella estaba, y apenas la hubo tocado con su mano, se encontró libre del veneno.

Al ver el rey que su esposa había despertado a nueva vida, tributó homenaje al bramán, le trató con el mayor respeto, y le dijo: «Dime la verdad y explícame cómo te encuentras en posesión de estas alhajas de oro.» El bramán le refirió punto



por punto toda su historia, y así el rey supo lo sucedido, castigó al joyero, concedió al bramán mil pueblos y le hizo su canciller. Entonces el bramán mandó llamar a toda su familia y reunió en derredor suyo a todos sus amigos y parientes. Junto con ellos disfrutó de manjares y otros placeres, reunió un rico tesoro de buenas obras, gracias a muchos sacrificios dispuestos por él, y vivió disfrutando del poder, pues todo el gobierno del reino estaba en sus manos.



## IX

# EL HIJO DE LA ANCIANA

(Tomado del Darmakalpadruma — árbol de los deseos de la religión —, gran colección de cuentos en versos sánscritos, procedente de una secta fundada en 1194. La colección puede ser del siglo xv o xvi.)

Aquí, en la India, a la orilla del mar, está la magnífica ciudad de Suvichala, bella como un trozo de cielo que hubiera sido trasladado a la tierra por un juego feliz de la diosa de la dicha. En esta ciudad reinaba el rey Chandra, que brillaba como la luna (chandra) por el resplandor de sus virtudes.

Este rey estimaba mucho al comerciante Chinadasa, hombre sabio y miembro fiel de la Iglesia chaina. Su esposa, Manorama, encontraba

igualmente placer en la doctrina de los chainas \* y la servía con ardor.

Por acciones realizadas en una existencia anterior, le fué negado durante mucho tiempo un hijo; mas, finalmente, y cuando los esposos eran ya de edad avanzada, les nació uno. Con este motivo organizaron todo género de fiestas; pero como el niño había venido al mundo siendo sus padres de edad avanzada, el padre y todos los demás le llamaban «El hijo de la anciana».

El niño fué creciendo, recibió enseñanza y, cuando llegó a ser un joven, su padre le desposó con la hija de otro gran comerciante. Yendo un día rodeado de gentes, camino del bosque, para entregarse allí a la diversión, mientras pasaba con su coche por las calles oyó que la gente decía: «¡Mal andan las buenas obras de este joven! Todavía no ha ganado un céntimo, y con la edad que tiene sigue viviendo de la hacienda de su padre, como un niño de pecho vive de la leche maternal.»

Al oír esto se despidió de su padre y de su madre, y en un día de buen augurio subió a bordo de un barco, al frente de una comitiva de comerciantes, y se hizo a la mar. Pero una tormenta arrojó el barco en un potente remolino causado

\* La Iglesia chaina, o de los chainas, es la doctrina de los veinticuatro profetas (chinas) que más tarde fueron divinizados.



por una montaña; a pesar de sus esfuerzos, los marineros no lograron sacarlo de allí. Entonces, «el hijo de la anciana» abandonó con los demás el barco. Subieron todos a una montaña que estaba muy próxima, y descansaron a la sombra de un mango.

En una rama del mango posaba un papagayo con su hembra. La hembra le dijo al macho: «¡Escucha, amado, mis palabras! ¿Cómo puedes estar tan tranquilo viendo a estos hombres desgraciados? Aquí tienes una rara ocasión de auxiliar a otros. Pues

Sólo pocos sacrifican su propia vida para salvar la de los demás.  
Sólo la sal arde en el fuego, para evitar el daño de otros.

Haz que te den una carta y llévasela al rey de Ceilán; de ese modo se arreglará todo.» Inmediatamente el papagayo voló al hombro del joven. «El hijo de la anciana» había oído todo lo dicho por la hembra. Escribió, pues, una carta comunicando la desgracia que le había ocurrido, y se la ató al papagayo al cuello. Y el pájaro le entregó el escrito al rey.

Cuando el rey tuvo conocimiento de su contenido, hizo que el pregonero publicase a golpe de tambor: «Al que salve al barco del remolino, se le darán 100.000 dineros, y los dioses son testigos de esta promesa.» Entonces apareció un hombre du-

cho en muchas artes. Tomó una cola de antílope, que había estado seis meses en aceite, y con arreglo al mandato del rey se encaminó adonde estaba «el hijo de la anciana.» Como éste era el único que tenía valor, y un gran valor por cierto, le enseñó una cueva que conocía por un libro ritual \*. Luego le dió una lámpara, cuya mecha estaba formada por la cola del antílope, y le explicó con gran respeto el procedimiento que tenía que emplear, tal como se describía en el libro ritual. «Un hombre de corazón entrará en la cueva al resplandor de esta lámpara, y andará un buen trozo de ella. Llegará a un magnífico parque, ornado de estanques y templos. En su centro se alza un templo de oro puro. En él se encuentra el dios bendito del comienzo de esta Edad \*\*. Se arrodillará ante él y le adorará. Luego tocará con fuerza una buena campana, que está colgada en la puerta oriental del templo. Al sonido de ésta tocarán por sí mismas todas las demás campanas e instrumentos de música, pues están regidos por divinidades. Cuando ciertos pájaros que se llaman baranda, y que habitan la montaña en número de diez millones, oigan el ruido de todos estos instrumentos, volarán asustados. A consecuencia de la tormenta que producirá el movimiento de sus alas, ascenderá el agua rápidamente

\* Kalpachastra, probablemente libro de hechicería.

\*\* El primer china o profeta.

te, y los barcos que se encuentren en estos parajes saldrán del remolino. De esta manera las embarcaciones volverán a encontrarse en el buen camino del mar. Joven: lo que yo te he dicho es lo que se contiene en el libro ritual.»

Apenas «el hijo de la anciana» hubo oído la narración del hombre, se dirigió a la cueva y resueltamente puso por obra cuanto se le indicara. El barco salió del remolino y en él llegaron todos los que lo ocupaban, junto con el conocedor del libro ritual, a la isla de Ceilán, mientras el joven seguía en la cueva. El rey les preguntó: «¿Cómo es que no veo entre vosotros al «hijo de la anciana»?» Le respondieron que se encontraba todavía en la cueva. El rey se puso furioso, y en castigo de haberlo dejado abandonado los arrojó en prisión, donde pasaron malos días.

Entretanto, «el hijo de la anciana» lavaba su cuerpo y sus vestidos en un estanque, cogía flores en el bosque y adoraba sin descanso, poseído de amor creyente, al China Richaba. Un día, cuando precisamente estaba en adoración, entró en el templo una doncella. Vió al joven, y cuando regresó a casa iba encantada de su belleza. Le confesó a su madre sus sentimientos, y ésta se los comunicó a su padre. Al oírlo éste, que era un vidiadara \*, se dirigió al templo del China. Con

\* Ente divino de excelsa sabiduría.



todos los honores llevó a su casa «al hijo de la anciana», mandó que le preparasen un baño, le convidó, le regaló vestidos nuevos; en una palabra: le hizo un gran recibimiento.

Cuando se presentó ocasión para ello, la novia vidiadara le dijo al joven: «Cuando nos casemos, ¡oh rey de todos los pretendientes!, en el momento de la ceremonia pídele a tu suegro la cama hereditaria, pues está regida por una divinidad.» Por su parte, el vidiadara le dijo: «Oye lo que te digo, mi querido yerno. Un adivino me dijo un día: Cuando llegue aquí un hombre completamente solo, de hermosa figura y mucho valor, que adore al China en el templo, toque la campana y se llame «hijo de la anciana», será el esposo de tu hija. Lo que entonces dijo se ha cumplido en nosotros, y por eso te he traído aquí, noble joven.» «El hijo de la anciana» aceptó su proposición y se celebró la boda. En el momento de darse las manos, el suegro le dió al joven esposo gran cantidad de oro y piedras preciosas. Pero el yerno le pidió, además, la cama que satisface todos los deseos, y el rey \* le concedió su demanda.

Entonces el joven le pidió al vidiadara que le dejase irse. Este le dijo: «Mi país de origen se encuentra en la montaña Vaitadía. Allí está mi

\* Ahora el narrador de pronto lo llama rey.

cámara del tesoro, ricamente provista. Aquí no tengo más que algunas cosas; pues esta casa encantadora sólo me la he edificado para mi esparcimiento. Por eso te invito a que vayas a verme allí, a fin de poder regalarte toda la riqueza y el saber mágico que yo pueda.»

El joven lo prometió, y en seguida montó con su esposa en la cama, sin olvidar su oro y sus joyas, y voló por los amplios espacios del cielo. En un momento llegó a la magnífica isla de Ceilán. El rey se alegró sobremanera al ver al «hijo de la anciana». Mandó que abriesen las puertas de la prisión a los comerciantes que iban con él en el barco, y lleno de simpatía por las excelentes cualidades del joven, le perdonó el pago de los impuestos de aduana. Luego el huésped tuvo que referir cómo había entrado en la cueva y lo que le había pasado dentro, y contó toda su aventura. El rey pensó: «Este «hijo de la anciana» es un afortunado.» Y en vista de esto le desposó con su hija Karpuramandchari.

La boda se celebró con un gran fiesta, y «el hijo de la anciana» recibió ricos regalos en correspondencia con la gran estimación que le profesaba el rey. Luego que hubo pasado allí algunos días, le dijo al fin al príncipe: «Con vuestro permiso, desearía volver a mi ciudad.»

Montó con sus dos esposas en la cama maravillosa. Sus compañeros los comerciantes nave-



garon también hacia su ciudad con el barco cargado. Al día siguiente el «hijo de la anciana» les comunicó a los comerciantes su propósito de volar hacia el Vaitadía. Montó en su cama encantada y voló hacia allá como en un magnífico carro del cielo. La familia de su suegro le recibió con todos los honores; diversos vidiadaras le cedieron sus hijas en matrimonio, y el amor de los padres se manifestó en ricos regalos de boda, consistentes en piedras preciosas, perlas y oro. También le dieron diversos objetos encantados, con las instrucciones para emplearlos. Cuando se vió con todas estas cosas magníficas, se puso muy contento, y dijo a los vidiadaras: «Ahora quiero volverme a mi tierra; permitidme que me aleje.» Montó en su carro con los vidiadaras e hizo el viaje con la rapidez de un relámpago; tanto, que llegó a casa antes que su barco.

Acompañado de sus muchas mujeres, y dueño de grandes tesoros, regresó a la casa paterna, con gran alegría de sus padres y de todos sus allegados. Luego despidió a los vidiadaras que le habían acompañado.

Con el tiempo llegó también su barco en perfecto estado, y fué colocando en diversos puntos de su casa los productos de que venía cargado. Y luego pasó sus días en medio de goces y delicias. Pues nada hay imposible para las buenas obras.

Un día apareció en el parque de su ciudad un



maestro chaina que poseía un saber sobrehumano. «El hijo de la anciana» fué con su padre a presentarle sus homenajes. Después que hubieron oído su discurso, el padre le preguntó al monje: «¿Qué buenas obras, ¡oh señor!, ha realizado «el hijo de la anciana» en una existencia anterior para haber conseguido estas muchachas vi-diadaras y esos ricos tesoros?»

El maestro dijo: «El hijo de la anciana» fué un tiempo servidor de tu casa. Un día te pusiste enfermo, y fué tan grande tu desfallecimiento, que no eras capaz ni de atender al servicio divino. Tu servidor se dió cuenta de ello. Humildemente juntó sus manos, y te dijo: «Si me lo permites, señor, yo adoraré en tu lugar a los China. Soy tu servidor y te presto toda clase de servicios. Si me lo mandas, adoraré también a los dioses en tu nombre. Le diste el encargo y adoró a los China con creyente amor. Tu esposa era buena para él, como si fuera su propio hijo. Con el tiempo sanaste y adorabas por ti mismo a los dioses; en cambio, el cuerpo de tu servidor decaía de día en día. Tú le dijiste: ¿Cómo es, hijo mío, que tu cuerpo ha decaído tanto? Algo corroe tu cuerpo, bien enfermedad, bien preocupación. El replicó: Querido señor: nada corroe mi cuerpo, pero sí mi corazón, y es porque ya no tributo adoración a los dioses. Por eso me disgusta mi cuerpo, ¡oh señor! A esto replicaste tú, ¡oh comerciantel: Venera,

pues, a los dioses en tu propio nombre. Y de allí en adelante adoró constantemente a los dioses con los más hermosos pensamientos. Más tarde le trataste como a tu propio hijo en tu casa; pero el destino dispuso que se muriera de cólico. A consecuencia de sus buenas obras, renació en tu casa como verdadero hijo tuyo.»

Oyendo esto, «el hijo de la anciana» recordó de pronto su existencia anterior. Reconoció que el maestro había descrito con exactitud los efectos de su piedad para con los dioses. Luego que de este modo supo que todo era consecuencia de haber adorado a los China en su existencia anterior, se fué a casa con su padre.

En el trascurso del tiempo, «el hijo de la anciana» fué nombrado rey de la ciudad. Realizaba buenas obras de todos géneros, y, ante todo, adoraba a los China. Mas después que a consecuencia de su piedad hubo conseguido el reino y todo lo demás, se hizo monje con los maestros de los Chaina y caminó por el sendero de la salvación.



## X

### EL RACHPUT \* ATREVIDO

(Tomado de la misma colección que el cuento anterior.)

**E**N una ciudad llamada Pundarikini vivía un rachput que nació cobarde, a consecuencia de actos realizados en una existencia anterior, y que no acostumbraba a practicar el heroísmo. Le llamaban Atrevido, pero el atrevimiento se reducía única y exclusivamente a su nombre. Por eso vivía avergonzado y no salía de su casa.

Su mujer, que era hija de un héroe, sufría con la cobardía de su marido. Se avergonzaba cuando estaba con sus amigas, y su corazón se llenaba de amargura. Aunque a consecuencia de su cobardía este rachput no iba nunca a la guerra, su

\* Miembro de la nobleza guerrera.



mujer, con perversos designios en su corazón, le dijo estas palabras halagadoras: «En este reino los ciudadanos conocen tu valor; debes irte al Extranjero y servir a alguien en la guerra, a fin de que te colmen de mercedes los reyes de otros países, que desconocen tus méritos porque se dejan engañar por tu vientre.»

El rachput se mostró de acuerdo, y luego que hubo dispuesto sus armas, abandonó su casa, se puso en camino hacia otro país, llevando las provisiones que su mujer le había dado. Cuando hubo dejado la ciudad y caminaba apresuradamente, le detuvieron siete ladrones afanosos de crímenes y cuyos hechos eran conocidos desde muy lejos. El rachput metió sus diez dedos en la boca en señal de miedo, y dijo temeroso y con voz lamentable: «Tomad mis vestidos, mis provisiones y mis armas, pero dejadme escapar. ¿Por qué no queréis, ¡oh príncipes de los reyes!, dejarme escapar a mí, vuestro servidor, que me encuentro sin protector y sin protección y que estoy triste, tiemblo y me estremezco de miedo? ¡Sed compasivos! ¡Tomad cuanto poseo y dejadme la vida! Soy el único marido en casa de mi mujer.» Los ladrones quedaron edificadas con su heroísmo. Se echaron a reír, le quitaron cuanto llevaba, incluso el vestido, y le dejaron marcharse. Y él huyó, temblando como oreja de elefante.

Pero los ladrones, como estaban hambrientos,

comieron el arroz que le habían quitado y que había sido envenenado por la mujer del rachput. Los ladrones cumplieron su sino y entraron al servicio de Yama \*.

Después de la comida, los ladrones habían quedado sumidos, al parecer, en un profundo sueño. En esto el rachput Atrevido, que andaba extraviado por el bosque, volvió adonde estaban los ladrones, y como el viento movía sus barbas, creyó que los ladrones vivían aún, y, poseído de temor, volvió a huir. Dijo así: «¿Creéis, bribones, que podéis engañar a un soldado tan excelente como yo?» Pero, poco a poco, los cuervos se encargaron de quitarle sus aprensiones.

Con un sable curvo les cortó las cabezas a los ladrones muertos, cuyos cuerpos estaban cubiertos de cuervos. Ató las cabezas a su cintura. Llevando así, a guisa de calabazas, las cabezas colgadas de la cintura, parecía un marinero encargado de pasar a las gentes de una a otra orilla. Luego cogió las armas y trajes de los bandidos, y, lleno de orgullo, se fué a Hastinapura, donde por entonces reinaba el rey Riharcha.

Arrojó las cabezas — que parecían cabezas de Rahu \*\* — a la puerta del rey, y luego le contó a éste detalladamente la hazaña que sus brazos ha-

\* Dios de los muertos.

\*\* Demonio a quien Visnú cortó la cabeza porque quería beber amrita o néctar de la inmortalidad.



bían realizado. El rey se conmovió profundamente de que estos ladrones invencibles, a quienes nadie resistía y que habían asolado su país, hubieran sido muertos por aquel guerrero. Cortésmente le pidió que se alistase a su servicio. Pero el rachput ponderó su heroísmo y puso como condición que el rey no le encargara de comisiones inferiores «Pero, cuando esté en peligro, ¡oh rey!, tu propio cuerpo—dijo—puedes estar seguro de que mi heroísmo llenará de asombro tu corazón.»

Asintió el rey y le pagó un lak \* de oro, nombrándole jefe supremo de sus soldados.

Así, con tales honores y riquezas que le otorgaba el rey, era el rachput objeto de la envidia de todos los que entonces prestaban servicio en la Corte.

Aconteció que, por la fuerza de los hechos realizados en una existencia anterior, un gran león perverso causaba daños en la ciudad. A las puertas de la ciudad mataba hombres y rebaños enteros, y por temor a él estaban las entradas vigiladas día y noche. Los héroes de largo brazo, que habían prometido matar al león con la espada o con el arco, fueron enviados por la fiera al palacio de Yama.

Un día le dijeron los ministros al rey, que es-

\* 100.000 monedas.



taba hondamente preocupado: «Que mate al león ese que recibe por sueldo un lak.» Y el rey, que estaba descontento por los daños causados por el león, le dió al rachput Atrevido un rollo de betel \* y le mandó que matase al león, ya que sus guerreros no lo lograban.

Atrevido, a quien su madre había echado al mundo para disfrutar de los goces de la vida, caviló en su corazón, y temblando de miedo y rabia le dijo al rey: «¿No te avergüenzas de encargarte a un hombre como yo que mate a una bestia? Pero claro es que, cuando se sirve a un mal señor, hay que realizar hechos sin heroísmo.» Dichas estas palabras salió de la ciudad, e inmediatamente los guardias cerraron tras él las puertas.

Viéndose el guerrero expulsado así de la ciudad, quedó completamente abatido, y pensó: «En la noche espantosa, hasta los chacales son un peligro. ¿A quién pertenezco yo? ¿Adónde iré? ¿Quién me protegerá en el bosque?» La respiración se le cortaba en la garganta, y a cada paso se apoderaba de él el terror. «Me subiré a la rama de un árbol alto, y allí pasaré la noche. Que mañana suceda lo que tiene que acontecer.»

Después que Atrevido hubo trepado al árbol, apareció en la noche el león, bramando. Olió carne humana y se paró debajo del árbol. La mano

\* Planta que se masca en la India.

de Atrevido tembló de tal manera, que se le cayó la lanza. Pero, a consecuencia de las buenas obras realizadas por Atrevido en una existencia anterior, la lanza de afilada punta hirió mortalmente al león, que murió al instante. Al salir el sol, Atrevido, temblando en todo su cuerpo, no se decidía a bajar del árbol. Pero los cuervos que revoloteaban en derredor hicieron que se diese cuenta de que el león estaba muerto. Lo cogió, poseído de terror, y, fuera de sí por la emoción, volvió con él a la ciudad. A las gentes que ensalzaban su hazaña, les gritó: «Pronto, corred en busca del rey y decidle a él y a los que me envían: Gracias al rachput, la ciudad puede vivir tranquila. Ya se ha librado del terror. Al terrible león lo ha matado Atrevido, el rey de los atrevidos. Ha venido, ¡oh rey!, hasta la puerta de la ciudad, y allí espera los honores debidos.»

Cuando el rey supo lo ocurrido, salió a recibirle y le acompañó, con una suntuosa comitiva, a la ciudad, pues sabía cómo se ha de honrar el mérito. El rey regaló al charlatán una provincia; la gloria guerrera de Atrevido se extendió por todos los países, y el rachput llegó a la fama suprema, gracias a las buenas acciones realizadas en una existencia anterior.



## XI

# EL BARATAKA IMPOSTOR Y LICENCIOSO

(Tomado de los «Treinta y dos cuentos de baratakas», compuestos en el siglo XV, probablemente por el monje chaina Munisundara, para desprestigiar a los monjes sivaitas, llamados baratakas.)

**N**UNCA debe engañar a nadie quien quiera proceder cuerdamente y cuidar de su bienestar. Aunque el engaño se lleve a cabo, siempre redunda en daño de quien lo hace, como en el caso del barataka que codiciaba a la muchacha. A orillas del Ganges hay una ciudad llamada Bimapura, y más arriba otra llamada Suvarnapura. En esta última vivía el gran comerciante Sulotchana, un hombre riquísimo, afecto a los monjes sivaitas, con su mujer Padmini. Ambos esposos gozaban de todas las dichas conyugales. Después del séptimo hijo, les nació una hija. Habíanla de-



seado ardientemente. Le pusieron el nombre de Rukmini. Esta fué creciendo poco a poco, aprendió las 64 artes de sociedad que una dama debe dominar, y como además estaba adornada con todos los signos de la felicidad, su padre y los demás deudos la amaban extremadamente.

Partiendo de Bimapura, río arriba, a una milla de distancia, había un convento de sivaitas. En este convento vivía un monje llamado Damanka, lleno de astucias y maldades, y rodeado de numerosos discípulos. Era hábil en explicar, por medio de signos, los acontecimientos que ya se habían realizado a medias o cuyo desenlace era indudable, y gracias a esto gozaba de gran prestigio entre las gentes.

Un día le había invitado a comer en su casa el comerciante Sulotchana, y el monje se sentó a probar la excelente cocina de su huésped. Ante él estaba Rukmini, ataviada con pulseras en las manos y pies, y con otras joyas. Sonaban sus alhajas, y la muchacha le abanicaba con sus propias manos para suministrarle fresco. La juventud prestaba a la muchacha en abundancia todos los encantos del cuerpo. Llevaba puesto un justillo constelado de perlas, un vestido de finísima seda, y su cabecita estaba envuelta en un velo de varios colores. El monje contemplaba atentamente a la doncella, cada uno de cuyos miembros expresaba la más amable gracia. Sintióse acometido

de un amor tan vivo, que no se fijaba en los sazonados manjares, y pensaba: «Si entre los hombres hay mujeres de tanta belleza, ¿qué queda reservado para el cielo? Pero eso es principalmente lo que se persigue con la penitencia y la mortificación:

Teniéndote a ti, amada de los ojos de perdiz,  
¿para qué quiero la bienaventuranza del cielo?  
Y no teniéndote a ti, amada de los ojos de perdiz,  
¿para qué quiero la bienaventuranza del cielo?

Puesto que la divinidad de un Visnú y de un Siva, del dios de la Luna y del dios del Sol y de todos los demás dioses, y la santidad de Vasich-ta, de un Gautama y de otros ascetas celebrados, se compaginó muy bien con la posesión de las mujeres, yo quiero unir mi estado de monje con su posesión. Pero si le pido su mano al comerciante, rechazará seguramente mi pretensión, y si no me la da, habré de conformarme con verla. Por tanto, sólo puedo conseguir mi objeto por medio de astucia. Sin astucia, por lo demás, nada puede lograrse.» Y, al mismo tiempo, se dispuso a poner por obra su ardid.

Sumergido en estos pensamientos, cavilando cómo podría apoderarse de la doncella, olvidó la comida y la bebida, y de cuando en cuando suspiraba. Parecía estar completamente abstraído. El comerciante le preguntó: «¿Por qué te has



puesto de pronto tan sombrío y olvidas la comida?» Suspirando, replicó el hipócrita: «¿Cómo iba a pensar en comer, señor, viendo en casa de un creyente a una hija tal, a una hija que tiene en su cuerpo signos que anuncian la desgracia y que arrastrará seguramente a la ruina a toda su familia? Viendo esos fatales signos en su cuerpo, la comida me parece veneno. Estoy pensando en levantarme en seguida y alejarme.» Pero el comerciante dijo: «¡Padre mío espiritual! Desde el nacimiento de esta niña, esta casa ha sido dichosa en todos los sentidos. ¿Cómo tú, que eres un hombre tan sabio, puedes decir semejante absurdo?» El monje replicó: «La dicha flotará sobre tu casa tan sólo hasta el momento en que tu hija se despose. Pero, tan pronto como lo haga, arrastrará a la ruina a su familia y a la de su suegro.»

Entonces al necio comerciante, que siempre había tenido plena confianza en las palabras del monje, le acometió un miedo terrible, y dijo: «Nadie más que tú, sabio padre espiritual de nuestra casa, puede aconsejarme en este trance; dame las instrucciones necesarias y dime qué es lo que debo hacer.» El monje replicó: «¿Qué tengo yo que ver con semejantes asuntos? Toda mi penitencia y mi vida están consagradas a la castidad.» Pero como el comerciante cayó a sus pies, preguntándole cada vez con mayor insistencia, el monje dijo finalmente: «Te voy a indicar un medio para impedir



la desgracia, pero tú no vas a querer aplicarlo.» El comerciante replicó: «¿Cómo puedes decir semejante cosa? ¿Cómo no van a ser órdenes para para mí tus indicaciones, si siempre me has mostrado tu afecto?» Luego que de esta manera el comerciante le hubo hecho al monje serios reproches, éste dijo: «¡Escucha, pues, el medio, comerciante! En la segunda mitad de la noche anterior al próximo día de la luna nueva, métela en un arca de madera, ataviada con sus joyas, bien vestida y con el cuerpo perfumado por sándalo y otros aromas preciosos, y échala al Ganges. Cuida de hacer en tu casa un sacrificio de manteca. Haciéndolo así, tu hija atraerá la desgracia sobre otra familia y no sobre la tuya.»

Luego que, en el día indicado, el monje hubo tomado todas sus precauciones, se dirigió a su celda, y dijo a sus discípulos: «El día de la luna nueva, queridos discípulos, me apropiaré de un encantamiento. Con ese fin, la diosa Ganges, en reconocimiento del amor que la profeso, me enviará por la mañana, a la salida del sol, un arca llena de regalos. Vigilad atentamente la corriente del Ganges, y cuando el arca venga hacia aquí, traedla a tierra. Sin romper el sello que se encuentra en ella, llevádmela a mi celda.» Estas instrucciones y otras análogas les dió, y, a la noche que antecedía al día de la luna nueva, se fué a casa del comerciante para disponer las ceremo-

nias y el sacrificio que habían de desviar la desgracia. Entretanto, sus discípulos estaban a la orilla del Ganges esperando lo que iba a acontecer.

El comerciante y sus siete hijos, a pesar del gran dolor que desgarraba sus almas, cobraron ánimos y lo hicieron todo como su director espiritual lo había prescrito. Hacia el final de la noche, el comerciante mandó poner el arca cerrada en el Ganges. Luego volvió a casa con los suyos y dió rienda suelta a su dolor y a sus lamentaciones.

Al romper el día, la barca había llegado flotando hasta cerca de Bimapura, y los cortesanos del príncipe de esta ciudad, el rey Pungasara, que habían ido al río a lavarse los dientes, la vieron y la llevaron a su señor. El rey levantó la tapa, vió a la hermosa muchacha ricamente ataviada, quedó extraordinariamente asombrado a su vista, y le preguntó a su canciller qué podía significar aquello. El canciller preguntó a la doncella: «¿Quién eres y de quién eres hija y cómo has venido aquí?» Ella bajó avergonzada la cabecita, y dijo: «Soy la hija del comerciante Sulotchana, que vive en Suvarnapura. Mi padre me quiere mucho; pero, a pesar de eso, ha tenido un conciliábulo con Damanaka, el director espiritual de nuestra casa, y no sé lo que trataron, pero me ha abandonado a la corriente del Ganges. Esto es



todo lo que sé.» El canciller, que era un hombre muy avisado, comprendió en seguida toda la historia, y le preguntó al rey qué le parecía. Entonces el rey cogió a la doncella, mandó meter a una mona en la barca, hizo que sellasen la barca tal como estaba y que la pusieran otra vez en la corriente. Pero encargó a sus servidores que la siguieran, sin perderla de vista. Vinieron luego los discípulos del barataka, y, conforme a la orden que habían recibido, sacaron la barca y, sellada como estaba, la llevaron a la celda de su maestro. Cuando empezaba a oscurecer, el monje limpió su cuerpo, lleno de las mayores delicias, porque le urgía unirse con la muchacha; se puso vestidos limpios y alhajas, y ordenó a sus discípulos: «Esta noche permaneceré en mi celda para apropiarme el encantamiento. Pero los demonios tratarán de impedírmelo por todos los medios. Por consiguiente, alejaos de la celda y manteneos en oración fervorosa. Pero libraos de abrir la puerta de la celda.» Luego que les hubo explicado esto y otras cosas, entró en la celda poseído de lascivia. Pero, al abrir la tapa de la caja, la mona, que estaba rabiosa de verse encerrada, y muerta de hambre, salió llena de furia y, con sus garras, destrozó las orejas, la nariz y toda la cara del monje. Mas aunque el monje gritaba llamando a sus discípulos, éstos estaban tan bien educados, que no vinieron, pues el monje se lo había prohibido



expresamente. Al fin, abrió con gran trabajo la puerta y se precipitó afuera. Le recibieron los servidores del rey, le encadenaron y le condujeron a presencia de su señor, quien le desterró del país.

La doncella, en quien se encarnaban todas las perfecciones, fué la esposa favorita del rey, y, a consecuencia del poder de bendición que había en ella, prosperó el reino. Más tarde visitó a su padre, y el mayor júbilo reinó en toda la familia.



## XII

### EL BARATAKA CALCULADOR

(Tomado de la misma colección que el anterior.)

UN maestro que vele por su prosperidad no debe admitir ningún discípulo tonto. Pues éste se burlará de él y le engañará, como ocurrió con el comedor de pasteles.

En el pueblo de Kateraka vivía un barataka llamado Luntaka, el cual tenía un discípulo llamado Kutaka, que era tan tonto como tragón. Un día Kutaka, en ocasión de una fiesta, había recibido como limosna 32 pasteles. Mientras volvía a casa, le acometió por el camino el hambre, y pensó: «De estos pasteles mi maestro me dará la mitad, que me corresponde. De manera que puedo comerme desde luego mi mitad.» Y se comió dieciséis pasteles. En seguida siguió razo-

nando de este modo: «Ahora me dará la mitad de éstos. Voy a comerme inmediatamente mi mitad, que son ocho pasteles.» Se comió los ocho pasteles, y así continuó hasta que no le quedó más que medio pastel, que entregó a su maestro. El maestro le dijo: «Pero ¿qué es esto? ¿Nuestro hijo espiritual no te ha dado más que medio pastel, o es que te has comido tú el trozo que falta?» El discípulo respondió: «Tu hijo espiritual te es afecto, y por eso me ha dado treinta y dos pasteles; pero yo me los he comido.» El maestro preguntó: «¿Cómo has hecho eso?» Entonces el discípulo, en presencia del mismo maestro, se tragó la última mitad, y dijo: «¡Así es como lo he hecho!» En cuanto al maestro, no pudo saciar su hambre. Al saber esto, las gentes se asombraron.



### XIII

## EL REY VIKRAMADITYA O LA GENEROSIDAD

(Tomado del Kataratnakara—mar de cuentos—colección hecha por  
Hemavidchaya en 1600-1601.)

**E**N la ciudad de Udchayini reinaba un tiempo el famoso rey Vikramaditya, a quien sólo acometía el miedo cuando oía hablar de las desgracias de otros hombres, y que era un hermano para las mujeres de los demás. Saliendo un día de su palacio, encontró a un mensajero que indudablemente venía de países lejanos, pues sus vestidos estaban desgastados y destrozadas sus botas. Le preguntó: «¿De dónde vienes?» Y al responderle el hombre: «Vengo de la ciudad de Kanakasara», siguió preguntando el rey: «¿Has visto allí algo notable?» El hombre respondió: «Escu-

cha, ¡oh gran señor!, las cosas notables que allí ocurren. Reina en esa ciudad el rey Kanakasundara, que tiene una hija llamada Tilakachari, la joya del mundo femenino. Cuando sus padres le hablaron un día del matrimonio, les respondió: «Será mi señor aquel que en una noche me obligue a hablar cuatro veces, contándome cuentos. Si no lo consigue, será mi siervo.» La noticia de esta decisión se esparció por todas partes, y muchos de los que la oyeron, hijos de reyes, ministros, comerciantes, propietarios de caravanas, generales y otros hombres importantes, se presentaron ante la princesa. Pero como ninguno ha logrado vencerla, han de acarrear agua diariamente en el palacio de la princesa, y van con el pelo cortado y un gesto amargo en la boca, con los pies encadenados y vestidos de mujeres. Esto es lo más notable que allí he visto.»

Después que el hombre hubo contado esta extraña historia, el rey le despidió, no sin antes haberle colmado de regalos. Firmemente decidido a salvar a los príncipes, y demás hijos de buenas familias, de su desgracia, y a abatir la arrogancia de la princesa, evocó en su espíritu al Vetala \*, su servidor divino, y se encaminó a aquella ciudad. Entró en ella disfrazado de Yoguín \*\*, y, al llegar a la puerta de palacio, golpeó en el gong

\* Espíritu o demonio al servicio del rey.

\*\* Ascetas de Siva, provistos de poderes mágicos.

que en ella había. Las criadas, que comprendieron que era algún pretendiente venido para vencer a su señora, salieron, vieron al Yoguín y le comunicaron a la princesa su pretensión. Ella mandó que le llamasen. Entró el Yoguín y, cuando se encontró sentado sobre un cojín en la habitación de la princesa, iluminada por una lámpara, disponiéndose a contar una historia a la princesa, igualmente sentada en un cojín, dijo: «Escucha, ¡oh lámpara! Esta muchacha es más dura que una piedra y no hay quien la mueva a pronunciar una palabra. Pero si emites un sonido tuyo, te contaré una historia.» Entoces el Vetala que estaba metido dentro de la lámpara, dijo: «¡Cuenta!» Y el rey contó lo que sigue:

*Primera narración: Las cabezas trocadas.*

Una vez era un bramán llamado Narayana, que vivía en el pueblo de Kalasara. El bramán había ido ya siete veces a casa de su suegro, para llevarse a su desposada; pero, por determinadas razones, no había querido ésta seguirle. Cuando por octava vez iba a buscarla, en compañía de su amigo Kechava, entró por el camino en un santuario, se postró ante el Gran Señor \*, y dijo: «Si

\* Siva.



esta vez, ¡oh Dios!, consigo que se venga conmigo mi amada, te consagraré un loto.»

Prometido esto, logró llevarse a su mujer, y, cuando estuvo de nuevo frente al templo, le dijo a su amigo: «Querido amigo: espérame aquí hasta que vuelva, pues voy a adorar al Gran Dios.» Dicho esto entró en el templo, se cortó con su espada el loto de su cabeza \*, consagrándola al Gran Señor, y cayó muerto a sus pies. Como a Kechava se le hiciera demasiado largo el tiempo, entró en el templo, y, al ver a su amigo en aquel estado, pensó: «Si me voy a casa con la mujer, se manchará indudablemente mi nombre honrado, pues las gentes dirán: Ese bribón ha matado a su amigo porque deseaba a su mujer.» Entonces se cortó él también la cabeza y cayó muerto al suelo en el mismo sitio.

Viendo que ninguno de los dos volvía, la mujer se sintió toda angustiada. Entró, y, al contemplar lo ocurrido, pensó: «Si vuelvo sola a casa de mi suegro o de mi padre, probablemente sospecharán de mí y dirán que soy una mujer licenciosa y que he dado muerte a mi esposo y a su amigo. Por tanto, lo mejor será hacer lo mismo que ellos.» Y ya se disponía a cortarse la cabeza con la misma espada, cuando Siva, temiendo que pasase sobre él el pecado del homicidio de una mu-

\* Quiere decir que se cortó la cabeza.

jer, apareció y le quitó la espada de la mano. Pero ella dijo: «¿Qué voy a hacer de mi vida, si pesa sobre ella una mancha y me veo privada de mi esposo? Así, pues, sólo conservaré la vida en el caso de que resucites a estos dos; pero en el caso contrario, no.» Viendo Siva que tal era su firme voluntad, le dijo: «Moja a estos dos con el agua con que yo \* me he lavado, y volverán a la vida.» Apenas hubo oído esto la mujer, lo puso en ejecución. Pero en su impaciencia cambió las cabezas al unirlas a los cuerpos y resultó que los dos amigos resucitaron con las cabezas trocadas.

¡Presta atención ahora, lámpara! Los dos amigos se disputan la mujer. ¿De cuál de los dos se hizo ella esposa?

A esta pregunta del Yoguiu respondió el Veta-la que estaba metido en la lámpara, con intención de mover a hablar a la princesa: «Fué la esposa del que llevaba la cabeza de su esposo.»

Al oír la princesa esta respuesta absurda, se apoderó de ella tal cólera, que olvidó su propósito, y exclamó con gran vehemencia: «¡No mientas, miserable lámpara!»

Entonces el Yoguiu mandó que tocasen el gong en señal de que había hecho hablar una vez a la hija del rey. La lámpara preguntó: «¿De quién se hizo, pues, esposa, rey de los Yoguiu?» El Yo-

\* Yo es, en este caso, la imagen de Dios en el templo.

guin dijo: «Del que llevaba la cabeza del amigo.» «Y ¿por qué?», preguntó la lámpara. El Yoguín dijo: «Al casarse, el novio da a la novia la mano derecha, y esa pertenece al tronco.»

La princesa pensó: «Me ha hecho hablar una vez, pero aun quedan tres.» Y se sumió en el silencio.

Entonces el Yoguín habló al pendiente de la muchacha, como antes hablara a la lámpara, y empezó a contar lo que sigue:

### *Segunda narración: Los cuatro pretendientes.*

En la ciudad de Danarata, el comerciante Baladatta tenía una hija que se llamaba Doblehermosura, y a quien su padre, su madre, su hermano y el hermano de su madre habían prometido cada uno a un pretendiente. Llegaron los cuatro pretendientes al mismo tiempo para celebrar la boda; pero, al ver cómo discutían, pensó la doncella: «¡Yo soy la culpable de esta espantosa pelea!» Y se echó viva al fuego, convirtiéndose en ceniza. Uno de los pretendientes se tiró al fuego, al mismo tiempo que ella. El segundo se edificó una casa en el sitio donde había estado la hoguera, y decidió vivir allí. El tercero juró no vivir sino de limosna, y cuando recibía algún donativo, ponía una parte en la hoguera y el resto se lo comía.



Pero el cuarto cogió el esqueleto de la muchacha y se fué con él hacia el Ganges. Por el camino llegó a la ciudad de Mahanandi, entró en ella para pedir limosna y llegó a la casa del comerciante Manadatta. La fiel esposa de éste, Kamalachri, quería darle de comer; pero como se lo impedía su hijito, que lloraba desconsoladamente, tiró el niño al fuego. Cuando después quiso darle al mendigo la comida, éste dijo: «Por mí, madre, has matado a tu hijo; no puedo, pues, aceptar esa comida.» La rechazó y quiso marcharse; pero la mujer mojó al niño con amrita \*, le volvió a la vida y tornó a ofrecer al mendigo la comida. Entonces el hombre le dijo: «¡Oh madre! Dame de esa amrita.» Ella accedió a sus ruegos y, con la amrita que le regaló, volvió el hombre a su casa y resucitó a la muchacha y al pretendiente que se había echado al fuego con ella.

¡Pon ahora atención, pendiente! Al volver a la vida la muchacha, los cuatro pretendientes reanudaron la discusión. ¿Con quién se casó la joven?

Al decir esto, el Vetala que estaba metido en el pendiente, dijo, para que la princesa hablase: «Con el que le devolvió la vida.»

Apenas hubo oído la hija del rey esta respuesta, respuesta absurda, se incomodó mucho, hasta

\* Néctar de inmortalidad.

el punto de olvidar su propósito, y exclamó con vehemencia: «¡No mientas, miserable pendiente!»

Entonces el Yoguín mandó tocar el gong en señal de que había hecho hablar por segunda vez a la hija del rey. El pendiente preguntó: «¿Con quién se casó, pues, ¡oh rey de los Yoguín!, y en qué relación quedó con los otros?» El Yoguín respondió: «El que le devolvió la vida con la amrita era su padre; el que se levantó con ella de la hoguera, su hermano; el que la guardaba en el lugar de la hoguera, su criado; y el que le llevaba una parte de lo que había adquirido de limosna, comida, vestido y otras cosas, su esposo. Pues el proporcionar vestido, alimento, alhajas y otras cosas corresponde al esposo.»

Cuando el Yoguín hubo dicho esto, pensó la princesa: «Dos veces me ha hecho hablar, pero aun quedan otras dos.» Y se sumió en el silencio.

Entonces el Yoguín comenzó a contar otra historia, hablándole al collar de la doncella como antes le había hablado a la lámpara. Dijo así:

### *Tercera narración: La muñeca animada.*

El rey Narapala, en la ciudad de Narasara, tenía un hijo llamado Punyapala, el cual estaba unido en amistad con Budisara, hijo del gran sacerdote; con Gunasara, hijo de un escultor en

madera; con Rupasara, hijo de un orfebre, y con Danasara, hijo de un tejedor.

Un día en que Punyapala tuvo que salir del país, por orden de su padre, preguntó a sus cuatro amigos, si querían acompañarle, y ellos respondieron: «No nos separaremos de ti, como la sombra no se separa del cuerpo.» Dejó, pues, Punyapala su ciudad, acompañado de sus amigos, y llegó a un bosque espeso. Al cerrar la noche, el hijo del rey se echó a dormir, mientras los otros cuatro alternaban en las guardias de la noche. En la primera guardia, Gunasara talló en un trozo de madera de sándalo una figura de mujer adorable en todas sus partes, magnífica como una diosa. Cuando hubo terminado, se acostó. Levantóse Danasara para la segunda guardia. Este vistió el cuerpo de la estatua con toda la ropa interior y exterior digna de ella, y se retiró a descansar. Levantóse al comienzo de la tercera guardia Rupasara, que atavió la muñeca con piedras preciosas, oro y otras alhajas, y se acostó. Levantóse entonces Budisara, para encargarse de la cuarta guardia. Budisara, por medio de una fórmula mágica, evocó al dios envuelto en una corona de rayos \*; y cuando con su ayuda hubo animado a la figura, se hizo de día.

¡Pon ahora atención, collar de perlas! Al ver

\* El Sol.



los cuatro a la figura animada, cada uno de ellos le refirió a Punyapala lo que había hecho, y discutieron sobre quién había de casarse con la muchacha. ¿De quién fué esposa?

A esta pregunta del Yoguín respondió el Vetalá que estaba metido en el collar de perlas, para hacer hablar a la princesa: «Fué esposa del que la animó.»

Al oír la hija del rey esta respuesta absurda, se incomodó hasta el punto de olvidar su propósito, y exclamó con vehemencia: «¡Miserable collar de perlas, no mientas así!»

En señal de que había hecho hablar por tercera vez a la princesa, mandó el Yoguín tocar el gong. Al preguntarle el collar de perlas: «¡Oh rey de los Yoguín! ¿De quién fué, pues, esposa y en qué relación estaba con los otros?», respondió: «El que le infundió la vida era su padre; el que la talló en madera, su madre; el que la adornó, su tío. Su esposo era el que la vistió. Pues sólo el esposo viste a la mujer desnuda.»

Cuando el Yoguín hubo hablado así, pensó la princesa: «Tres veces me ha inducido a hablar; sólo me queda una vez.» Y se sumió en un silencio todavía mayor. Luego el Yoguín comenzó a contar otra historia, dirigiéndose esta vez al justillo de la muchacha.

#### *Cuarta narración: Los cuatro padres.*

En la ciudad de Harichandra reinaba el rey Harichena. Un día el bramán Chanikara, que había sido sentenciado a muerte por el rey a causa de un robo, le dijo: «Según la revelación, ¡oh rey!, un bramán soltero no puede ir al cielo. Antes de matarme, cásame, pues, con alguna hija de bramán, mediante el precio de cinco piedras preciosas que se encuentran en mi muslo \*. El rey accedió a su ruego. Dió las cinco piedras preciosas a un bramán, con cuya hija, Priyamati, casó al ladrón, y luego le mandó ahorcar. Muerto su esposo, Priyamati se entregó a la vida licenciosa, y habiéndole nacido un hijo, lo expuso a las puertas de la ciudad con un anillo que llevaba su nombre. Un alfarero llamado Darma recogió al niño y lo educó como si fuera hijo suyo.

Una tarde, el niño, que tenía un cuerpo adorable, corría por donde estaba el yacimiento de arcilla. Allí le vió el rey Harichena, y pensó: «Este pobre niño será mi hijo.» Lo recogió y se lo entregó a la reina. Al morir el rey, el niño le sucedió en el trono bajo el nombre de Saranasimba.

\* Es frecuente en los cuentos indios que las joyas estén guardadas en el estómago o en alguna cicatriz o herida.

Un día, en la época del sacrificio a los muertos se dirigía hacia el Ganges para llevar a su padre la ofrenda de los manes. A consecuencia del poder milagroso que reside en aquel lugar, salieron del agua cuatro manos al mismo tiempo para recibir la ofrenda. Al ver el rey este milagro quedó muy asombrado, y supo lo ocurrido por la reina madre, a quien había hecho jurar que diría la verdad. Por la referencia al yacimiento de arcilla, pudo obtener confirmación de su historia. Preguntó a la viuda del alfarero. Esta le contó todo lo que había pasado y le dió un anillo en el que había un nombre. Cuando por los rasgos de la inscripción llegó a su conocimiento toda la historia, interrogó a la hija del bramán, que le confesó la verdad. Entonces el rey se fué al Ganges, y dijo: «Tengo cuatro padres; que levante la mano aquel a quien le corresponda la ofrenda de los manes.»

¡Atención, justillo! ¿Qué mano se levantó para recibir la ofrenda? A esta pregunta del Yoguín, respondió el Vetala que estaba dentro del justillo para hacer hablar a la princesa: «Recibió la ofrenda la mano del amante, pues por él fué engendrado el rey.»

Al oír la hija del rey esta contestación absurda se puso tan furiosa, que otra vez olvidó su propósito y exclamó con vehemencia: «¡No mientas, miserable justillo!»

Como señal de que había hecho hablar por



cuarta vez a la hija del rey, el Yoguín mandó tocar el gong. Y cuando el justillo preguntó: «¿Qué mano recibió la ofrenda, oh rey de los Yoguín?», dijo: «Recibió la ofrenda la mano del ladrón bramán Chanikara, pues él fué el señor del campo \* . Sólo después de su muerte se hizo licenciósa la esposa.»

Al ser de día dijo la princesa: «Soy tu esclava, Yoguín, y tú eres mi señor.» No había acabado aún de hablar, cuando llegó el padre de la muchacha, a quien le habían comunicado lo sucedido. Se inclinó ante el pretendiente. Entonces, Vikramaditya se dió a conocer, contó lo que había sucedido, mandó que pusieran en libertad a los hijos de los reyes y a los demás hijos de buenas familias, se casó con la princesa y regresó con ella a su palacio. Allí el rey oyó, a través de un muro, a un pintor que, dirigiéndose a otro que estaba decorando la sala de audiencias del rey, y que se vanagloriaba de su arte, le dijo: «Buen amigo: ¿por qué te haces tantas ilusiones con tu pincel? ¿Te figurarás acaso que el rey va a quedar tan encantado de tu pintura que te regale la princesa silenciosa?»

Al oír esto el rey, en quien la liberalidad era una pasión, se la regaló al pintor y le hizo príncipe de una comarca.

\* Es decir, el esposo legítimo.



## XIV

### KANAYAMANDCHARI

(Tomado del comentario de Devendra (1373 de J. C.) a un libro sagrado de los Chaina. Está escrito en prakrito, lengua popular. Este cuento representa una de las formas primitivas de las «Mil y una noches».)

**H**AY aquí en la India una ciudad llamada Kipatiya, en la cual reinaba antaño el rey Dchiyasattu.

Un día el rey decidió pintar una sala y distribuyó los muros por partes iguales entre los miembros del gremio de pintores. Comenzaron a pintar estos pintores, y entre ellos había un viejo que se llamaba Chitanga. Todo esto duró bastante tiempo. Al viejo le traía de comer todos los días su hija, la doncella Kanayamandchari.

Un día había salido con la comida para llevársela a su padre. En esto pasó un jinete al galope

por la calle del rey, atestada de gente. Asustada, huyó la muchacha y, cuando hubo pasado el jinete, se fué en busca de su padre.

Al ver Chitanga que había llegado su comida, salió de la sala para hacer una necesidad. Entonces Kanayamandchari cogió milagrosamente un pincel y en el pavimento pintó con bellos colores una pluma de pavo real, tan bien pintada que parecía natural. Poco después entró en la sala el rey Dchiyasattu. Mientras contemplaba uno de los cuadros, vió la pluma de pavo real, y pareciéndole muy linda, se inclinó y tendió la mano para cogerla. Pero lo único que consiguió fué romperse las uñas, que parecían conchas de la playa.

Avergonzado, miró en derredor. Kanayamandchari, habiéndose reído a sus anchas \*, le dijo: «Como mi silla no quería tenerse sobre tres patas, he buscado un tonto que sirva de cuarta pata, y en ti he encontrado lo que me faltaba.» El rey dijo: «¿Cómo es eso? Explícamelo.» Ella se echó a reír, y dijo: «Cuando le traía la comida a mi padre, vi venir por la calle del rey, con la velocidad del viento, a un hombre montado en un caballo. El hombre no sentía ni asomo de compasión; de manera que en la calle ancianos, niños, mujeres y todo el que no acertaba a apartarse

\* No sabía que aquél era el rey.



caía bajo los cascos del caballo. Este gran insensato es la primera pata de mi silla. La segunda es el rey, por haber repartido por igual la sala entre los pintores \*. En cambio, mi padre no tiene hijos y, además, es viejo y pobre. A pesar de eso, le han asignado el mismo espacio que a los demás. La tercera pata de mi silla es mi mismo padre, que como tiene que pintar solo, ha gastado todos sus ahorros en la decoración de la sala. Le traigo la comida y se la hago lo mejor que puedo, y cuando llego es cuando se le ocurre salir a aliviarse. ¿Para qué le sirve, si después se ha enfriado?»

El rey preguntó: «¿Y por qué soy yo la cuarta pata?» Ella le respondió: «Cualquier otro se hubiera preguntado: ¿Cómo pueden llegar hasta aquí pavos reales? Claro es que la pluma hubiera debido ser traída de algún modo; pero eso es lo que debías haber averiguado antes.»

El rey dijo: «Tienes razón; soy un tonto y merezco ser la cuarta pata de tu silla.» El rey había oído con qué donaire hablaba la muchacha y había visto cuán gracioso era su cuerpo. ¿Qué tiene de extraño que se enamorase de ella? Kanayamandchari se volvió a casa, luego que su padre hubo despachado la comida.

El rey envió a su canciller Sugutta a ver a Chi-

\* En la India se heredan los oficios.

tanga, y por su boca le pidió la mano de Kanayamandchari. El pintor dijo: «Soy un pobre hombre. ¿Cómo voy a pagar la boda y a honrar al rey como se merece?» El ministro le trasladó al rey esta contestación, y el rey llenó la casa de Chitanga de dinero, trigo, oro y muchos tesoros. En un día de buenos auspicios y a una hora favorable, celebró suntuosamente sus bodas con la doncella, le regaló un palacio y puso a su servicio numerosas esclavas.

El rey poseía un gran número de esposas nobles, que entraban una cada noche en su dormitorio. Pero aquel día le tocó a Kanayamandchari. Ataviada con todas sus joyas, se encaminó a la alcoba, acompañada de la esclava Mayaniya, y se sentó en un asiento. Al cabo de algún tiempo llegó el rey. Ella se levantó y le recibió con la mayor amabilidad. A continuación, el rey se tendió en su lecho.

Antes de esto, Kanayamandchari le había avisado a Mayaniya: «Tan pronto como el rey se acueste, pídemle que te cuente una historia, de modo que él te oiga.» Así, pues, Mayaniya dijo en aquel momento: «Cuéntame una historieta, señora, hasta que el rey te llame a su lado.» La otra replicó: «Deja que se duerma primero el rey, y te la contaré.» El rey pensó: «¿Qué historieta le contará? Quiero oírla yo también.» Así pensó, y se hizo el dormido. Entonces dijo Mayaniya:



«El rey duerme, señora. Cuéntame la historieta.» La otra respondió: «Oye, pues:

En la ciudad de Vasanta vivía un comerciante llamado Varuna. Este mandó construir de una sola piedra un templo que tenía el tamaño de una mano, e hizo colocar en él una imagen de cuatro manos.» Mayaniya dijo: «¿Pero cómo iba a caber allí una imagen de cuatro manos, si el templo no tenía más que una?» La otra dijo: «Tengo sueño; mañana te lo diré.» Mayaniya dijo: «Bueno.» Y se marchó a su habitación.

El rey sentía una gran curiosidad: «¿Cuál será la solución?» Pero Kanayamandchari se acostó igualmente.

A la noche siguiente, la volvió a llamar el rey a su dormitorio. Mayaniya habló como en la noche precedente, diciendo: «Termina de contar-me la historieta comenzada, ama mía.» La otra dijo: «El dios, amiga mía, tenía cuatro manos \*; cuatro manos no quiere decir, como tú te figurabas, la medida de la imagen. Y con esto se acabó mi historia.»

Mayaniya dijo: «Cuéntame otra.» Kanayamadchari dijo:

«Una vez había un bosque muy grande, querida amiga. En el bosque había un árbol opulento, de flores rojas, que tendía en todas direcciones

\* Visnú es representado con cuatro brazos.



su ramaje. Y, sin embargo, no tenía sombra.» Mayaniya dijo: «¿Y cómo podía faltarle sombra a un árbol tan grande?» La narradora respondió: «Te lo diré mañana; no puedo más de cansancio.»

Como el rey sentía curiosidad por conocer la solución, la mandó también llamar a su dormitorio la tercera noche. Mayaniya hizo la misma pregunta que en las noches anteriores, y Kana-yamandchari le respondió: «El árbol no tenía sombra; la sombra estaba debajo de él.» Luego, a ruegos de la esclava, comenzó a referirle otra historia:

«En un pueblo vivía un hombre, el cual tenía un gran camello que andaba suelto. Yendo así, un día vió el camello una acacia completamente cargada de hojas, flores y frutos. Estiró el cuello, pero no pudo alcanzarla. Durante largo rato se esforzó en conseguirlo inútilmente; cada vez con más impaciencia estiraba el cuello en todas direcciones. Viendo, pues, que no podía alcanzarla de ninguna manera, se puso al fin furioso y ensució el árbol con su excremento.» Mayaniya preguntó: «¿Y cómo pudo ensuciar el árbol con su excremento, si no lo había podido alcanzar con su cuello?» La otra dijo: «Mañana te lo contaré.» Al día siguiente sucedió lo que en los días anteriores, y Kanayamandchari dijo: «Es que la acacia estaba en el fondo de una cisterna seca y por eso no podía comer de ella el camello.»

De este modo Kanayamandchari supo entretener al rey durante seis meses con historias que excitaban su curiosidad. Transcurrido este tiempo, el rey sintió una fuerte inclinación por su nueva esposa. No pensaba más que en compartir con ella los goces del amor y pasaba el tiempo exclusivamente en su compañía.

Pero las demás mujeres del rey estaban muy celosas de Kanayamandchari. Buscaban ocasiones de hacerle daño, y se decían unas a otras: «Ha embrujado al rey, hasta el punto de hacerlo esclavo suyo y conseguir que no se ocupe del resto de sus esposas, aunque éstas proceden de las más famosas dinastías. Esa hija de artesano le ha vuelto de tal manera el juicio, que ha perdido toda idea del bien y del mal, no tiene ojos para los asuntos del gobierno y no nota cómo su patrimonio se evapora, por las artes de encantamiento que posee esa mujer.»

Todos los días, a eso del mediodía, Kanayamandchari se encerraba en el aposento más apartado de su palacio, y, cuando estaba completamente sola, se quitaba los vestidos y alhajas que el rey le había dado, y se ponía el vestido pobre con alhajas de metal, que tenía en casa de su padre. Luego le hablaba así a su alma: «No te enorgullezcas con tu riqueza, alma mía. No te embriagues y no olvides quién eres. Toda esta riqueza le pertenece al rey. Tuyos son sólo estos vestidos



destrozados de golpearlos y lavarlos, y estas alhajas pobres. Sé, pues, humilde para gozar largo tiempo de tu riqueza. De lo contrario, un día el rey podría echarte de su lado.»

Las otras mujeres observaron que se encerraba todos los días. Fueron al rey, y le dijeron: «Aunque ya no nos quieras, nosotras velamos por ti, pues la única divinidad de la mujer es su marido. La mujer a quien ama tu corazón está en este momento haciendo encantamientos o conjuros de desdicha. Tú eres el único ciego, el único que no ve la desgracia que te amenaza, porque esa mujer se ha apoderado de tu alma.» El rey las conminó para que se explicasen con más claridad, y le dijeron: «Todos los días, al mediodía, se mete en su alcoba, se encierra por dentro y pasa allí mucho tiempo murmurando palabras incomprensibles. Si no nos crees, obsérvala. Puedes hacerlo por medio de uno de tus servidores.»

El rey decidió ir en persona. Kanayamandchari se metió en su alcoba, y tan pronto estuvo dentro, el rey se acercó a la puerta para escucharla. Vió que, en efecto, hacía lo que le habían dicho las otras mujeres. Pero oyó también las exhortaciones que se dirigía a sí misma. Al oírlas, se regocijó su corazón: «¡Qué buena es, qué lejos de todo orgullo y qué avisada! Es verdaderamente el asiento de todas las virtudes. Las demás están celosas. ¡No es extraño, pues tienen que compar-



tir el matrimonio con ella. De ahí procede que  
vean como defectos sus excelencias.»

Y, en su alegría, el rey la hizo señora de todo  
el país y puso sobre su cabeza la corona.



## XV

### AGALADATTA

(Tomado del mismo libro que el anterior.)

**E**L rey Chiyasalta de Uscheni tenía un cochero llamado Amoharaha. Este tenía una esposa, Chasamati, y de ella un hijo llamado Agaladatta.

Agaladatta era todavía un niño cuando su padre abandonó el mundo. Viendo que su madre lloraba incesantemente, un día le preguntó por la causa de su dolor; y, como no cesara en su demanda, sino que insistiera preguntando, ella le dijo: «El cochero Amohapahari ocupa el puesto de tu padre, y me arde el corazón de pena al ver nuestra triste suerte y que tú no estás todavía bastante adelantado en el oficio.» El muchacho respondió: «¿No podía enseñarme alguien?» Ella

le replicó: «En Kosambi vive un amigo de tu padre, que se llama Dadappahari; ese podría enseñarte.»

Agaladatta se encaminó a Kosambi y expuso su pretensión a Dadappahari. Este era un excelente maestro en el manejo de la espada y del arco, y en la conducción de los coches. Acogió al muchacho, y no sólo le enseñó el manejo del arco, sino también a parar con el disco propio el disco del enemigo; asimismo le enseñó el manejo de las armas encantadas y otras artes.

Llegó el momento en que Agaladatta había terminado ya su aprendizaje, y se despidió de la familia de su maestro. Entonces se fué a la corte del rey para que viesen lo que había aprendido. Actuó en el manejo de la espada y del escudo, y mostró todo lo que había aprendido, tal como se lo enseñara su maestro. Todos quedaron entusiasmados. Sólo el rey dijo: «Esto no tiene nada de particular», y no dió señales de admiración. Añadió, sin embargo: «¿Te debo algo por eso?» Pero Agaladatta contestó: «¿Qué me importan los demás dones, si vuestra majestad ni siquiera me regala su aplauso?»

Al mismo tiempo, y en la misma ciudad, se presentaron al rey varios moradores de ella. «En la residencia de vuestra majestad, amada de los dioses—dijeron—, se realizan robos inauditos. Precisamente ahora se han realizado robos de ha-



cienda ajena, no sabemos por quién. Por eso le pedimos a vuestra majestad, amada de los dioses, que proteja el patrimonio de los vecinos de esta ciudad.»

Entonces, el rey ordenó al jefe de la Policía: «¡Cuida de que los ladrones sean cogidos en el término de siete días!»

Al oír esto, Agaladatta pensó que esta era una buena ocasión para hacerse valer, y le dijo al rey: «En el término de siete días, ¡oh señor!, traeré a los ladrones y los pondré a vuestros pies.» El rey aprobó la oferta, la aceptó, y dijo: «Hazlo así.»

Alegre y contento en su corazón, Agaladatta abandonó el palacio, pensando: «Se encuentran ladrones y demás malhechores disfrazados de todas las maneras en las tabernas y lugares semejantes. Por lo cual visitaré yo mismo esos lugares y haré que los visiten espías.» Luego que hubo mandado visitarlo, salió fuera de la ciudad y se sentó, completamente solo, bajo un mango que le daba sombra. Estaba vestido con un traje pobre y sucio, y cavilaba por ver de encontrar un medio para prender a los ladrones.

Al cabo de un rato, un monje que musitaba palabras incomprensibles se acogió a la sombra del mismo árbol. Cortó unas ramas y se tendió a la sombra. Agaladatta observó que el monje tenía recias pantorrillas y largas piernas. Viendo esto, llenóse de espanto su corazón, y pensó: «Sus

miembros indican que se dedica a un oficio perverso; este hombre es, seguramente, un ladrón.»

Pero el monje trabó conversación con él, y le dijo: «¿De dónde vienes, hijo mío, y por qué andas corriendo por el mundo?» Agaladatta le respondió: «Soy de Udcheni, santo varón, y ando por el mundo porque he perdido mi patrimonio.» El otro, dijo: «Yo te proporcionaré otro mucho más rico, hijo mío.» Agaladatta, dijo: «Se lo agradeceré a usted mucho.»

Entretanto se había puesto el sol y el crepúsculo terminaba ya también. Entonces el monje sacó de su triple bastón \* una espada y la ciñó a su cintura. Luego se levantó, y dijo: «Vámonos a la ciudad.»

Agaladatta le siguió con desconfianza, pensando: «Este es el ladrón.» Entraron en la ciudad y llegaron ante una casa, a cuya vista abrió el monje grandes ojos, pues era una casa cuyo propietario debía de ser rico y aun riquísimo.

El monje abrió en el muro una brecha que tenía la forma de una Chrivatsa \*\*, y entró arrastrándose por ella y fué sacando un cesto tras otro, llenos todos de tesoros. Luego se alejó, dejando a Agaladatta a la guarda del botín.

Agaladatta pensó: «Quiero conocer a fondo el

\* Los monjes bramánicos llevan tres palos atados.

\*\* Chrivatsa es un rizo de pelo que Visnú lleva en el pecho. El ladrón elige esta forma para asegurar así el éxito de su empresa.



asunto.» Poco después regresaba el monje con gente que había sacado de un templo Chakka\* y había ganado para su causa. Estos hombres cogieron apresuradamente los cestos y los llevaron a las afueras de la ciudad. El monje le dijo a Agaladatta: «Hijo mío: vamos a procurarnos en este jardín abandonado una horita de sueño, mientras es todavía de noche. Luego seguiremos nuestro camino.» Agaladatta respondió: «Así lo haremos, padre mío.»

Los hombres dejaron en el suelo sus cestos y se entregaron al sueño. En cambio, el monje y Agaladatta se prepararon una yacija y se tendieron en ella. Pero hacían como que dormían, y espiaban. Agaladatta se levantó muy despacio, se alejó y se escondió detrás de un árbol, donde permaneció silencioso. Cuando el monje estuvo seguro de que sus hombres estaban dormidos, el ingrato los asesinó a todos. Y viendo que Agaladatta no estaba ya en su yacija, se puso a buscarlo.

Agaladatta se había escondido detrás de unas matas. Cuando el monje que le buscaba llegó a su escondite, Agaladatta le tiró un tajo con su

\* Chakka es la forma prakrita popular del sánscrito yakscha. Los yakscha son dioses superiores que sirven a Xubera, dios de la riqueza. Para los sacerdotes chaina, estos yakscha son considerados como dioses protectores de aldeas y servidores de los chinos (profetas).



espada y le dió en el hombro. El monje cayó gravemente herido y sin conocimiento en el suelo. Cuando volvió en sí, le dijo a Agaladatta: «Toma esta espada, hijo mío, y llévala a la parte occidental del lugar donde se queman los cadáveres. Cuando llegues al templo de Santidcha\*, párate ante sus muros y llama. Allá vive mi hermana en una habitación subterránea. Te ruego que le entregues mi espada. Será tu mujer y tú serás el dueño de todo mi patrimonio. Yo ya he terminado. Tu tajo ha calado demasiado hondo.»

Agaladatta cogió la larga y fina espada, y se fué. Al llegar al templo vió a la muchacha, bella como una diosa. Ella le preguntó: «¿De dónde vienes?» Y él le entregó la espada.

Honda pena llenó su alma y se asomó a su rostro. Pero ocultó pronto su dolor y condujo a Agaladatta al templo de Santidcha. Le acercó una silla y él se sentó receloso, observando los manejos de la muchacha. Con el mayor esmero, la muchacha preparó un lecho, y dijo: «Échate y descansa.» Pero él no se entregó al sueño, descuidado, sino que en el momento en que ella se distrajo, se fué a otro sitio y se puso en acecho.

Encima del lecho estaba de antemano colocada una gran piedra que la muchacha soltó sobre el lecho. La cama se hizo polvo. Ella entonces gritó,

\* Deidad desconocida, probablemente local.

feliz y contenta: «¡He matado al matador de mi hermano!»

Pero Agaladatta salió de su escondrijo, la cogió por los cabellos, y exclamó: «¡Prostituta! ¿Quién es el que puede matarme?»

Entonces ella se arrojó a sus pies, y dijo: «¡Sé mi amparo y protección!» El le contestó: «No temas.» Y la llevó consigo al palacio del rey.

El rey y los vecinos de la ciudad le tributaron homenaje, y de allí en adelante todos los placeres estuvieron a su alcance.

Así le acontece a quien siempre está en guardia, atento, pues ya en la tierra tiene su parte de felicidad.



## XVI

### LA SERPIENTE QUE REGALABA ORO

(Tomado del Pantchakiana - vastika — comentario al libro de los cinco cuentos —, escrito en dialecto de Gucharat.)

**E**stoy triste porque mi piedra preciosa se ha roto, y tú lamentas a tu hijo. ¿De dónde ha de venir el amor cuando el corazón está destrozado? Lector: cierra tu libro. Una vez era una ciudad llamada Kanti, en la que reinaba el rey Kanayasen. En la casa de este rey iba y venía un bramán muy sabio llamado Devdatt, que le leía al rey traducciones comentadas del Mahabarata y de los Puranas. Primero las leía en la soledad, luego ante el rey y su familia, y, finalmente, ante el rey, en presencia de toda la Corte reunida. Así iban las cosas, cuando un día el bramán se puso a leer solo en el jardín, con voz y canto melodio-



sos. En este jardín vivía una serpiente. Había en el jardín una sartén llena de oro, y en ella habitaba la serpiente. Esta serpiente oyó la lectura, la voz del lector y su canto melódico. Salió afuera y se puso a escuchar la lectura. Y, sintiendo el encanto de la lectura, tomó una moneda de oro en su boca y la puso delante del lector. En seguida se volvió a su vivienda. Al otro día, el lector leyó ante la serpiente un trozo muy largo, cantándolo con su voz armoniosa, y la serpiente volvió a poner ante el bramán una moneda de oro. Desde entonces, el bramán leía en aquel sitio todos los días por la mañana. Así sucedió que la serpiente se aficionó al lector más que a los demás hombres; al alejarse, le daba siempre una moneda de oro. Pero de esta historia nadie sabía una palabra, sino sólo el bramán lector. Así estaban las cosas, cuando vino un hermano de Devdatt a convidarlo, pues en su casa se celebraba una boda: su hermana, que vivía en otro pueblo, casaba a su hijo. Devdatt dijo: «No puedo ir. Tengo que leer ante el rey.» Devdatt sentía, en efecto, el deseo de las monedas de oro, y no iba por eso, pero no quería que nadie se enterara de la historia. Por esa razón, dijo: «Lleva a tu cuñada y a tu sobrino. Yo no puedo ir.» Pero el hermano se fué a ver al rey, y le dijo: «Dad permiso a mi hermano.» Y el rey le dijo a Devdatt: «Puedes irte.» Entonces Devdatt, que tenía un hijo de

veinticinco años, muy instruído, se lo llevó consigo al jardín y le mandó que leyera en el lugar en que se hallaba la serpiente. La serpiente se alegró; salió y se puso a su lado. El padre le dijo a su hijo: «No se lo cuentes a nadie. Haz una lectura diaria. La serpiente te dará siempre una moneda de oro. Pero que nadie sepa una palabra.» Así lo amonestó, y la serpiente dió la moneda de oro. Devdatt se puso en camino con su familia, y su hijo se quedó. Leía primero a la serpiente y después leía ante el rey. Pasaron así tres días. Entonces pensó el hijo del sabio en su corazón: «Me da siempre una moneda de oro. Esto significa que posee una gran sartén llena de monedas de oro. Voy a coger la sartén.» Concibió este plan insensato, y un día cogió un bastón, lo escondió debajo de la alfombra en que se sentaba, y comenzó su lectura. Al terminar ésta, la serpiente puso en el suelo la moneda de oro y se disponía a deslizarse hasta su vivienda, cuando el sabio alzó contra ella su bastón y le dió en la cabeza. Por efecto del golpe se rompió la piedra preciosa que en la cabeza llevaba la serpiente \*. Esta se puso furiosa, se volvió y mordió al sabio, y, cuando le hubo mordido, se arrastró hasta su vivienda. El hijo del bramán murió de la morde-

\* Es creencia en la India que la serpiente cobra lleva en la cabeza una piedra preciosa, que anula el efecto del veneno.

dura. Diez días después estaba de vuelta el sabio. Volvió a leer ante la serpiente, y ésta entonces le gritó desde su vivienda la siguiente estrofa en sánscrito: «Estoy triste porque mi piedra preciosa se ha roto y tú lamentas a tu hijo. ¿De dónde ha de venir el amor cuando el corazón está destrozado? Lector; cierra tu libro.»





## XVII

### EL GATO HIPÓCRITA

(Tomado de la misma colección que el cuento anterior.)

**H**E conocido tu altísima ascética; los cabellos se me erizan. Del millar falta un ciento. ¡Gloria a ti, asceta bramánico!

Una vez era una ciudad llamada Chipur, en la que reinaba el rey Sudarchan. En esta ciudad vivía un comerciante llamado Sahasradatt, que puso una tienda de manteca. Un día dejó abierto un pucherito lleno de manteca. Para comerse la manteca, un gato metió a la fuerza su cabeza en el puchero, y luego no pudo sacarla. Estando el comerciante en el almacén, oyó ruido en la tienda, salió para ver lo que pasaba y se encontró con la cabeza del gato en el pucherito. Entonces el comerciante cogió al gato y quiso sacarlo, pero no lo consiguió. Movido de compasión, rompió el

puchero. Pero el cuello de éste quedó adherido al del gato. Cuando el comerciante se disponía a romper el cuello del puchero, desapareció el gato y echó a correr por el campo. Era invierno. Los campos de mijo estaban espigados. El gato se escondió en un campo de mijo. Pero en él vivían mil ratones, que al ver al gato huyeron. El gato entonces les gritó: «Acabo de llegar de Kedar \* y me he puesto el collar de Kedar. Ahora ya no mataré a nadie. He emprendido una vida santa. Venid aquí todos, que voy a predicaros.» Los ratones creyeron sus palabras. Venían todos los días por la mañana en busca del gato, y oían su sermón. Pero el gato, cuando los ratones, después de oído el sermón, volvían a sus agujeros, cogía siempre al último. Los otros no notaban nada. Entre estos ratones había dos patriarcas. El uno se llamaba Lígero, y el otro, Rubino. Lígero trepaba por las plantas de mijo, cortaba las espigas y las tiraba al suelo. Rubino las llevaba a la cueva. Todos los ratones comían, bebían, se daban buena vida y escuchaban el sermón del gato. Un día el gato cogió al ratón Lígero. Cuando los otros llegaron a su cueva, notaron la falta de Lígero. Antes, apenas cabían los ratones en la cueva; pero, al contarse ahora, hallaron que de los mil

\* Lugar de peregrinación. El gato quiere hacer creer que el cuello del puchero que lleva puesto es un objeto de mortificación ascética.

faltaban ciento. Entonces los ratones recurrieron a una astucia. Escondieron a un ratón para que prestara vigilancia. Fueron al sermón y regresaron luego a la cueva. El gato cogió al último ratón. Pero lo vió el que se había quedado para vigilar, y lo contó a los demás ratones. Entonces todos los que se hallaban en la cueva se asomaron a la puerta. El gato exclamó: «Venid, que va a empezar el sermón.» Pero un viejo ratón le contestó: «He conocido tu altísima ascética; los cabellos se me erizan. Del millar falta un ciento. ¡Gloria a ti, asceta bramánico!»





## XVIII

### DE CÓMO BANU SE CASÓ CON SU DIFUNTA MUJER

(Tomado de la misma colección que los dos anteriores.)

**E**l canciller Banu y su amada esposa Sarasvati. Ella murió por un capricho del rey. El se fué al Ganges y la recobró. Mientras el hombre vive, puede ver centenares de acontecimientos felices.

En una ciudad llamada Trambavati, reinaba un tiempo el rey Tamratchud. En la Corte de éste rey había un canciller llamado Banu, y en la casa de éste vivía su esposa Sarasvati. Ambos estaban ligados por el más entrañable afecto. Cada vez que el canciller salía para ir a la Corte o para otros asuntos, le asía su mujer por el borde del vestido, y le preguntaba: «¿Cuándo volverás?» Y

cuando Banu no volvía en el tiempo prometido, la mujer se sentía de tal modo atormentada por el amor, que le parecía como si hubiera sonado su última hora: tan grande era el amor de esta mujer. Su fama se extendió por toda la ciudad. Hasta el rey tuvo conocimiento de ello, y estando un día sentado en medio de toda su Corte y como se hablase del tema, dijo: «Ya lo veremos. La mujer se ha adueñado de su esposo por hipocresía. Yo pondré a prueba a la mujer.» A poco llegó el canciller Banu, quien le había dicho a su mujer que regresaría durante la primera guardia del día. Banu se sentó al lado del rey. Estando allí sonó la primera guardia. El canciller quiso levantarse. Pero el rey dijo: «No te levantes; tenemos que hablar todavía de algunos asuntos de gobierno.» Se dirigieron, pues, al palacio, y se sentaron a deliberar. Pero el espíritu del canciller estaba ausente de aquel lugar. El rey preguntó: «¿Por qué estás tan distraído?» El canciller replicó: «¡Señor! Mi mujer estará angustiada sin mí. Le había prometido volver a la primera guardia. Si no puedo ir, apenada por el amor sentirá gran preocupación.» El rey dijo: «De eso no se muere nadie.» Entretanto, la mujer había enviado a una muchacha. La muchacha le preguntó al portero: «¿Dónde está el canciller?» «El canciller está deliberando con su majestad.»

La muchacha volvió a casa, y le dijo a la mu-

jer: «El canciller está deliberando con su majestad.» Entonces la mujer envió a la muchacha por segunda vez. La envió así cuatro veces. A la quinta, el rey le mandó al canciller que se quitara sus vestidos, hizo que los mancharan con sangre de cabra y los envió con una de sus propias muchachas. Esta se los entregó a la muchacha del canciller, diciéndole: «El rey ha mandado matar al canciller. Estos son sus vestidos.» La muchacha cogió los vestidos y se los entregó a la esposa del canciller, diciéndole: «El rey ha mandado matar al canciller.» Apenas hubo oído estas palabras, Sarasvati murió. El juego se había trocado en duelo. Al saberlo el rey, se disgustó mucho. El canciller le dijo: «¡Yo subiré a la hoguera con mi mujer!» Pero el rey replicó: «Un hombre como tú debía avergonzarse de semejantes palabras. Yo te casaré con una doncella de buena casa, que es una verdadera joya. Mi culpa se reduce a haber originado la muerte de tu primera mujer. En adelante seguirás siendo mi canciller.» Pero el canciller repuso: «En adelante, para mí en esta vida todas las mujeres, fuera de aquélla, serán madres o hermanas.» Este juramento pronunció: «Yo no necesito casa alguna.» El rey, entonces, quiso llevarlo a otras ideas, y le dijo: «Si me prometes no quitarte la vida, te despediré.» El canciller repondió: «Bien, no me quitaré la vida, pero me iré a tierras extrañas.» Así dijo; abandonó cuanto poseía y se



marchó por el mundo. Se dirigió directamente al Ganges, se hizo construir una cabaña, vivió castamente e hizo penitencia a orillas del río. Hasta aquí la historia del canciller.

Escuchad también ahora la historia de su mujer. Luego que hubo muerto, Sarasvati descendió al cuerpo de Kanaksena, reina coronada de Kanakketu, que reinaba en Kasi, donde el canciller Banu hacía penitencia. Cuando la reina, pasados dos meses, dió a luz, fué madre de una hija que recibió el nombre de Chrimati. Con el tiempo fué creciendo la niña, hasta que cumplió doce años. Igualmente el canciller había pasado doce años, haciendo penitencia a orillas del Ganges. La princesa Chrimati acostumbraba a ir a divertirse al Ganges con sus amigas. Un día, cuando estaba divirtiéndose de este modo, vió la cabaña de Banu. Chrimati dijo a las amigas que estaban con ella: «¿Qué es aquello que se ve allí?» Las amigas le respondieron: «Hay un asceta haciendo penitencia.» Entonces dijo Chrimati: «Pues bien: vamos a tributarle nuestros homenajes.» Se fué, pues, con sus amigas a verle. Chrimati vió al asceta; pero, apenas le hubo visto, cayó desvanecida. Había acudido a su mente el recuerdo de su existencia anterior: «Este es el canciller Banu, el que ha sido mi esposo en mi vida terrenal.» Cuando volvió en sí, se levantó sin decir palabra, se fué derechamente a casa, y le dijo a su ma-

dre: «¡Despósamel!» Su madre respondió: «Si hallamos un gran rey que tenga un hijo, te desposaremos con ese hijo.» Chrimati replicó a su madre: «¿Qué estás hablando? ¡Yo he elegido ya mi esposo!» La madre preguntó: «¿Dónde está ese esposo?» Chrimati respondió a su madre: «A orillas del Ganges se encuentra un asceta haciendo penitencia. Con ese es con quien tienes que desposarme.» Oyendo esto, su madre la riñó. Llegó en aquel momento el rey. La reina le dijo: «Nuestra hija dice: «¡Despósamel!» «Bien, dijo el rey, buscaré al hijo de algún rey y te lo daré en matrimonio.» Chrimati le dijo a su padre: «Mi esposo está a la orilla del Ganges haciendo penitencia. ¡Despósame con ese!» El rey se puso también colérico, pero su hija dijo: «Todo otro hombre es, a mis ojos, un padre o un hermano.» El rey preguntó: «¿Y qué es lo que has visto en ese asceta?» Chrimati le replicó: «Ha sido mi esposo en una existencia anterior.» Chrimati dijo: «Convidadle a que venga a nuestra casa; luego os lo contaré todo.» El rey convidó al asceta, que aceptó a fuerza de insistencia. Luego habló Chrimati y le contó a su padre a solas todo lo que le había acontecido en su anterior existencia. El rey le preguntó al asceta por las mismas cosas, y, exactamente, lo mismo que le había contado su hija, le contó al rey el asceta. Entonces el rey hubo de dar crédito a toda la historia y desposó a Chrima-



ti con el asceta. Luego regaló a su yerno mucho dinero y fincas. Un día le dijo al rey su yerno: «Si me lo permitís, quisiera ir a visitar una vez a mi antiguo señor.» Su suegro le dijo: «Ve y vuelve pronto.» Se formó un gran séquito y Chrimatti formaba parte de la comitiva en una litera. Banudatt \* se puso en camino y llegó a Trambavati. Cerca de la ciudad hizo que tocaran todos los instrumentos, difundiendo así el terror en torno. El rey Tamratchud le envió un mensajero: «¿Quién es el rey que llega?» Banu envió esta respuesta: «El que ha llegado es vuestro canciller Banudatt.» Y Banudatt cogió un regalo, se presentó ante el rey Tamratchud y cayó a sus pies. El rey le preguntó: «Tú habías dicho: en adelante todas las mujeres serán para mí madres y hermanas.» Entonces el canciller le contó lo ocurrido. Al oírlo, el rey se alegró en extremo. El rey Tamratchud dijo en sánscrito la estrofa:

«El canciller Banu y su amada esposa Saravati.

Ella murió por un capricho del Rey. El se fué al Ganges y la recobró.

Mientras el hombre vive, puede ver centenares de acontecimientos felices.»

\* Forma completa del nombre de Banu.





## XIX

### NO CONFÍES NINGÚN SECRETO A UNA MUJER

(Tomado de la misma colección que los anteriores.)

**A** las mujeres no se les debe confiar ningún secreto, aunque esté uno a punto de perder la vida. Así la serpiente Pundarika fué muerta por el rey de los pájaros.

Una vez era una ciudad llamada Daravas. En ella reinaba el rey Vairsim. En ella vivía también un bramán, llamado Somcharma, que observaba todos los ritos prescritos, era puro y conocedor de los Vedas. Este bramán enseñaba a los otros bramanes los Vedas. En el Garuda-Purana, se encuentra una composición que refiere cómo Garuda se tragó ocho familias de serpientes y cómo se escapó Pundarika, la cabeza de la

novena. Luego que hubo huído al infierno, volvió a la tierra y tomó la figura de un bramán. Después se dirigió a la ciudad de Daravas, se fué a la casa del bramán Somcharma, comenzó a discutir con éste sobre cuestiones científicas, y se puso a explicarle los cuatro Vedas. El bramán se levantó y juntó sus manos: «Yo creía, hasta ahora, que, fuera de mí, nadie sabía explicar los Vedas; pero tú eres un gran sabio.» Y el bramán lo dejó en su casa. Este bramán se bañaba al mediodía; observaba los ritos de la mañana, del mediodía y de la tarde; decía las oraciones prescritas; sólo se sentaba en un asiento cuando correspondía al precepto; se bañaba por sí mismo, se ponía determinadas limitaciones, se lavaba la boca y decía luego: «El sagrado Visnú me tenga en su gracia.» Después comía con arreglo al precepto. El bramán Somcharma vió que observaba con el mayor escrúpulo todos los ritos prescritos, y por ello le dejó vivir en su casa. El bramán forastero salía por la ciudad, daba conferencias sobre los Puranas, sobre los libros de la ley, y el dinero que obtenía por esto se lo traía al bramán Somcharma y se lo regalaba. De esta manera pasó bastante tiempo. En la casa de Somcharma vivía su hija, que estaba ya en edad de casarse. Había visto Somcharma que el forastero era un buen bramán, que observaba severamente todos los ritos. Por eso, una noche le dijo a su mujer: «Nuestra hiji-

ta es ya mayor. Si te parece bien la desposaremos con el gran bramán que vive en nuestra casa y contra cuya vida ritual nada puede objetarse.» Su mujer dijo: «Lo que a ti te gusta, a mí me parece bien de antemano.» A la mañana siguiente, pues, mientras se limpiaban los dientes, Somcharma le dijo al forastero: «¡Hagámonos parientes!» El bramán dijo: «¿Cómo voy a casarme yo con tu hija? Yo soy un forastero. Quieres darme tu hija. ¿Cómo es posible? No sabes si soy un hombre de procedencia común y quieres hacerme tu yerno sin conocerme.» Pero Somcharma replicó: «Te he conocido por tu conducta. ¡Cásate con ella!» Entonces el otro reflexionó y pensó: «Me caso con ella.» Y el bramán se casó con ella y disfrutó de las alegrías conyugales. Pero, entretanto, Garuda volaba buscándole con ardor. Buscando, buscando llegó a Daravas. Garuda había tomado otra figura. Un día las mujeres de esta ciudad iban al lago a buscar agua, y con ellas también la mujer de Pundarika. Las mujeres de más edad hablaban unas con otras y alababan cada una a su esposo y la casa paterna de éste. Una dijo: «La casa paterna de mi esposo es la más noble.» Otra dijo: «¿Quién no conoce la casa de donde procede mi esposo?» En cambio, la hija de Somcharma, casada por su padre con el forastero, al oír esta conversación se quedó muy triste. A la noche siguiente, al encon-



trarse a solas con su esposo, le preguntó: «Dime, ¡oh señor!: ¿de qué familia procedes y quiénes son tus padres?» Su esposo contestó: «¿Por qué me preguntas eso ahora, cuando el hecho está ya consumado?» Pero la mujer insistió para que contestase a su pregunta, y, ciego de amor como estaba, comenzó a hablar así: «Si te lo digo, puede venir sobre los dos la desgracia, a no ser que guardes el secreto encerrado en tu corazón.» La mujer replicó: «¿A quién va a descubrir la esposa el secreto de su marido?» El, entonces, contó: «Procedo de la raza de las serpientes, y me llamo Pundarika. Antes de venir aquí he cambiado de figura. Me he casado contigo por indicación de tu padre.» Pero su mujer no quería creerle, y entonces Pundarika le mostró su verdadera figura: la figura de un dios de las serpientes. Entonces le creyó su mujer. Luego volvió a tomar la figura de bramán. Pundarika dijo: «¡Pero no cuentes esta historia a ningún hombre!» «Sin duda que no, señor. A nadie se lo diré.» Pero, a la mañana siguiente, la mujer de Pundarika fué de nuevo al lago a buscar agua. Por el camino no pudo resistir a la tentación de decirles a sus amigas: «Vuestros maridos no son más que criaturas humanas; en cambio, yo tengo un esposo que procede de la raza de las serpientes: es el dios de las serpientes, Pundarika.» Precisamente en este instante Garuda, en la diminuta figura que había adoptado, posas-

ba sobre un árbol, y así oyó estas palabras. En figura de diminuto gorrión se posó sobre el jarro de la mujer y llegó a su casa. Pundarika estaba allí. La mujer quiso dejar sus jarros; pero Garuda se los apretaba de manera que no podía quitárselos de la cabeza. Entonces exclamó la mujer: «¡Señor, cógeme estos jarros; yo no puedo bajarlos!» Pundarika se espantó en su corazón. «Seguramente Garuda es el que no deja los jarros moverse. La culpa es mía, por haberle descubierto la pasada noche mi secreto a mi mujer.» Pundarika permaneció en la estancia, y le gritó a su mujer: «¡Rompe los jarros!» Pero los jarros eran irrompibles, pues Garuda los había encantado, y ahora los hizo tan pesados, tan pesados, que a la mujer se le quebraba el cuello. Entonces Pundarika salió a socorrer a su mujer. Garuda clavó en él su mirada, y Pundarika cayó al suelo. Ya caído, dijo la estrofa sánscrita: «A las mujeres no se les debe confiar ningún secreto, aunque esté uno a punto de perder la vida. Así la serpiente Pundarika fué muerta por el rey de los pájaros.» Dijo la estrofa, en honor y provecho de Garuda. Garuda oyó la estrofa que Pundarika le había comunicado. Creyó que Pundarika había recitado la estrofa para sí mismo. No obstante, procuró grabarla en su memoria, para lo cual empezó a repetirla. Entonces dijo la mujer: «Pronunciad la estrofa sánscrita:

«Quien no reconozca como maestro a aquél que le ha regalado, aunque sólo sea una sílaba, residirá cien veces en entrañas de madre para renacer entre los que no tienen casta, del vientre de una perra.»

Garuda oyó esta estrofa y perdonó la vida a Pundarika, y a la mujer la dispensó de la viudedad.





## XX

### EL REY Y SU AMIGO

(Tomado de los «Setenta y dos cuentos del papagayo», escrito en Gucharat, probablemente sobre un texto sánscrito mucho más antiguo, hoy desaparecido.)

**E**L día 67, Prabawat se había puesto las dieciséis clases de alhajas y estaba llena de impaciencia por conceder su amor al hombre extranjero. Cuando iba a marcharse, le dijo al papagayo en son de pregunta: «Estoy a punto de marcharme.» El papagayo dijo: «Vete. Pero escucha antes la historia del rey que salvó a su amigo de la desgracia.»

Hay una ciudad llamada Radchgrahi. En ella reinaba un tiempo el rey Manrandchan. Este tenía un hijo llamado Manohar y su canciller se llamaba Karmchrechet.

En la misma ciudad vivía un comerciante llamado Chripal, que tenía un hijo llamado Viraradsch. Este hijo era muy inteligente, y al terminar su educación se casó. Su mujer se llamaba Madanmandchari; era tan hermosa como lista, pero estaba en relaciones con hombres forasteros y vivía en adulterio permanente con un comerciante.

Poco tiempo después murió el comerciante Chripal en ocasión de que todo su patrimonio estaba fuera. Había cargado de una vez 60 carros y éstos no habían vuelto aún. No había nada en la casa y Viraradsch se encontró en la miseria.

Se fué al mercado de los joyeros, donde podía encontrársele a todas las horas, e hizo amistad con ellos. Le daban pulseras de vidrio, corales, alfileres y otras mercancías semejantes, con encargo de que las vendiese. Viraradsch recibía un saco del joyero, se iba a los pueblos vecinos a vender su mercancía, y volvía a casa pasados cuatro o cinco días.

Un día, en el mes de Chet \*, cuando hacía gran calor, el comerciante vió en el campo una higuera y se sentó a su sombra. En esto pasó por allí a caballo un rey, cansado por el calor y la sed, y vió debajo de la higuera a un hombre que ostentaba en su cuerpo las treinta y tres señales de fe-

\* Mayo-junio.

licidad. Por eso se apeó en aquel lugar. Viendo Viraradsch al rey tan apenado por la sed, le dió un saco de cuero lleno de agua, luego extrajo de sus alforjas trigo azucarado y tostado y otras golosinas, y se las dió. El rey, que no había probado nada en todo el día, las comió y se tendió satisfecho a la sombra, mientras el comerciante le abanicaba y le daba masaje en los pies. El rey le preguntó: «Oye, comerciante: se ve que eres un hombre destinado a ser feliz. ¿Cómo estás, pues, aquí y te encuentras en esta situación miserable?» «Vivo en Radchgrahi, loh rey!, y mi padre vivía en la misma ciudad y era conocido en todo el país. Había cargado sesenta carros, que salieron para su destino y se han quedado allí mientras moría mi padre. El patrimonio ha desaparecido, y no me queda otro recurso que ganarme la vida.» Entonces dijo el rey: «¿Qué he de darte, hijo de comerciante? Eres amigo mío, eres hermano mío. Mi residencia es Manibadrapur; tienes que ir a verme allá. Y si quieres saber mi nombre, yo soy el rey Vidchaipal. De Radchgrahi hasta mi residencia hay treinta kos \*, tres días de viaje; ven allá. Allí está mi casa toda a tu disposición.» El comerciante le replicó: «Tu vista, señor, me traerá la dicha, y estoy dispuesto a hacer lo que quieres.» Pero el rey le preguntó otra vez

\* Medida de longitud equivalente a 1/4 de milla india.



al comerciante: «¿Llevas dinero encima, querido amigo?» El comerciante replicó: «Sí, señor; tengo alguno. Dame cien perlas.» El rey se las dió en seguida, y al mismo tiempo le dió este buen consejo: «No vayas nunca solo por tu camino.» Entonces dijo el comerciante: «Toma tus cien perlas y dame en cambio otro buen consejo.» Y le devolvió las cien perlas. El rey dijo: «Haz aquello que te aconsejen varios.» Y añadió: «No le digas un secreto a una mujer.» Y, finalmente, dijo: «Si te va mal, ven a verme. Pero procura seguir estos cuatro consejos que te he dado.» El comerciante dijo: «Así lo haré.» Entonces dijo el rey: «Por estas pocas palabras que te he dicho me has pagado. Pero, si no las olvidas, verás que has hecho un buen negocio. Y ahora fíjate bien en lo que te digo. Cuando vengas a mi ciudad, anúnciate al portero para poder llegar hasta mí.» Tras estas palabras, el rey partió en dirección a su ciudad y también el comerciante se fué camino de su casa. Por el camino encontró un halcón y lo ató al borde de su vestido. Luego siguió andando hasta que vió una higuera. Se tendió a dormir debajo de ella, pues había llegado la noche. En esto salió de su agujero una serpiente y quiso morderle. Pero el halcón rasgó el vestido, salió de él y mató a la serpiente. Cuando despertó el comerciante y miró en derredor suyo, pudo ver que el halcón había destrozado a la serpiente. Enton-

ces pensó: «Tenía razón el rey al aconsejarme que no anduviese solo. Si no hubiera sido por el halcón, la serpiente me hubiera mordido mortalmente. El consejo que me dió se ha manifestado como bueno.» Y siguió andando camino de su casa.

Mientras el comerciante seguía su camino, comenzó a caer una fuerte lluvia, que le hizo pasarlo mal. Pero, gracias a la protección de Dios, consiguió al fin llegar a una ciudad. Entró en ella y apareció ante los habitantes mojado y transido de frío. Los comerciantes le dijeron: «Te daremos una pulsera que vale cien rupias, telas bordadas, una cama y ropa de cama; pero tienes que llevar el cuerpo de un comerciante forastero que ha muerto aquí, y arrojarlo al agua del río. Por disposición del destino ha movido su cabeza después de morir, y esto presagía una desgracia que queremos evitar.» Viraradsch pensó en su corazón: «El rey me ha dicho: Haz lo que te digan varios. He seguido su primer consejo y, gracias a él, he salvado la vida, cuando me amenazaba la serpiente. Debo, pues, cumplir este encargo.» Dejó el saco en que llevaba sus cajas en una tienda y cargó con el cadáver. A la cadera del muerto iba atada una bolsa. La cogió y la ató a su cintura. Luego se bañó y volvió a buscar su saco. Entonces los comerciantes pensaron: «Este es un hombre extraordinario; si no, no hubiera escapado.



«¿Dónde le diremos que duerma?» Un comerciante dijo: «Hermanos: yo sé un lugar apropiado; es una habitación en la que hay una hamaca.» Luego los comerciantes le dieron cien rupias de plata y llevaron al comerciante a la habitación. Después que hubo fortalecido su cuerpo con una comida, se echó a dormir. Pero por la noche resonó por dos veces en la habitación una voz que decía: «¡Caigo! ¡Caigo!» El comerciante dijo: «¡Cae, pues!» Y cayó un hombre de oro \*. El comerciante lo cogió, lo metió en su saco y, a la mañana siguiente, siguió su camino. Iba lleno de júbilo, después de haber arrojado todo lo que tenía poco valor.

El comerciante llegó a casa con toda felicidad y le entregó a su mujer el hombre de oro. Adquirida la riqueza, se olvidó del consejo del rey y le confió el secreto a su mujer. Esta le preguntó: «¿Cómo has conseguido ese hombre de oro, oh señor?» Su marido le refirió toda la historia, explicándole lo sucedido. Aquella misma noche volvieron también a la ciudad de Radchgrahi los 60 carros que su padre había enviado fuera. Uno de los carros se había adelantado para darle la enhorabuena al dueño. Se encaminó hacia la casa y, estando todavía a la entrada, se informó

\* Estatuilla mágica de oro, cuyas partes sustraídas se reproducen solas.



de si en casa de Chripal estaban todos buenos. Las gentes que allí se encontraban le dijeron: «Chripal ha dejado de existir. Su hijo Viraradsch vive aún, pero es desgraciado.» Al oír esto, el mensajero sintió gran duelo y entró llorando en la casa. En esto salió a la puerta Viraradsch, se encontró con un servidor y le interrogó. El hombre se lo refirió todo. «Los 60 carros vuelven cargados de ricas mercancías.» El comerciante se informó si entre lo que traían había algo singular y extraño. El servidor exhibió un saco y le mostró semillas diciéndole: «Son semillas de pepino. Apenas sembradas, ya dan fruto.» El comerciante no quería creer semejante cosa. Entonces el servidor mando que le trajeran un cuchillo, abrió un agujero y metió en él una semilla. Salió una planta, brotaron flores y los frutos estaban maduros. Al ver esto, el comerciante se alegró mucho, y pensó: «¡Tengo que enseñarle esto a mi mujer!» La llamó y acudió Madanmandchari. El servidor la saludó; ella respondió a su saludo, y dijo: «Nuestro buen tiempo se ha acabado con mi suegro.» El servidor replicó: «No te incomodes; todo se arreglará.» El comerciante dijo: «¡Entrégale a mi mujer estas semillas!» La mujer respondió: «¿Qué voy a hacer con ellas?» El comerciante dijo: «Apenas sembradas, nace el fruto.» Como la mujer no quería creerlo, se sembró una semilla y vió la cosa con gran alegría.

Luego el comerciante le dijo a su servidor: «Como estas semillas no dependen de ninguna estación del año, quiero regalárselas al rey.» Le dió al servidor un rollo de betel y le mandó que se volviese adonde estaban los carros. El marido se echó a dormir. La mujer tomó entonces semillas del saco y se fué en busca de su amante, al que contó la historia de la caravana: «Los carros han vuelto a casa de mi marido.» El amante dijo: «¿Qué es lo que contienen?» «Escucha, ¡oh señor! Oro y plata.» «¿Y qué más hay en ellos?» La mujer le enseñó a su amante Chrivant las semillas: «Plantando estos granos nace inmediatamente el fruto.» El amante no lo creyó. Entonces ella los plantó y se los enseñó. Salieron en seguida frutos. El amante se quedó muy sorprendido al ver aquello: «¡Mujer! En adelante no vas a querer conocerme.» «Señor: este cuerpo mío te pertenece.» «Dime, pues: ¿cuántas de estas semillas tienes?» «Señor: un saco lleno. Mañana por la mañana se las regalará mi esposo al rey.» «Mujer: si quisieras venirte a mi casa, yo pondría en juego una astucia.» La mujer dijo: «Estoy de acuerdo.» «Entonces vete en seguida a casa. Tu marido debe de estar durmiendo todavía. Dame esas semillas\*.» La mujer se fué a casa y tostó las semillas; luego volvió a ponerlas en el saco y se acostó al lado de su marido.

\* Aquí está el texto estropeado o falta algo.

A la mañana siguiente su marido le llevó al rey las semillas y le explicó lo que había pasado. El rey se alegró mucho, al saber el regreso de los carros. Luego el comerciante le presentó al príncipe su regalo y le enseñó las semillas, explicándole cómo nacían los frutos. Entonces dijo el amante Chrivant: «Señor: de la alegría de haber visto el regreso de los carros este hombre se ha vuelto loco. Si estas semillas dan fruto—dijo dirigiéndose a Viraradsch—llévate de mi casa cuanto puedas coger con ambas manos. En cambio, si las semillas no fructifican, yo me llevaré de tu casa lo que pueda coger con ambas manos.» Fué el rey testigo de la apuesta y se plantaron las semillas. Pero ¿cómo iban a nacer si estaban tostadas?

El comerciante Chrivant había ganado, pues, su apuesta y Viraradsch había perdido. Se fué a su casa desconcertado, y empezó a cavilar, muy preocupado.

Luego el comerciante le dijo a su servidor: «¡Escúchame! ¿Hay entre nuestros carros y demás vehículos uno que pueda hacer en una noche el viaje de ida y vuelta a una distancia de tres días de viaje? ¿Tenemos un camello o caballo que lo pueda hacer?» El dependiente respondió: «Tenemos un tronco de caballos que puede hacer en tres horas un camino de tres días de viaje.» Entonces Viraradsch le dijo a su dependiente: «Saca



el coche y engánchalo.» Se enganchó el coche; Viraradsch y su dependiente montaron en él y se fueron hacia la ciudad de Manibadrapur. Llegaron a las nueve de la noche. Cuando hubieron llegado, el comerciante le dijo al guardián de la puerta: «Anúnciale al rey: Tu amigo del camino Viraradsch está aquí.» El portero pensó: «Este es el comerciante de quien me ha hablado el rey.» Se lo anunció al rey, que mandó que pasase el comerciante. Se inclinó éste ante el príncipe y le refirió la historia de la serpiente y del hombre de oro, y todo lo ocurrido después. Entonces le dijo el rey: «Ya te había dicho, querido amigo, que no confíases ningún secreto a una mujer. A pesar de ello, lo has hecho. Pero no te desanimes, Viraradsch. No corres peligro alguno.» «¡Señor: que no pase la noche!» «Haz, pues, que enganchen el coche.» Lo engancharon y montaron en él los tres, el rey, el dependiente y Viraradsch. Regresaron a la ciudad de Radchgrahí. A la última parte de la noche, a las seis, llegaron felizmente. Luego se pusieron a deliberar.

Entretanto, la mujer de Viraradsch se había ido de noche a ver a su amante. Su amante le había dicho: «¡Madanmandchari querida! Puede ser que dé buen resultado la astucia, gracias a la cual vienes a mi casa.» «Dios quiera, ¡oh señor!, que la cosa tome un buen camino. A mí me alegraría.» «Cuando vengas, tráete de casa todos los te-

soros que puedas.» La mujer dijo: «Así lo haré.» Y se volvió a casa.

Comenzaba el día. El rey, el canciller y otras personas llegaron juntos. El amante invitó al rey a que le siguiese y entró apresuradamente en casa de Viraradsch. Entró acompañado del rey.

Pero el otro rey, el amigo de Viraradsch había apelado al ardid de subir al desván todo lo que había en la casa, la mujer inclusive, y había mandado que quitasen la escalera. Dijo al rey de la ciudad y al amante Chrivant: «Chrivant: coge todo lo que quepa en tus dos manos.» Chrivant miró en derredor, pero en toda la casa no halló nada. Finalmente vió a la mujer sentada en el desván; tenía puestas todas sus alhajas, y en sus manos el hombre de oro. Para subir allá Chrivant cogió la escalera con las dos manos. Entonces dijo el rey de Manibadrapur: «¡Ved, hermanos! Chrivant ha cogido con ambas manos la escalera. Ponédsela sobre la cabeza y echadle fuera.» Todos los presentes se mostraron de acuerdo.

Entonces el rey de Ralchgrahi preguntó al rey de Manibadrapur: «¿Qué es eso, forastero?» El otro le explicó lo que ocurría: «Para conseguir la mujer, el amante le ha mandado tostar las semillas. ¿Cómo iban a brotar?» Entonces comprendió el rey el caso. Retuvo como huésped al otro rey, y después de haberlo tenido cinco o seis días y haberle regalado muchos caballos, elefantes, came-

llos, soldados y alhajas, le dejó que se fuese a su reino. Al amante Chrivant le mandó cortar la nariz y le confiscó los bienes. El amante y la mujer fueron desterrados. Viraradsch se casó con otra mujer. De esta manera el papagayo le contó la historia a Prabawad, y ésta, cuando la hubo oído, se acostó a dormir.



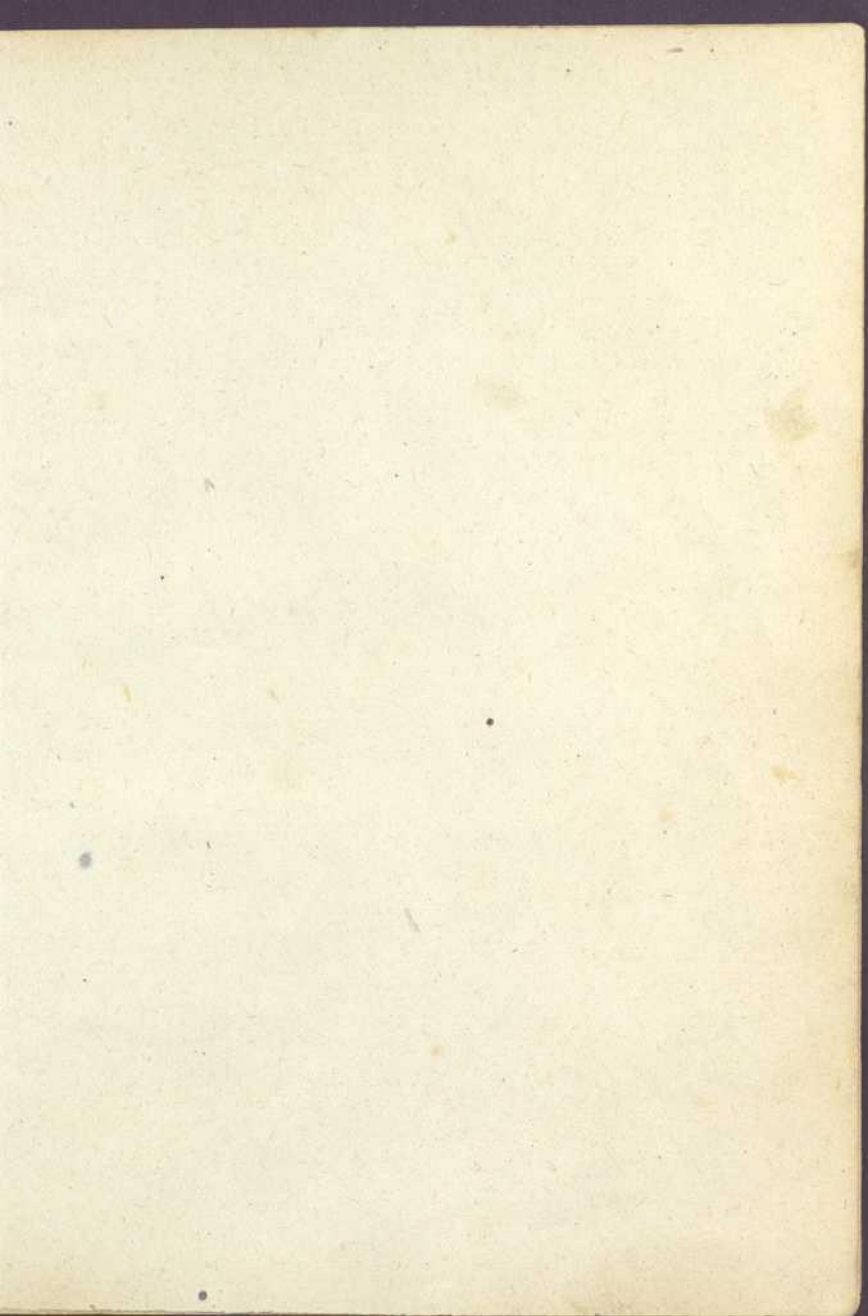


# INDICE

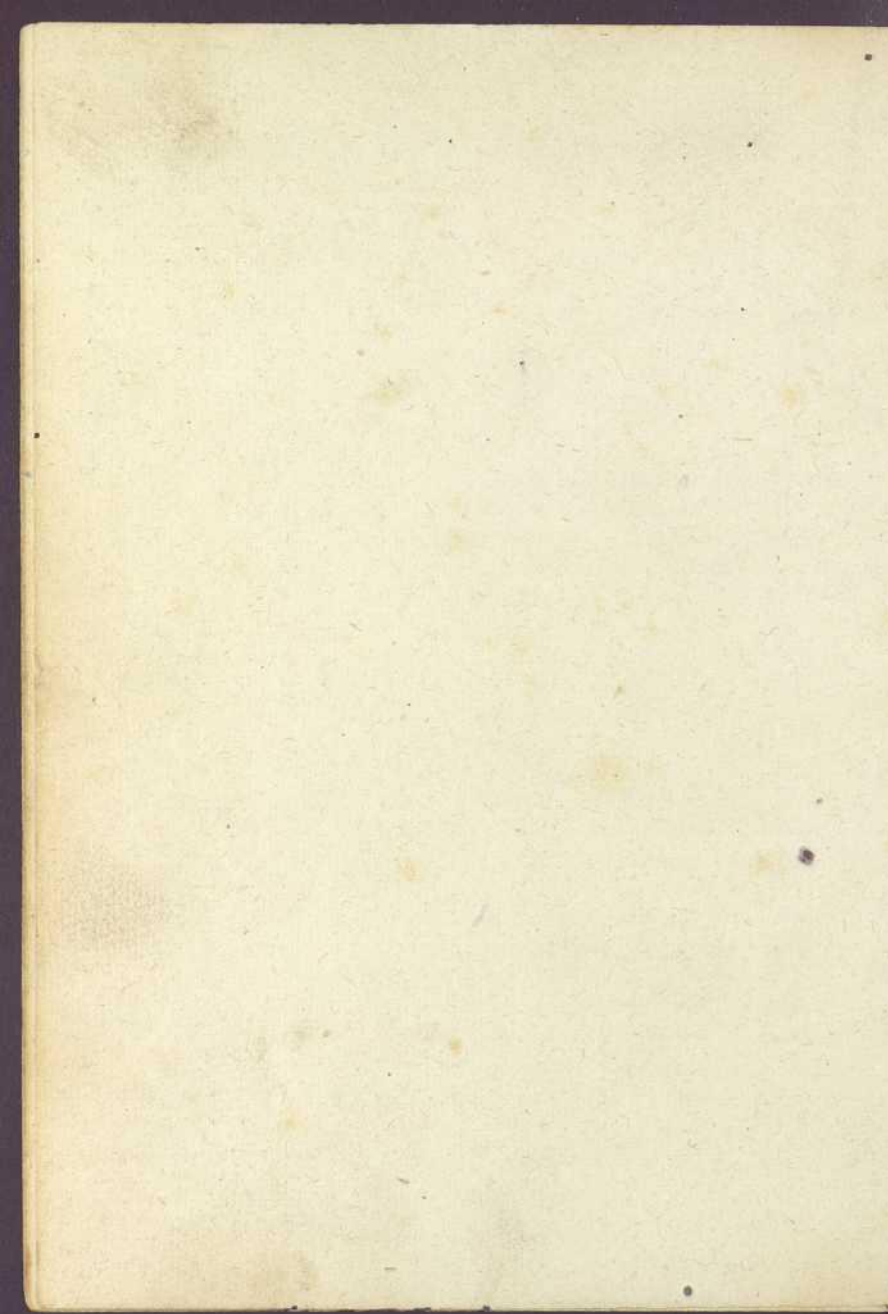
	<u>Págs.</u>
I. La princesa rana.....	9
II. El bramán desagradecido.....	14
III. Gomini .....	28
IV. Nimbavati.....	36
V. El bramán Haricharmán.....	43
VI. Muladeva.....	49
VII. El tejedor en figura de Visnú.....	61
VIII. Los animales agradecidos y el hombre ingrato....	72
IX. El hijo de la anciana.....	79
X. El rachput atrevido.....	89
XI. El barataka impostor y licencioso.....	95
XII. El barataka calculador.....	103
XIII. El rey Vikramaditya o la generosidad .....	105
XIV. Kanayamandchari.....	118
XV. Agaladatta.....	127
XVI. La serpiente que regalaba oro.....	134
XVII. El gato hipócrita.....	138
XVIII. De cómo Banu se casó con su difunta mujer.....	141
XIX. No confíes ningún secreto a una mujer.....	151
XX. El rey y su amigo.....	157

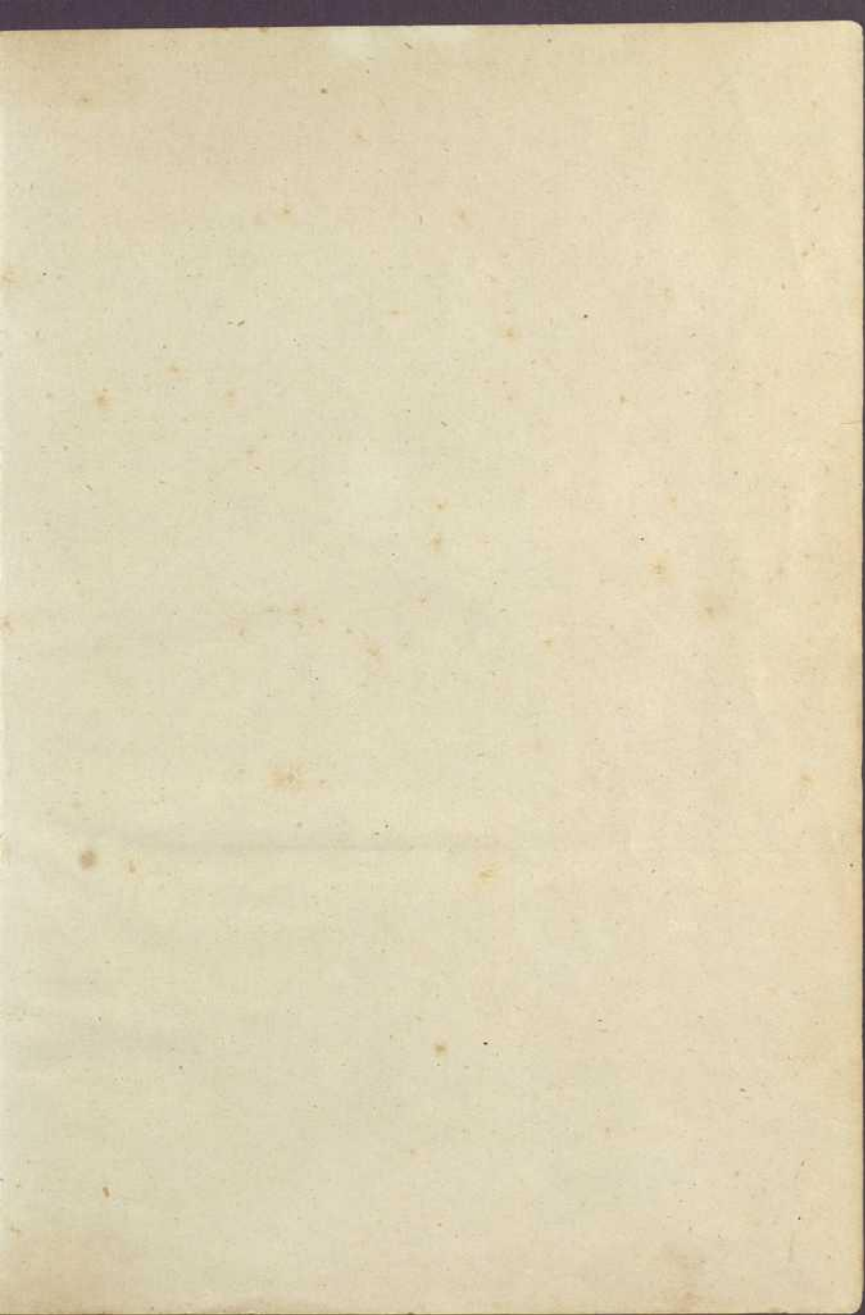
# INDICE

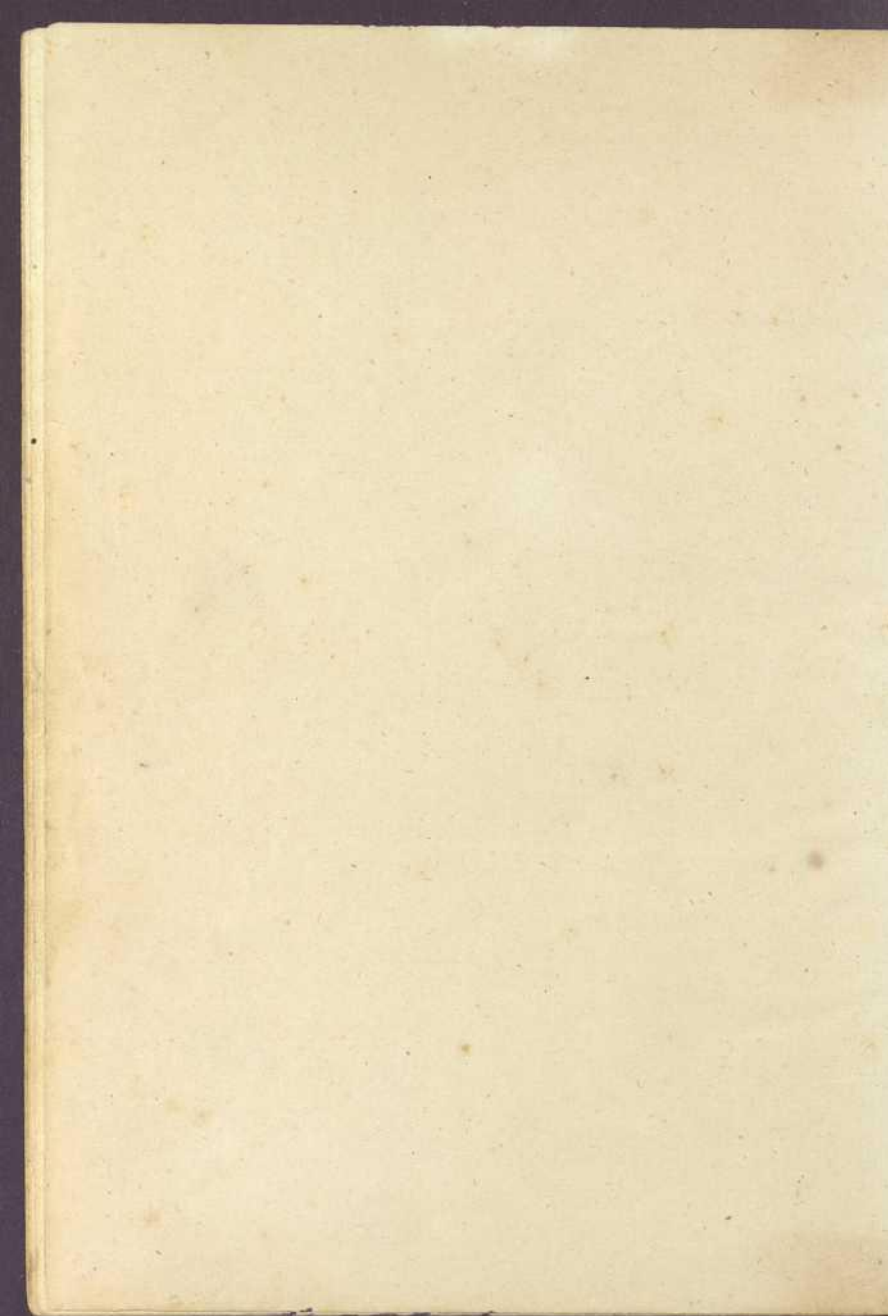
I	La primera parte
II	El primer libro
III	El segundo libro
IV	El tercer libro
V	El cuarto libro
VI	El quinto libro
VII	El sexto libro
VIII	El séptimo libro
IX	El octavo libro
X	El noveno libro
XI	El décimo libro
XII	El undécimo libro
XIII	El duodécimo libro
XIV	El treceavo libro
XV	El catorceavo libro
XVI	El quinceavo libro
XVII	El dieciséisavo libro
XVIII	El diecisieteavo libro
XIX	El dieciochoavo libro
XX	El diecinueveavo libro





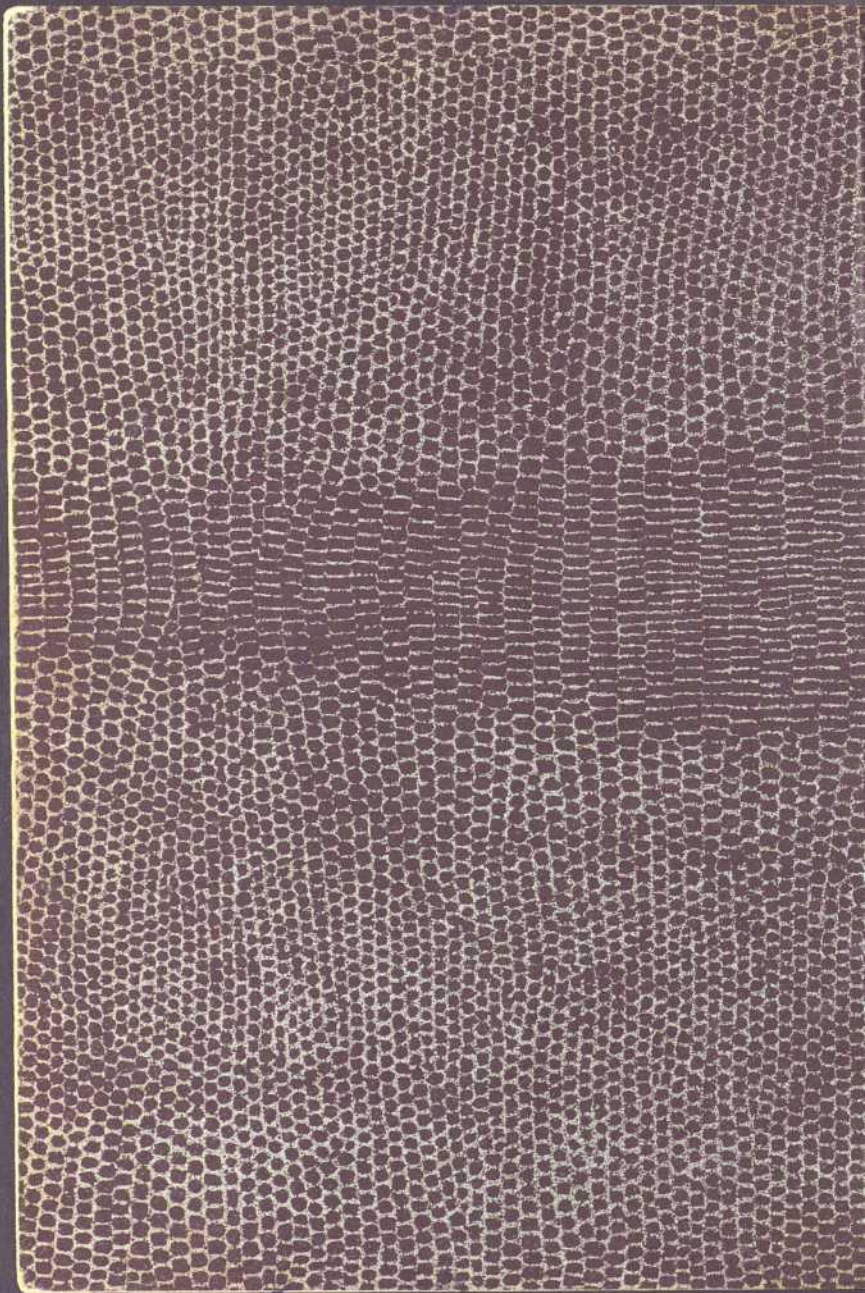




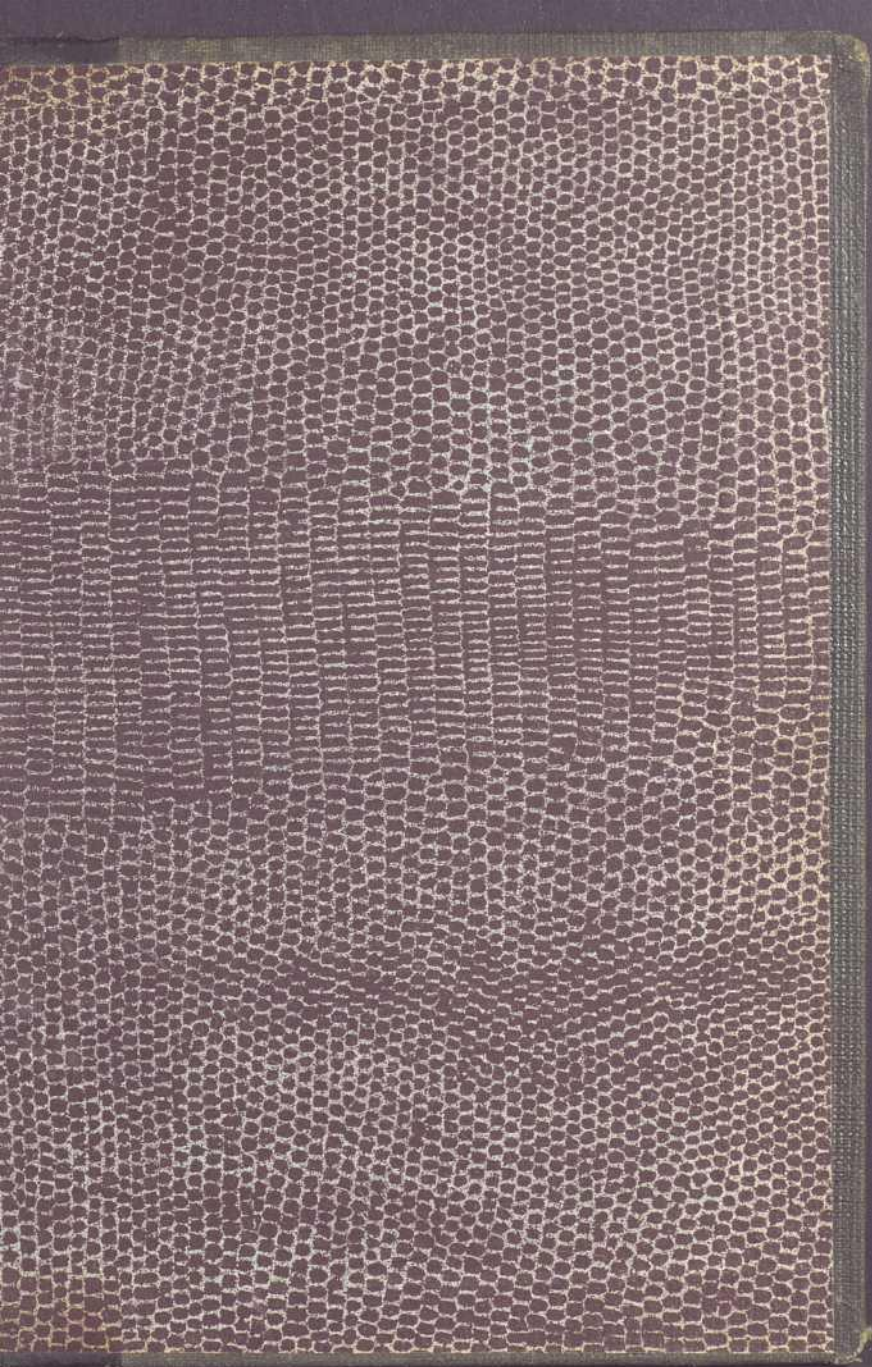
















CUENTOS  
DE LA INDIA

5451